

Un espacio para la soledad

MVAM

Para mis hijos

Capítulo I

*Tus manos me han hecho y me han formado,
hazme entender y aprenderé tus mandamientos.*

(Salmo 119, 73)

1

Todo había estado siempre lleno de contradicciones; de enfrentamientos entre la teoría y la práctica, entre la idea y la realización. Tumbada sobre la cama, no sabía por qué había vuelto a ella la imagen de una libreta de pastas marrones, de papel áspero. Aquel papel que era casi un secante donde, al escribir con plumilla, las letras se estrellaban, se ramificaban y, en vez de ser las formas previstas del molde de letra inglesa para su nombre, Magdalena Acero, se convertían más bien en una visión de microscopio.

Recordó la primera página de aquel cuaderno, en la que la Madre Salud, con su rostro gordezuelo y sonriendo con dientes de

conejito, había puesto en una esquina "sobresaliente", machacando en parte tres filas de óes reptantes, vacilantes, indecisas, con los rabillos enhiestos y amenazadores o flácidos y alicaídos, como una rama tras el pedrisco. Óes que se encadenaban, sin solución, entre, sobre o bajo las dobles rayas de la hoja del cuaderno.

Magdalena había pedido a su madre que le leyera las hermosas y cuidadas letras de la Madre Salud. Cuando supo lo que significaba "sobresaliente", se sintió durante mucho tiempo halagada, feliz del reconocimiento a su esfuerzo y méritos. Aquella había sido su primera plana de letras; las de palotes no contaban. Más adelante, sin embargo, había percibido que en la o elegante del sobresaliente había una cierta ironía, como una burla, un agravio comparativo. Era casi un insulto aquella o firme, suavemente ovalada, que deslizaba su rabillo en una lazada suelta, como una pirueta, para ir a unirse con la b. Sola, aquella o, escrita en otro lugar, hubiera resultado inocente, inofensiva, pero allí, trazada con firmeza, con una bonita tinta azul, era un punto de comparación hiriente, sobre aquellas óes emborronadas de lápiz, con el cuerpo abollado, demasiado grandes o demasiado pequeñas, muy juntas o muy separadas.

El judío Isaque tenía su tienda de joyería en una calle céntrica. El y su hermana Florita se turnaban en la atención del negocio. Por las mañanas, Isaque, casi no aparecía por la tienda. Estaba en el taller, con la lupa incrustada en un ojo, soldando cadenitas, engarzando corales, diamantitos rosas y

otras piedras desprendidas de sortijas con el aro ennegrecido de tanto ir y venir al fuego.

Isaque era un hombre de constitución recia, no muy alto, pero que parecía espigado al lado de su hermana. Florita tenía la cara redonda, los ojos redondos, el pelo ensortijado y redondo alrededor de la cabeza redonda. Las manos, el busto, los brazos, las piernas, los pies, las uñas pintadas de rojo, eran también redondos. Hasta el nombre lo tenía redondo: Flor. Por eso, quizás, usaba el diminutivo, para estirar algo aquella personalidad toda redonda. Tal vez, Florita era un conjuro que impedía que el mundo fuera del todo cerrado y redondo. Era, posiblemente, su único escape, la única vía de huida hacia afuera.

Ambos eran dulces y cariñosos, atentos con los ancianos, generosos con los pobres. Sobre el mostrador de madera y cristal, Isaque y Florita tenían una caja de hilos de seda, sin tapa, llena de monedas de perra chica, de perra gorda, de dos reales, de dos con cincuenta. Siempre que alguien extendía la mano desde la puerta de la tienda, ellos tomaban, tras juzgar de una ojeada si se trataba de un pobre de perra chica o de dos reales, la correspondiente moneda y se la alcanzaban.

En la Pascua, en las Cabañuelas, cuando en su familia había una boda, "un bautizo" o cuando llegaban los días de Navidad, regalaban tortas ácidas, dulces de dátiles rellenos de nuez, bolitas de coco, yemas adornadas con perlititas de dulce a los vecinos de su calle o de su tienda. Siempre tienen un detalle,

decía la madre de Magdalena que, en Semana Santa, les hacía llegar un plato de torrijas o de rosquillas empapadas en azúcar y con sabor a anís. No se sabe si para corresponder a sus detalles o para darles a entender que no les tenía rencor por haber matado a Cristo.

Todo el mundo decía que Magdalena tenía unos ojos preciosos, que era una niña muy linda, qué pelo tan bonito, qué graciosa y qué buena nena. La verdad es que Magdalena tenía unos ojos maravillosos, grandes, sombreados de largas y espesas pestañas, muy expresivos, por donde pasaban todas las emociones, desde la tristeza a la alegría, dejando su rastro. Se le llenaban con facilidad de lágrimas lo que, con frecuencia, los convertía en un lago brillante de aguas oscuras y profundas. El color, entonces, era indefinido y, también, cambiaba con la luz; a ratos eran azul oscuro, a ratos de color miel, otras veces verdes y, en los días tontos, simplemente marrones.

Si Magdalena hubiera sido una niña señaladamente guapa, con unas facciones correctas, con una piel bonita, quizás se habría dicho de ella, sin más: Qué guapa es esta niña, o, qué niña más guapa. Pero todo el mundo decía: qué ojos más preciosos, qué hermosura de ojos, ¿que no tienes ojos?, porque el resto era una cara de pómulos altos, ancha, con esa piel verde-pálido de las morenas descoloridas y con algo de vello que, en algunas zonas, intensificaba el tono verde. Sin ser fea rematada, Magdalena era una ojos bonitos.

Estaba acostumbrada a que todo el mundo lo dijera, sólo

Isaque añadía el calificativo divina. Esta niña es divina, decía. Casi había sustituido su nombre por el de divina: Divina, mira que caramelo de fresa, ¿te apetece? Mi reina, eres divina, ¿ya viniste de la escuela? Y esta niña tan divina, ¿va a ir a la playa, hoy? Magdalena sonreía y se sentía halagada. Ahora, se daba cuenta, tumbada en la cama y mirando al techo, de que el calorcillo de aquel divina era como el del sobresaliente de Madre Salud.

Cada mañana al levantarse y al mojarse la cara con el agua fría y al lavarse los dientes y al peinarse las trenzas, se veía en el espejo. Con los vapores del sueño apenas despejados, contemplaba la imagen que aquel cristal, con el azogue algo perdido en las esquinas, le devolvía, y el divina le sonaba en las orejas y era como la o de sobresaliente sobre las otras óes.

Un día, armada de valor, le dijo a Isaque: Dime otra cosa, porque divino sólo es Dios. En su casa se había comentado la frase como una prueba de la fe y piedad de Magdalena, como una expresión nacida de la humildad. Magdalena se estaba preparando para su primera comunión y, a veces, en la capilla, había visto cómo a san José, a san Francisco o a la imagen de la Milagrosa, les crecían coronas sobre la cabeza que, unos ratos, eran verdes y, otros, eran rojas. Estaba en plena llamada mística y casi se sentía levitar, al igual que hacían aquellos santos de los que Sor Paulina, la catequista, les hablaba. Era normal, pues no estaba del todo en este mundo, que aquello que parecía una descortesía, le hubiera salido así, de repente. Isaque, que no

pretendía sino ser agradable, y lo era, comprendió la salida de la niña, pero la niña no comprendió por qué había dicho aquello. Sólo la planilla de óes sabía a qué sonaba en sus oídos el divina.

El tío Félix había sido muy esperado, sobre todo por Magdalena. El abuelo Ramón y el abuelo José eran hermanos. En realidad, el abuelo José era de verdad el abuelo; el padre de su madre. Pero huérfano desde joven, había vivido con sus tíos, criándose como hermano de Ramón. Para su madre, Ramón era su tío, como un tío carnal y directo y, para ella, los dos eran los abuelos.

El abuelo Ramón emigró a América. Había estado a punto de embarcar para una de las muchas guerras americanas, pero la movilización quedó en nada, porque en el mismo puerto, cuando el abuelo tenía el macuto al hombro, se había recibido la noticia de la firma de un armisticio. Su madre, doña Rosa, había llorado de felicidad, pero él se había quedado con las ganas de ver el verde de las selvas, de comprobar si era cierto que las cubanas movían así las caderas, de saber si el calor lo dejaba a uno hecho un asco, empapado todo el día y, a la vez, tiritando, de manera que no se distinguía a los que tenían malaria de los que no la tenían. Aquella curiosidad a Ramón le fue creciendo dentro del cuerpo tanto, que hasta comenzó a hablar con un acento extraño, como resbalado, como al descuido. Las palabras se le caían de la boca, igual que a algunos veteranos que había conocido. Empezó a gustarle la tapioca, sustituyó la leche sola con azúcar y trozos de pan migado, por un café retinto que

dejaba su olor por toda la casa. Llamaba a los plátanos bananas, a las patatas, papas, a las variantes en vinagre, pickles y, al tazón del desayuno, bol. Todas estas palabras se habían quedado ya en la casa y, hasta Magdalena, dos generaciones después, las seguía utilizando, sin saber que tenían su origen en las ansias del abuelo Ramón. Doña Rosa creía que era una moda del hijo. Muchos veteranos vivían en el barrio, trabajaban en el puerto o eran los carreteros que ellos contrataban para su negocio de leña y maderas. Esos veteranos se mezclaban con murcianos y andaluces, que habían emigrado en busca de más posibilidades de trabajo y, también ellos, llamaban a las patatas, papas y a las alcachofas, alcanciles.

Sin embargo, doña Rosa vio sentarse, una tarde, a su hijo Ramón frente a ella. Casi no levantó la vista de la tira de ganchillo que tenía en las manos. Aquella tira, junto con casi kilómetros de otras tiras, era su obsesión de todas las tardes. Con ellas remataba sábanas, toallas de hilo, visillos, colchas, cubre-sofás, cubre-sillas, cubre-muebles y cubre-hombros, porque de aquellas tiras, algunas seleccionadas, iban a parar a los cuellos de sus trajes o a los puños de sus blusas. No había tenido hijas, sólo dos hijos; Ramón y el otro, al que no quería ni nombrar y al que tuvo la suerte, una vez que se ahogó en la cuna con la cinta de seda de la sonaja, de poder sustituir por el sobrino José al quedarse huérfano; de modo que la desgraciada muerte de sus hermanos se había convertido para ella en un premio para su amargura y su mala conciencia. Le habían

advertido contra las cintas de sonajas y mordedores, contra los venenos que cría la plata y sueltan la tripa de los niños, pero ella los adoraba. Alguna vez, y a pesar de la desgracia, como un amuleto -combatir el mal con el mal- se colgaba del cuello, con una gruesa leontina, aquella sonaja, en lugar del clásico dije o el reloj.

No tener hijas, en un principio, la había frustrado. Años enteros de ir a las Adoratrices para aprender a bordar y a hacer ganchillo habían sido el programa completo de su educación, además de aprender a leer y escribir con letra de pico, tocar muy mal el piano y hacer flores de tela para los sombreros. La habían educado para ser esposa, ama de casa y bordar el ajuar de sus hijas. Ahora, además de mantener el orden de la casa, llevaba la contabilidad del almacén de maderas, regentaba una lechería, curaba las llagas de las ubres de las vacas, medía las cántaras, organizaba la distribución. En alguna ocasión, había conducido los carros en los días de huelga, expuesta a una pedrada, un tiro o algo peor por parte de los piquetes. Convivía con tres hombres y, a ratitos, se fumaba los mismos habanos que humeaban día y noche en la boca de su marido o en el cenicero de la mesilla de noche. Sólo compensaba todo este trastorno de los planes para ella establecidos la labor de ganchillo de las tardes, desde que decidió que sus hijos, como las chicas, podrían ir al matrimonio con un baúl de sábanas, mantelerías y toallas de hilo.

Ramón, sentado en el borde de la silla y con la gorra

arrugada entre las manos, era la estampa típica de quien ha tomado una grave decisión y tiene que exponerla ante alguien que, aunque ya la conoce y nada va a hacer en contra, tal vez podría torcerla. Doña Rosa lo veía recortarse contra la luz que entraba a través de la persiana. Pensaba que aquel hijo, tan poca cosa, tan menudo, ya se había hecho un hombre que, pronto, tomaría su propio camino. Pensó, también, que todas las cosas que había hecho no servían para nada; cuidar del negocio para que él lo heredara, llenarle un baúl de sábanas con puntillas. No se podía mandar a América a un hombre con un baúl lleno de encajes y bordados para que allí se ganara la vida talando bosques o en las minas o cortando caña. Todo inútil, y le dio con más fuerza al ganchillo.

Casi no oyó cómo Ramón decía: Madre, quiero ir a hacer fortuna a América. Pero sí oyó una voz que le pareció extraña que respondía: Vaya a decírselo a su padre que le buscará un barco donde pueda ganarse el pasaje.

El abuelo Ramón estaba en América. Magdalena confundía Colombia con Méjico y Venezuela o, tal vez, era en Argentina o Perú. Nadie supo muy bien, nunca, dónde estaba el abuelo Ramón. De vez en cuando, llegaban paquetes con regalos y algunas cartas. Por eso doña Rosa supo que su hijo había casado con una tal Feliciano Bonilla. También supo que había prosperado por un cofrecito que envió en el fondo de un paquete que contenía café, algodón en rama, un chal hecho por manos de las indias y unas cucharillas de plata. El cofre contenía una cajita redonda, con

una flor labrada en la tapa, llena de aljófares y esmeraldas. También había unas barritas de oro muy finas y una gargantilla de coral antiguo a juego con unos preciosos pendientes.

Doña Feliciana, a lo largo de unos cuantos años, le dio al abuelo Ramón cuatro hijas y un hijo. Durante muchos años, ya doña Rosa había muerto y el abuelo José era el dueño del negocio de maderas, las noticias habían ido llegando. Pero, luego, se fueron apagando como el cabo de una vela. Primero las hijas; Carlota, Magdalena y Eulalia dejaron de escribir. Mas tarde lo hizo sor Reyes, la más joven de las hermanas, que se había metido monja. Su última carta decía que la mandaban a una misión en la selva, para regentar la escuelita que atendía a los hijos de los que allí cortaban la madera. Quizás por eso ya no pudo escribir más, pues el nombre del lugar no venía en ninguno de los atlas que tenían en casa y era muy posible que en un sitio así no tuvieran servicio de correos.

El último que dejó de escribir fue el tío Félix. Al cabo de bastantes años, volvieron a recibir una larga carta, en la que se contaba cómo doña Feliciana Bonilla había muerto. Cómo el tío Félix continuaba con el negocio familiar de exportación de piedras preciosas. Cómo el abuelo Ramón había fallecido de una angina de pecho, a los setenta y siete años. Firmaba la carta, que resumía casi cincuenta años de silencio: Félix Cervera-Bonilla, el nieto del abuelo Ramón y de Feliciana Bonilla, que era la que había introducido el nombre de Félix y unido su apellido al Cervera de la familia, buscando una memoria a la que no tenía

derecho, por ningún concepto, pues, como decía la madre de Magdalena: Aquella era una lagarta, medio mulata que, seguro, le dio al abuelo Ramón algún bebedizo, mezclado con licor de caña, que lo hizo enloquecer de amor.

El tío Félix Cervera-Bonilla había sido muy esperado, sobre todo por Magdalena, pues en su carta anunciaba visita. Como motivo principal se trataba de renovar el contacto con la familia y, no menos importante, establecer negocios de los que ya les hablaría.

Magdalena, desde la cama, miró los retratos que se alineaban, en marcos de porcelana, metal o madera taraceada, sobre la mesa camilla de su cuarto. Allí estaba ella, con diez años y el uniforme del colegio. Un poco más atrás, su padre y su madre asomaban el busto, en una fotografía de sus bodas de plata. Casi en primer plano, dos retratos encerrados en sendos medallones, correspondían al abuelo José y la abuela Catalina, cuando aquél pidió la mano de ésta. Miró también al hueco que había dejado la foto del tío Félix Cervera-Bonilla, después que ella la rompiera en mil pedazos, en un ritual mágico encaminado a borrar el paso de aquel hombre, tan esperado, por su vida.

Volvió a mirar al techo. No podía dormir, pero se acordó de que no debía mover la cabeza, si quería conservar el peinado en su sitio. Le habían aconsejado que hiciera una pequeña siesta, pero estaba demasiado nerviosa para hacer algo más que intentar relajarse a duras penas.

Además, todos aquellos recuerdos; el cuaderno escolar, el

judío Isaque, el tío Félix y la historia de familia que arras- traba consigo, se habían metido en su cabeza aquella tarde y no conseguía echarlos fuera. Era normal que todo volviera de repente. Aquellas eran las cosas importantes que le habían ocurrido en su vida. Una vida vulgar. Una historia como tantas otras de cientos de familias. Pero, gracias a aquellas cosas, a aquellos sucesos sin demasiada importancia, su carácter se había ido haciendo. Ella podría haber sido de cualquier otro modo. Sin embargo, si era la Magdalena Acero que hoy estaba tumbada en la cama, mirando al techo y preocupada de que no se le estropeará el peinado, era por obra de todos aquellos asuntos menudos que habían ido encarrilando su existencia. Era, en cierto modo, impresionante y hasta angustioso que porque Madre Salud tuviera bonita letra, porque Isaque, el joyero, dijera divina, porque el abuelo Ramón se hubiera ido a América o el abuelo José, al fin, también hubiera emigrado, ella fuera así, sintiera lo que sentía y hubiera llegado a pensar que todas las verdades encierran una mentira, todos los proyectos algún fraude, todas las ilusiones una zona oscura donde se esconde el fracaso, el engaño y la decepción.

Sus ojos volvieron del techo a aquel retrato, ya de un color sepia claro, con los perfiles del abuelo José y la abuela Catalina. La abuela no tendría, entonces, más de dieciséis años. Era rubia, de ojos azules, con una nariz breve de línea suavemente aguileña. El abuelo José era bastante mayor que ella, grueso, con un gran bigote negro, las cejas muy pobladas y los

ojos oscuros, brillantes y profundos. En aquella fotografía, de color gastado por el tiempo, casi parecía el padre de su prometida. Magdalena se había preguntado muchas veces por qué la gente mayor siempre parecía mucho más vieja. Tenía en el album una foto de su padre con catorce años, junto a la suya propia de la misma edad. Las había puesto una al lado de la otra porque el parecido era tan grande que semejaban la misma persona vestida de distinta manera. Sin embargo, en aquella foto, ella seguía siendo una niña de catorce años, mientras que su padre, bajo el sombrero flexible y dentro del largo gabán, era su padre.

Cuando el abuelo Ramón se marchó, doña Rosa recapacitó y pensó que todavía tenía un heredero; José. Había que introducirlo en el negocio de maderas y en la lechería. Si su hijo Ramón no volvía, José se haría cargo de todo. Si volvía derrotado y sin fortuna, José le podría servir de colaborador, de mano derecha, hasta que Ramón superase su fracaso y se pusiera al frente de todo, como era lo natural.

José era bastante más joven que Ramón, pero abultaba dos veces más. Siempre fue un niño robusto, bonachón, con un carácter dulce y fácil de llevar, siempre que tuviera el estómago satisfecho; era capaz de comer dos veces a mediodía, merendar con buena gana y cenar por partida doble, si se presentaba la ocasión. Cuando le llegó la hora de ir al servicio militar, doña Rosa, que ya estaba muy mayor para tener las ideas claras acerca de si era Ramón o José el que estaba al servicio de la patria, le enviaba al cuartel budines de espinacas con bechamel,

tortillas de alcachofas y otras delicadezas que él cambiaba, sistemáticamente, por doble ración de rancho. Las marchas y la instrucción le abrían de tal modo el apetito, que las delicias de la cocina de doña Rosa no le servían más que de aperitivo. Tanto fue lo que sudó el uniforme, que cuando lo licenciaron, había crecido casi diez centímetros y pesaba muy cerca de los cien kilos.

Doña Rosa, con la cabeza no muy clara, lo vio entrar en el almacén y casi no lo reconoció, pero, enseguida, se alegró de verle y puso, definitivamente, todos los asuntos en sus manos. El abuelo José se convirtió de golpe y porrazo en un industrial acomodado, con una buena cartera de clientes que mantenían su confianza en los servicios de aquella casa de leña y maderas, que tan bien había regentado doña Rosa. El, además de haber tenido una buena maestra, carecía de fantasmas, tenía un optimismo a prueba de bombas. Sabía que si Ramón volvía, él no sería el dueño, así que trabajaba con tesón pero sin angustia. Era agradecido y trabajaba por cariño. Portaba en la cara, siempre, una sonrisa amplia y fácil, que daba confianza y garantizaba, sin necesidad de contratos, lo que decía. Supo además actuar en señor y, aunque muchas cosas las resolvía directamente, -con los brazos arremangados descargaba los carros- contrató un contable, el señor Andrés. Este era el pagador de los obreros y también el capataz en el almacén y la lechería.

Magdalena se detuvo un rato pensando en el señor Andrés. A aquel hombre jamás le habían asaltado las dudas que a ella le

atacaban desde todos los rincones. Nunca padeció una crisis que pusiera en cuestión su escala de valores. Nunca notó las contradicciones que existían entre la realidad y la teoría. Su mundo era un universo asentado sobre los firmes pilares de que el patrón es el patrón, lo que él manda va a misa y aquí no hay más que rascar.

Magdalena sentía escalofríos de indignación cuando oía a su madre contar las historias del señor Andrés. Había venido de Almería, con los ojos llenos de escarcha de trabajar en el esparto. Gracias a un tío suyo cura, había aprendido a leer y escribir, sabía de cuentas, conocía los eventos más sobresalientes de la Historia de España, había leído las obras completas de Lope de Vega que su tío tenía escondidas en la biblioteca por pecaminosas, sabía la misa en latín y algunas frases que acompañaba de la correspondiente traducción al castellano, para facilitar la comprensión a los legos. Su frase más frecuente era "ubi sunt qui sunt", es decir, ya hemos llegado a donde íbamos. La madre de Magdalena decía siempre, el señor Andrés era una persona fiel y entregada como nadie al servicio de la casa. Pero Magdalena sentía cómo los pelos se le ponían de punta, cuando contaban cómo reunía a los obreros, los sábados, para entregarles la paga. Los citaba en la lechería al final de la tarde. Allí llegaban todos, unos antes y otros después, ya con su camisa planchada, lavados y con el pelo chorreando brillantina. Se sentaban con la boina entre las manos y esperaban la aparición del señor Andrés. Aprovechaban, cuando

llegaba, para comentar los incidentes de la semana, que si el barco que se había incendiado, que si la Fuensanta, la del Tomás, había tenido un parto de nalgas, que si la partida de leña del martes había llegado toda mojada, que hasta hongos tenían las ramas, un desastre. La charla duraba no menos de una hora y varios pitillos liados, según lo agitado de la semana. El rito empezaba a tocar a su fin, cuando el señor Andrés preguntaba con aire de cosa nueva: Bueno, habréis venido por la paga, ¿no? No, pensaba Magdalena en este punto, que estaban allí de visita, ¡qué hombre! Y, entonces, uno a uno decían: Pues, que si me puede dar *usté* cuarenta duros. Ya serán treinta, que si no te lo bebes. Mire *usté* que no se si me voy a apañar. Claro que te apañarás, aquí el dinero está mejor que en tu bolsillo y ya verás cómo me lo agradeces. Todo terminaba con un "gracias, señor Andrés, a mandar y quede *usté* con Dios". A los aprendices los hacía ir a cobrar con su madre o un hermano mayor, porque no se fiaba del empleo que darían al dinero. Eso sí, llevaba las cuentas con una precisión y pulcritud exageradas. Jamás defraudó a nadie, ni se embolsó una sola peseta que no fuera suya. Pero le daba el jornal con cuentagotas incluso a su propio hijo, que trabajaba en la casa. Magdalena se preguntaba cómo ninguno de aquellos carreteros, grandes como castillos, que escupían por el colmillo y decían unas blasfemias de a puño, no le habían soltado al señor Andrés un buen puñetazo en los morros. Su madre decía, el señor Andrés era un hombre fiel, que velaba por el bien de los jornaleros. No quería que se perdieran en

borracheras. El mismo les daba ejemplo con su hijo.

Magdalena estaba convencida de que el señor Andrés estaba detrás de la huida final del abuelo José. Era más papista que el Papa, pero sus historias, al fin, se le adjudicaban al patrón y, cuando la lucha proletaria se puso en marcha y comenzaron las huelgas duras, los tiros y las bombas, el abuelo José fue el blanco de los piquetes. Mientras el señor Andrés se volvía a su Almería natal, llevándose el respeto de sus subalternos y de la familia, el abuelo José, de noche y a escondidas, tuvo que irse a conquistar el África, prácticamente con lo puesto.

Gracias a un amigo masón y a un antiguo compañero del Colegio de los Escolapios, que era anarquista, consiguió embarcar a su familia y a sí mismo en un frutero que hacía cabotaje por todo el Levante para terminar en un puerto africano del Atlántico.

Doña Catalina Ibars, la abuela, se pasó todo el viaje diciendo ¡Ay, María Santísima! vomitando hasta la primera papilla y maldiciendo con lenguaje contundente a toda aquella manada de anarquistas de mierda que la obligaban a irse a tierras de infieles, en medio de un temporal de mil pares de narices, ¡Ay Virgen del Perpetuo Socorro! Entretanto, don José, en el puente, conversaba con el capitán de todo lo divino y lo humano. Eran los únicos en aquel frutero que conservaban firme el estómago y no veían lucecitas. El capitán, a cada historia que contaba el abuelo, exclamaba ¡mi madre, padre! eso sí, en distintos tonos, según lo grave del asunto.

La travesía duró casi un mes, pues de noche navegaban y de

día atracaban en los puertos donde tenían concertada carga y descarga o aprovisionamiento. Al fin, una mañana ventosa de Marzo el barco echó el ancla en mitad del océano, al otro lado de la barra que cerraba el puerto. Para desembarcar tuvieron que esperar que la marea subiera y cubriera la barra de arena, para que las barcazas pudieran acercarse a recoger la carga y el pasaje.

Doña Catalina suspiró hondo y se sintió algo reconciliada con aquella tierra de infieles al verse aposentada en una mecedora en el saloncito recibidor de su habitación del Hotel Atlántico, el único recomendado en la ciudad para europeos.

Don José le tomó la mano, le dio unas palmaditas cariñosas y le dijo, con su mejor sonrisa: Doña Cati, desde el África y desde las Américas, mi hermano Ramón y yo regresaremos, un día, triunfantes para reconquistar a Europa. Esta es una tierra de promisión, un paraíso para gente como yo. Aquí haremos fortuna. Reconstruiremos aquel mundo que acaba de darnos la espalda. Nosotros somos gente de paz y de trabajo, no de anarquía y decadencia. Esta es una tierra virgen, nueva, esperando las iniciativas de hombres emprendedores y conocedores del funcionamiento de las industrias modernas. Ya verás, Doña Cati, seremos felices y todo nos sonreirá.

Por una vez, las fantasías del abuelo José y su optimismo no iban a quedar en sólo fantasías. Al poco tiempo de llegar a la ciudad, tenía un negocio bastante próspero de desguace de los buques que encallaban en la barra y que eran muchos, y un

almacén bien surtido de chatarra y calderas de barco. Más adelante, cuando la construcción empezó a tomar auge, montó un taller de bloques de cemento y, en fin, terminó de redondear su fortuna con una empresa de ómnibus, que unían la ciudad con las aldeas cercanas y con la capital regional. Arrendaron unos terrenos del Ayuntamiento a las afueras y allí construyeron su casa, sus almacenes y sus cocheras. Doña Catalina, la abuela, sembró su jardín y, en el patio de atrás que daba a las cocheras, plantó su huerto. Tuvieron hijos e hijas que crecieron y se hicieron hombres y mujeres, que siguieron su camino en la vida; unos regresaron a la madre patria y otros se quedaron en aquella tierra de promisión. Los huesos del abuelo José quedaron allí, junto a los menudos despojos de la abuela Catalina Ibars.

La hija mayor, Magdalena, su madre, cuando el abuelo decidió retirarse, se hizo cargo de los negocios y los llevó con mano firme, tan firme como la de la abuela Rosa. Esas cosas se heredan, decía ella. Por eso no comprendía cómo su hija Magdalena era incapaz de entender la menor operación comercial o de sentir interés por ninguna forma de ganar dinero, como no fuera la de trabajar a sueldo. Eso es una esclavitud y un sueldo sólo sirve para no pasar miseria. Si quieres dejar algo tras de ti, para que se te recuerde, tienes que crear riqueza, como hizo el abuelo Ramón o el abuelo José, como lo hemos hecho entre tu padre y yo.

Cuando Magdalena ya tenía cerca de los diecisiete años, sus padres liquidaron los negocios africanos y, con el producto,

regresaron a la Península, volviendo a enzarzarse en nuevos negocios que a Magdalena siempre le parecían oscuros y sospechosos. Hija, los negocios y la política no se mueven bajo los dictados de la moral franciscana. Es otro mundo. Es una selva; o comes o te comen. Pero siempre hay que ser honrado y al que te trabaja y te sirve con fidelidad, le das lo que es justo y en paz. Incluso puedes hacer regalos, para que la gente esté dispuesta a servirte otra vez con la misma entrega y fidelidad. A Magdalena lo de la fidelidad le traía a las mientes al señor Andrés y contestaba: Eso, como el señor Andrés, y se iba a su cuarto con la sensación de que allí había algo que no casaba y siempre, siempre, veía las óes, el sobresaliente y la sonrisa de Isaque diciendo divina.

Capítulo II

Otra vez culpa mía -pensó Harún amargamente-. Yo lo eché todo a rodar. ¿Qué utilidad tienen unas historias que ni siquiera son verdad?

("Harún y el Mar de las Historias", Salman Rushdie)

1

Se dio cuenta de que llevaba ya un rato largo tumbada sobre la cama y que, en ese tiempo, las historias se habían ido encadenando unas a otras con pretextos mínimos; se arracimaban como cerezas sacadas de un cesto, sin demasiada conexión real entre ellas y, sin embargo, comprendió que todas giraban en torno a una única historia, la del tío Félix Cervera-Bonilla. Esta era precisamente la historia que quería borrar del todo, de la que quería pensar que nunca había existido, aunque estaba convencida de que aquellos años, ¡años enteros! que duró la estancia del tío Félix, habían sido su época más fecunda, la mejor escuela

que había tenido y lo que, definitivamente, la había convertido en la Magdalena Acero que se iría a la sepultura. La relación con el tío Félix la había terminado de configurar. Su carácter se había moldeado y definido en aquel contacto. Pensó: ¿Siempre ha de ser tan doloroso adquirir una personalidad, formarla? Conocía a muchas personas y, unas más y otras menos, todas tenían una forma peculiar de ser, algo que las distinguía de las demás. Muchas de ellas, seguro, no habían pasado por pruebas tan duras como aquellas para llegar a tener personalidades que las distinguieran. No entendía, pues, por qué ella había tenido que sufrir un aprendizaje tan severo. Toda la culpa la tenía el tío Félix, era la simple conclusión a la que llegaba. Pero el tío Félix se resistía a entrar en su memoria. De igual modo que había roto su fotografía, ahora, su espíritu quebraba, no bien se alzaban, todos los recuerdos.

Se levantó de la cama y fue hacia la ventana. El mes de Julio, tras un Junio especialmente frío y lluvioso, se presentaba tórrido y sofocante, trayendo por fin al verano. Los días eran rasos, secos. El cielo hiriente de azul. Los atardeceres bochornosos y las noches serenas no dejaban a ninguna brisa atenuar el calor. Bajó un poco la persiana y abrió la hoja de la ventana que había dejado entornada. No quería resfriarse por una tonta corriente de aire. No se movía ni un leve aliento. Los chorros de sudor le corrían por la espalda y por los brazos y sentía la planta de los pies húmeda, pegarse y despegarse de la tarima del suelo a cada paso. No creo que me resfríe, se dijo,

por dejar la ventana de par en par. Un olorcillo de frito de tomate le subió a la nariz. En alguna otra casa debían estar ya preparando la cena. La salsa de tomate era una de las cosas que más le gustaba. Aquella, cuyo olor llegaba hasta su habitación, le recordó un sabor de la infancia. De nuevo, algo le impedía pensar en el tío Félix. Ahora era la salsa de tomate de las ricas albóndigas de pescado que preparaba Candelaria.

Recordó el primer día en que Candelaria vino a la casa para hacerse cargo de la cocina. Magdalena andaba enloquecida buscando unos pantalones blancos que quería ponerse; precisamente hoy no los encuentro, nunca me decido a salir con ellos y hoy que quiero, nada, no aparecen. Candelaria le preguntó, ¿has mirado en tu armario? pues claro, ¿en el tendedero? ya, ¿entre la ropa de plancha? sí. Aquella mujer parecía tonta, ya había mirado en todas partes, incluso en la cesta de la ropa sucia, debajo de la cama, en el armario de su madre, detrás de la puerta del cuarto de baño. Había bajado al patio donde, a veces, caían las prendas mal sujetas a la cuerda de tender. Lo había mirado todo y, claro, había empezado por los sitios normales. Entonces, Candelaria dijo aquello de "átale los cojones a Pilatos y ya verás como aparece". Magdalena se quedó estupefacta. En su casa nadie decía tacos, todo lo más "mierda" o "puñetas", cuando las cosas se ponían muy mal. Pilatos era, por otra parte, un personaje que siempre le había resultado antipático, pero lo de atarle aquello, le parecía demasiado. Aunque más sorprendida se quedó cuando Candelaria, viendo que

ella no hacía lo que se le aconsejaba, sacó del bolsillo del delantal un pañuelo blanco de hombre y, escupiendo en el centro, amarró, en un gesto rápido, los picos cruzados. Volvió a escupir sobre los nudos y dijo: No pienso soltarte hasta que aparezcan los pantalones de la niña. Juntas se pusieron a buscar y aparecieron, aparecieron entre la ropa planchada, donde Magdalena había buscado ya tres veces. Magdalena le dijo: Ya puede usted desatar a Pilatos. Candelaria sacó el pañuelo, lo miró y exclamó muy seria: Lo voy a dejar otro poco, para que no piense que le amenazo en balde. Magdalena soltó una carcajada, le dio un beso a Candelaria y fue a ponerse sus pantalones blancos.

Desde aquel día, Candelaria se convirtió en la mejor amiga de Magdalena. En los días difíciles de la presencia del tío Félix, Candelaria la consolaba, la animaba, la hacía reír a pesar de las lágrimas. ¡Ay Candelaria! cómo le gustaría ahora tenerla cerca, en vez de estar aquí sola, contándole sus miedos a las paredes. Poder conversar con aquella mujer, que le contaba toda su vida mientras planchaba o repasaba ropa. Era como si la estuviera viendo; aquella figura maciza, algo más gruesa de lo que marcan las tablas por estaturas. Tenía el pelo muy negro y le llegaba casi hasta la cintura. Se lo enrollaba en un moño bajo que le llenaba la nuca de lado a lado. Su piel era muy oscura, parecía cobriza. Con la cara muy ancha, de pómulos pronunciados, parecía una india. Tenía los ojillos pequeños, pero expresivos a pesar de su miopía y capaces de captar

cualquier cambio de ánimo en los ojos de Magdalena. La boca, desdentada, no conservaba más que los colmillos del maxilar superior y algunas piezas del inferior. Aquellos colmillos grandes, amarillentos, daban a su sonrisa un cierto aire vampiresco pero, en seguida, esa impresión desaparecía por lo dulce y agradable que con todo era su sonrisa. El ceceo de su acento, al hablar, provocado por el escape del aire entre las muelas, la dotaba de un encanto adicional.

A Magdalena le encantaban los brazos morenos de Candelaria. Eran gruesos, bien torneados, rematados en hábiles y pequeñas manos. Cuando al atardecer los enarcaba para rehacerse el moño, parecía que iba a bailar sevillanas. Pero, sobre todo, le encantaban las historias que le contaba o los comentarios que hacía al oír las novelas seriadas de la radio. Las historias de cómo Candelaria se había enamorado de su Francisco eran preciosas. La primera vez que lo vio, mi Francisco iba de uniforme -su regimiento llevaba una capa blanca con las vueltas azul celeste- en el pescante de un carro del que tiraban dos relucientes mulas. Me dijo mi Francisco: Señorita, ¿quiere usted subir a dar una vuelta en carro? Yo, que ya lo había visto varios días rondando mi casa, no pude resistirme. Niña, mi Francisco ahora parece muy poca cosa, desde el accidente, pero, aquel día, en lo alto del carro, con la capa al viento, que ni pintado el príncipe de los cuentos. Tendrías que haberlo visto. Luego, me cortó ramos de flores, se metió en un trigal y me hizo comer trigo verde, no sabes lo dulce que está, también robó unas

frutas para mí de un huerto. Y qué ojos negros tenía mi Francisco, daba gloria mirarlo. Ahora está ya hecho un viejo, pero qué educado y qué guapo era, con aquella capa. Lástima de que luego del accidente no pudiera seguir en el ejército, porque, aún ahora que está viejito, si tú, niña, lo vieras con la capa, ya verías que no te miento.

Magdalena pensaba que Candelaria veía a su Francisco con capa, cuando lo miraba, aunque no la llevara puesta. Tal vez, no se trataba de una visión y Francisco había conservado el uniforme y la preciosa capa blanca y celeste, y la usaba en los ratos de intimidad para mantener encendido el amor de Candelaria. Nunca se atrevió a preguntárselo.

Cuando Candelaria le contaba lo guapo que era su Francisco, Magdalena lo veía con toda claridad, sin embargo nunca consiguió superponer aquella imagen a la real de Francisco, que era un hombre que abultaba la mitad que su mujer; no tiene media bofetada, decía su madre. Siempre usaba unas americanas demasiado grandes, cuyas mangas le llegaban al arranque de los dedos. Magdalena no sabía si era porque las había heredado o si se las compraba así adrede, por una especie de pudor o coquetería. Las mangas tan largas ocultaban su mano derecha seca y con los dedos engarfiados, que era el resultado del accidente. El camión del ejército que llevaba a su Francisco volcó a causa de unos derrumbes en la pista que iba hasta la batería. El brazo de Francisco quedó aprisionado entre los hierros y ya nunca recuperó la movilidad de los dedos y se le fue encogiendo y

resecando. Tuvo suerte de que no se lo amputaran. A Candelaria le daban mucha grima los "nutilaos" y, aunque su Francisco también lo era, pues le dieron baja en el ejército por inútil para el servicio, el que hubiera conservado el brazo ya era algo. La cosa sucedió mientras él servía a la patria y, por eso, le quedó una pequeña pensión, que fue excusa suficiente para que Francisco no volviera a sentir la necesidad de trabajar nunca más. Y Candelaria tuvo que criar a sus hijos a trompicones, entre idas y vueltas a fogones ajenos.

Magdalena ahora echaba de menos a Candelaria y su charla. Su forma de contar las cosas, la de darle consejos y la de asegurarle que, en la sesión que había tenido la noche anterior en casa de su amiga Martina, la medium, un espíritu ilustrado, a una pregunta suya, le había anunciado que la niña no debía temer nada del examen que tanto la preocupaba, eran siempre un consuelo eficaz. Ojalá los espíritus de Martina hubieran servido para avisar de las asechanzas del tío Félix Cervera-Bonilla y ojalá estuvieran asequibles en aquella misma tarde, para decirle qué le aguardaba en el futuro. Candelaria, a estas alturas, no era ya más que un espíritu ella misma y, por más que la invocaba a través de los recuerdos, no acudía con golpes a anunciarle su presencia benéfica.

No era extraño, Candelaria ya la había traicionado una vez, cuando más la necesitaba. Decidió, de repente, emigrar a Francia, donde estaban su hijo Manuel y su hija Paca. No hubo forma de retenerla. La madre de Magdalena le ofreció una mejora en el

suelo, incluso un trabajo que consistía en no hacer nada con un horario cómodo para su Francisco. Ella argumentó que no quería estar más tiempo lejos de sus hijos, que la Paca tenía un novio francés y ella tenía que ir allá a velar por la honra de su hija, porque ya se sabe cómo son esos extranjeros que se creen que todo el monte es orégano, pero con las españolas no, iba muy desencaminado. Además, consultados los espíritus, le habían aconsejado que nada como el clima del cinturón de París para el asma de su Francisco.

Candelaria se fue a la Francia y Magdalena quedó abandonada a su suerte. Al cabo de tres o cuatro años, Candelaria volvió, pero ya no fue lo mismo. La mujer se había quedado en la mitad, se había cortado el pelo, el trabajo agotador la había consumido y, sobre todo, la había consumido la trágica muerte de su Francisco que, en un ataque de asma, se había asomado demasiado a la ventana en busca de aire para sus bronquios silbantes y la misma ráfaga de aire, que intentaba atrapar, lo había empujado hacia la calle, en una caída que lo hizo descansar para siempre del agobio de no poder respirar.

Candelaria añadió a su ceceo peculiar el llamar a la madre de Magdalena "madam", convirtió a su hija Paca en la "Fransuás" y decía "mondié" cada vez que se quemaba en la cocina, en sustitución del ¡leche! habitual; algo hemos ganado, decía la madre de Magdalena, pero ésta veía con pena cómo aquella mujer se había convertido en una sombra de sí misma, cómo se iba deshaciendo alguien que había sufrido una vida bastante dura con

alegría, por ir prendida de una capa blanca y celeste. Magdalena, por eso, nunca cambió su cariño, su devoción y hasta su admiración por Candelaria, aunque la había dejado abandonada cuando más necesidad tenía de ella. Al simple olor de la fritanga de tomate, se le había llenado el paladar del sabor de los guisos de Candelaria, los ojos de lágrimas y el corazón de una profunda añoranza.

Con la boca llena del sabor de las sardinas rebozadas en huevo, de las albóndigas de caballa, de las frituras y las rosquillas de Candelaria, Magdalena se perdió en una larga reflexión, cuya conclusión fue que los sabores de la infancia no se recuperan jamás. El queso de bola ya no sabía como antes, los helados eran más pequeños, la leche condensada no era tan dulce, ni los chicles hacían las pompas tan relucientes y hermosas como entonces. Su madre tenía razón, todos estos inventos modernos de la leche descremada, atomizada y no sé cuántas cosas más son una engañifa, un fraude, una forma de tomarle el pelo a la gente con el cuento de que todo es más higiénico, ocultando que todas esas cosas están hechas de unas porquerías que, si las vieras, ni las probabas, y no como antes, que todo era natural. Recordó Magdalena que su padre contaba la historia de un granjero que puso un gran cartel donde anunciaba "Los huevos de Valiente, del culo de la gallina a la boca del cliente". Con una sonrisa en los labios, Magdalena sintió que la cabeza se le quedaba un momento en blanco y se adormiló, tendida en un mar de sudor, sobre la cama.

El sonido de una sirena de barco despertó a Magdalena. No podía ser un barco. Ya casi despejada de su sopor, volvió a oír el bocinazo estruendoso y se dio cuenta de que era la voz de un camión. La imagen que había asociado, durante años, a un sonido semejante era la de los barcos entrando por la bocana del puerto, acompañados de la pequeña lancha del práctico. Sobre todo la de un barco en especial; el Rosa Carducci, matrícula panameña. Un barco grande y descuidado que hacía su servicio mixto de carga y pasaje a través del Atlántico. En aquel barco había anunciado su llegada, por medio de un telegrama, el tío Félix Cervera Bonilla. Todos los miembros de la familia se habían acicalado como si fueran a asistir a la misa mayor de los domingos. Habían escogido su mejor coche y se habían dirigido al puerto. Su madre lucía un precioso sombrero con unas pequeñas plumas de ave del paraíso y un velito que le llegaba a la punta de la nariz. Magdalena era la estampa viva de la niña buena metida dentro de su traje de paño, con cuello de encaje y chalina de raso azul. Los zapatos de charol le hacían un poco de daño, porque eran de la temporada pasada, aunque eran los más nuevos. Llevaba puestas ya unas gruesas medias de nylon, preludio de las de cristal y del ingreso inmediato en el club de

las señoritas.

Llegaron al puerto, aparcaron el automóvil bajo la sombra de un plátano y se encaminaron hacia el muelle de poniente, donde debía atracar el Rosa Carducci. El barco hacía en aquel instante su entrada por la bocana. La motora del práctico iba y venía de la popa a la proa del gran carguero, como un niño inquieto revolotea junto a las faldas de su madre. Se cruzaba y pasaba de babor a estribor, dirigiendo la maniobra de atraque del barco. Magdalena sufría bajo la impresión de que la quilla del gran barco aplastaría y mandaría a pique a la frágil barca del práctico. Las espumas levantadas por una y otra nave se cruzaban y entremezclaban, dejando grandes surcos en el agua verdinegra y oleosa del puerto. Las basuras removidas volvían a aflorar; las mondas de naranja, los trozos de madera, las botellas, las cáscaras de huevo, los peces muertos, los retales de arpillera se entremezclaban, saltaban y bailaban sobre las ondas de las estelas de ambas embarcaciones. El gran buque seguía, sin embargo, su marcha majestuosa, enfilando el muelle donde estaba Magdalena. A ella le sudaban las manos; la espera había sido muy larga. Su madre le había contado mil y una anécdotas de las andanzas del abuelo Ramón y la abuela Feliciana, de su hijo el tío Félix, de sus hermanas, pero del tío Félix Cervera-Bonilla, el joven, no había podido decirle nada, pues nada era lo que de él sabían.

Cuando dos días antes su telegrama llegó, todos ajustaron sus planes para poder ir a recibirle, sin embargo nadie sabía qué

aspecto tendría el viajero. La madre de Magdalena pensaba que sin duda sería un Cervera, pero Cerveras había de muchos tipos; menudos e inquietos como el abuelo Ramón, grandes, gordos, orondos y pacíficos como el abuelo José, sin contar con los diversos genes que los cónyuges habían aportado a las distintas generaciones. Podría resultar que el tío Félix joven fuera idéntico a aquella lagartona de la abuela Feliciana, idea que la madre de Magdalena rechazó en seguida pensando, no en el carácter del nieto, sino más bien en el tono de la piel. Cómo podía presentar a sus amistades a un primo mulato, ¡qué espanto! no es que sea yo racista, pero en mi propia familia alguien oscurito, sería demasiado. Magdalena apuntó la posibilidad de que se pareciera a su madre, doña Gertrudis Valverde. Esta pobre mujer había tenido un paso tan fugaz por la familia, que nadie la recordaba jamás. Sólo a Magdalena se le ocurrió la cosa, claro que lo malo era que nadie la vio nunca. Cuando comunicaron la boda de tío Félix mayor, no hicieron alusión al aspecto físico de la novia, sólo que era muy joven, de buena familia, que su padre tenía un fundo muy hermoso con muchísimas hectáreas en plena producción y que ganaba mucho dinero con la exportación de café, tanto, que el año que preveía no hacerse rico una vez más, arrojaba la mitad de la cosecha de café al mar, antes de embarcarlo. Tenía dos hermosas casas con patio en la ciudad y una de ellas la cedía a su hija Gertrudis, para que allí residiera con su esposo. Para que fuera habitable habían hecho grandes reformas y modernizaciones. Habían mandado traer muebles

y lámparas de Europa, así como varias vajillas, mantelerías, cuberterías, cristalerías y un sinfín de objetos que hicieron inútiles los regalos de boda; nada quedaba en ningún comercio del mundo que evitara repetirse. Pero la pobre doña Gertrudis - que luego supieron- era una mujer menuda, de pelo pajizo, estrechas caderas y un soplo en el corazón, se quedó encinta nada más estrenar el matrimonio. Aguantó el embarazo entre terribles vómitos que, literalmente, le echaban las tripas afuera, arrastrando su enorme barriga por hamacas y tumbonas, cubierta con colchas de colores, aún en el tiempo más tórrido. Padeció los dolores del parto sin gritar, que ni eso podía, y en el último gran suspiro, coincidiendo con el primer llanto del niño, entregó su alma a Dios.

Don Pedro Luis de Valverde quedó completamente destrozado a la muerte de su Gertruditas, pero no perdió la cabeza por el dolor. En los diez meses que duró el matrimonio de su descolorida y enfermiza hija, tuvo tiempo más que suficiente de conocer a su yerno, el tío Félix mayor y, sobre todo, a su consuegra, doña Feliciana Bonilla, así que modificó el testamento en cuanto comenzó a ver que su niña se apagaba y, aunque una parte quedó en usufructo del yerno y su hijo -en definitiva su nieto- todo revertiría, en su momento, en los hijos de una hermana suya. El señor de Valverde pensaba como la madre de Magdalena que hay cosas que se heredan y, a veces, no las mejores.

Todo esto se supo más tarde. Mientras tanto, ellos esperaban el fin de la maniobra de amarre del buque y su mayor preocupa-

ción era qué aspecto podría tener el tío Félix. Sería un Bonilla -¡no quiera Dios!-, un Cervera, un Valverde, una mezcla de todos o una vuelta atrás en rasgos no recordados. Escudriñaban a los pasajeros que se acodaban en la borda casi con angustia pues, en la distancia, no distinguían sus rostros. Además, la baranda del barco cubría más de medio cuerpo de manera que los pasajeros quedaban reducidos a bustos estáticos o gesticulantes en los que poco se podía ver y mucho era lo por adivinar.

Magdalena sentía sus manos húmedas y heladas. Aquella incertidumbre iba a matarla. Cuando el barco ya se hubo colocado en posición totalmente paralela al muelle, la niña descubrió una figura que antes quedaba semioculta por una de las chimeneas. En la distancia parecía un hombre muy alto, vestido de pies a cabeza de color marfil. Magdalena lo señaló gritando: El tío Félix está allí arribota, al lado de la chimenea. Al apuntarlo con su dedo, el hombre sacó del bolsillo superior de la americana un grandísimo pañuelo azul marino y lo agitó en dirección a ella. Sin duda era él y todos comenzaron a agitar los brazos para dar a entender que se habían reconocido a pesar de la mutua ignorancia y de la lejanía. Tras las primeras convulsivas señales de saludo, el tío Félix desapareció detrás de la chimenea y los dejó un poco congelados, con las muecas y gestos en pleno desarrollo; era como si hubieran detenido bruscamente la película. La duda recorrió un instante a los que aguardaban. Tal vez habían estado haciendo señas a un perfecto desconocido.

La pasarela ya estaba tendida hacia el muelle. Los mozos de

cuerda subían por ella para hacerse cargo de los equipajes. La grúa más próxima al buque comenzó a ponerse en movimiento, hasta quedar suspendida sobre la cubierta, en el punto en que se abría la bodega. Los pasajeros empezaron a desembarcar. Magdalena los miraba fijamente uno a uno, deteniéndose incluso en las mujeres, los niños y los ancianos, tan insegura estaba respecto a la realidad de aquella figura que vio junto a la chimenea y del aspecto que el tío Félix pudiera tener. Ninguno de los que esperaba en el muelle se daba cuenta de que ellos sí que constituían un grupo fácilmente identificable ni de que el tío Félix ya sabía quiénes eran sus parientes.

Tras ver descender del barco a un buen número de viajeros, fijaron la vista en un porteador que cargaba, haciendo verdaderos malabarismos, un sinnúmero de maletas, bolsas de viaje y estuches. El pobre hombre, que casi no podía ver dónde ponía el pie, iba sorteando con paso vacilante los travesaños de la pasarela. Tras él, en un contraste violento, descendía el individuo del traje color marfil, con el pañuelo azul marino derramándose del bolsillo superior de su americana. Bajaba con aire distraído, mirando a un lado y a otro de la pasarela como con desgana, mientras enfundaba las manos en unos guantes también de color marfil. Sus ojos se posaron en el grupo de Magdalena y de sus padres y, entonces, una sonrisa teatral brotó de sus labios. Agitó la mano que medio vestía uno de los guantes en un gesto que recordó a los de las marionetas, los dedos flácidos y vacíos del guante se desparramaron como los de un

muñeco de trapo: Era él.

Los besos, los abrazos, el levantado por los aires de Magdalena, las preguntas sin respuesta, las respuestas que no contestaban a ninguna pregunta, las frases a medias, rodaron atropellándose por el empedrado gris y grasiento del muelle. Mientras, el mozo de cuerda seguía sosteniendo en un equilibrio inverosímil el equipaje, sin saber dónde tendría que depositarlo. Entre lágrimas y la palabra tiempo mil veces repetida en todos los tonos posibles, al fin se dieron cuenta de la tortura de aquel pobre hombre y se encaminaron al coche que aguardaba a la sombra del plátano.

Las primeras palabras nítidas que Magdalena oyó al tío Félix pronunciar fueron: Primo, te importaría pagar al mozo, no pude cambiar moneda a bordo.

El trayecto de vuelta a casa era bastante largo lo que permitió a Magdalena, que iba con la barbilla pegada al borde del respaldo, observar cuidadosamente al recién llegado. Este, de vez en cuando, volvía la cabeza para contestar a los comentarios de la madre de Magdalena, que estaba sentada junto a ella en el asiento trasero. El tío Félix tenía una muletilla. Cada dos o tres palabras decía "no es cierto", en una especie de pregunta que no esperaba respuesta. Cada vez que volvía la cabeza hacia Magdalena, intercalaba, junto a la muletilla, un "morochita" dirigido a ella, que pretendía ser cariñoso.

Sus padres y el tío Félix hablaban, hablaban y, pronto, Magdalena dejó de escuchar y de entender lo que decían. Pescaba

palabras sueltas como carga maloliente, tormenta, poco pasaje, casi nadie con quien hablar, larga travesía... Dedicó, pues, toda su atención a inspeccionar al tío. Con el revuelo de los abrazos y los apretones, no había tenido tiempo de hacerse una imagen detallada de él. Ahora, mientras los demás hablaban quitándose la palabra de la boca, ella pudo fijarse en las rodillas agudas del tío que se transparentaban en la fina tela de sus pantalones color marfil. Era tan alto que las aristas de sus rodillas estaban completamente incrustadas en la guantera del coche. Sus manos subían y bajaban, acompañando la descripción de sus experiencias durante el viaje y, al moverse, las uñas romas en todos los dedos, excepto en el meñique que estaba dotado de una larga uña afilada, lanzaban destellos producidos por la laca transparente con que las abrillantaba. Los destellos se unían a los de un gran solitario que lucía en la mano izquierda y a los relumbres del oro de un sello, sumamente aparatoso, con las iniciales en relieve, que portaba en el dedo menor de la mano derecha. Exageradamente delgado incluso, tenía los hombros muy anchos y algo cargados, de los que emergía un cuello de un largo inverosímil, en el que se apreciaba cómo se tensaban todos los tendones acompañando los movimientos de su mandíbula, se le transparentaban los anillos de la tráquea, al tiempo que se veía subir y bajar su aguda nuez. La cabeza era pequeña, muy redondeada, coronada por unos mechones ralos de cabello de un color rubio pálido. Magdalena pensó: Es más bien un Valverde, no tiene mucho de Cervera, a pesar de las esperan-

zas de mi madre. Cubría la cara una piel amarillenta, de aspecto viscoso, que parecía un paisaje lunar por la cantidad de cráteres y hoyos que, tal vez, un acné juvenil o unas viruelas locas habían dejado a su paso. La nariz grande, prominente, aunque fina en su arranque entre las cejas lampiñas, se remataba en una meseta ancha y plana. La boca de labios finos, dejaba al descubierto unos dientes regulares pero picudos como los de un perro. Al sonreír, dibujaba una mueca forzada que, subrayada por aquellos dientes caninos, sugería que su dueño iba a rugir y, sin embargo, dejaba escapar unas carcajadas secas, que resultaban aún más feroces que un rugido.

Lo que no pudo Magdalena descubrir fueron sus ojos. El tío Félix los cubría con unas oscuras gafas de sol que no permitían saber hacia dónde miraban los ojos tras ellas ocultos.

Sentada en su cuarto, esta tarde, junto a la ventana, recordaba con toda claridad la llegada del tío Félix. Habían pasado más de quince años. La imagen del tío, junto a la chimenea, con aquel escandaloso traje claro, con el exagerado pañuelo azul marino y, luego, plegado dentro del coche, dejando escapar por las esquinas de su figura los picos agudos como puntas de flecha de sus huesos, con las manos agitadas y nerviosas que no paraban nunca quietas, rematadas por la uña larga, brillante - ¡asquerosa!-, desde el primer instante, pensó Magdalena, ¡Dios mío! me produjo un escalofrío de repugnancia. Sin embargo, inconscientemente, lo ahogó entonces bajo el peso de las ilusiones y esperanzas acumuladas.

El tío no sólo era un ser exótico, venido de lejanas tierras, que inundaría su vida de nuevas y extrañas sensaciones, sino que iba a permitir que se pavonease ante sus amigas y compañeras del colegio; muy pocas tenían un pariente indiano. Además era muy rico, comerciaba en piedras preciosas y Magdalena lo veía, en su imaginación de niña, cubierto de un manto carmesí con las vueltas de armiño y la cabeza coronada de refulgentes esmeraldas y rubíes y topacios y diamantes. ¿No era todo eso lo que el tío Félix traía? El era el representante vivo de una parte impor-

tante de las glorias familiares. Una parte de las raíces. Una parte de su identidad, que había estado perdida durante años y años de silencios y ausencias. El tío Félix ponía en pie todas las historias antiguas que su madre le había contado para dormirla, en lugar del cuento de Caperucita o el de Blancanieves. Era como poder tocar al príncipe azul con la mano y que éste no se convirtiera en un retazo de niebla que se deshace bajo un rayo de sol.

¡Oh Dios!, ¿por qué los niños no serán capaces de expresar, de hacer conscientes sus intuiciones nacidas del instinto de conservación que tienen aún intacto y no como los adultos que a fuerza de educación, convenciones, razonamientos, intereses y prejuicios lo van perdiendo poco a poco, hasta que la campanilla que avisa de los peligros se queda definitiva e irremediablemente muda, dejando a todos a merced de cualquier engaño, de todas las traiciones?

A pesar de lo que ahora sentía y pensaba, Magdalena comprendía que ella también se dejó engañar por todas aquellas fantasías producto de cómo los recuerdos embellecen el pasado y la nostalgia hace que lo perdido brille como el oro. Salvo por el mínimo escalofrío de repugnancia que la recorrió, Magdalena había aceptado al tío Félix con el corazón abierto y alegre. Estaba dispuesta a beberse todas sus palabras, a introducirlo en su vida y en su alma apenas recién nacida, sin poner trabas, sin guardarse. Aceptó encantada sus regalos, le enseñó todos sus tesoros, sus libros, su carpeta de papel de cartas, su diario

con un candado en forma de corazón. Le explicó cuáles eran sus juegos favoritos, le presentó a sus amigas y a todas, todas sus muñecas. Se cogía de su mano, con cualquier excusa, y se lo llevaba a un aparte para contarle sus experiencias mínimas de cada día.

A medida que la euforia de la novedad y sus atractivos se fue apagando; el tío Félix era una presencia constante y ociosa que uno se encontraba de sobresalto en cualquier rincón de la casa, Magdalena fue dejando de llevárselo a las esquinas para cuchichear con él y volvió a su rutina escolar, a sus juegos en solitario, a sus fantasías y disfraces.

La primera vez que Magdalena tomó cierta conciencia de que el tío Félix era una presencia enojosa, fue una tarde, al volver del colegio. Subió las escaleras que conducían a su cuarto de dos en dos, golpeando la barandilla con la cartera donde se apilaban en perfecto desorden sus libros, sus cuadernos, un plumier, lápices despuntados y roídos, gomas de borrar a medio comer -qué deliciosas eran- gomas de mascar de segundo uso pegadas a la tapa de cuero, miles de hojas pintarrajeadas, estrujadas y arrugadas que tapizaban el fondo como un lecho de bosque otoñal. El estruendo que producía su subida de todas las tardes hubiera despertado a un muerto. Sin embargo, no permitió al tío Félix escabullirse ante su arribada y Magdalena lo encontró husmeando y revolviendo entre sus papeles y en los cajoncillos del escritorio que servía de escondite para sus tesoros y secretos y como mesa de estudio. El tío se sobresaltó

con el saludo de Magdalena y balbució unas estúpidas explicaciones acerca de que necesitaba papel de cartas para escribir a sus socios. Magdalena pensó en la cara que pondrían los tales socios al recibir una carta comercial en un precioso papel rosa orlado de flores campestres. Este pensamiento cruzó por su frente como un rayo y no se detuvo, permitiéndole contestar que el papel de cartas de los mayores estaba en el segundo estante del mueble biblioteca, en el despacho de su padre.

Cuando Magdalena terminó aquella tarde sus deberes, buscó en sus escondrijos la carta de su amiga Alicia Morente, que estaba pasando una temporada en casa de sus tíos. Una finca maravillosa, rodeada de bosques, con su propio río lleno de peces y cangrejos que iba a pescar en compañía de sus muchos primos, a cada cual más guapo y más enamorado de Alicia. Tenía que contestar aquella carta y necesitaba releerla para poder corresponder a las fabulosas noticias con otras que no lo fueran menos. Revolvió y revolvió, casi desmontó el escritorio. Una idea peregrina le pasó por la mente: El tío Félix se la ha llevado, pero ¿para qué quiere el tío una carta de Alicia, a la que no conoce de nada? Recordó que, al llegar el correo, su madre le había alargado la carta y ella había sorprendido en los ojos del tío una mirada extraña que no logró interpretar. Aún ahora, ante la casi evidencia de que era él quien se la había hurtado, no podía comprender el por qué de todo ello.

La mañana del sábado, Magdalena fue al cuarto del tío Félix y

registró cuidadosamente todos los cajones, las carpetas, los anaqueles con libros. Con rodillas y manos temblorosas, al fin, dio con la carta de Alicia, la cogió y se la llevó de vuelta a su cuarto, con una sensación terrible de culpa semejante a la que sentía cuando no se sabía una lección o contaba una mentira. Sin embargo, había algo extraño en todo aquello, ¿por qué se sentía mal si era el tío el que le había robado su carta?

Unas sensaciones se sumaban a otras provocando grandes dosis de confusión; no entiendo por qué el tío se ha llevado la carta. No entiendo por qué me siento culpable de haberla recuperado. No alcanzo a ver por qué el tío ha subrayado con tinta roja un párrafo que dice: "mi primo Antonio, el que estuvo en casa por Navidad, me dijo que tú le caías muy bien y que él también te escribirá". Sumida en estas reflexiones que no la llevaban a ninguna parte, tuvo un punto de consuelo, cuando comprendió que, al menos, nadie podía acusarla de recuperar lo que era suyo.

Aquel mismo sábado, a la hora de la cena, cuando todos estaban alrededor de la mesa comentando las incidencias de la semana, los vaivenes del negocio y de la política, Magdalena, en un alarde de frialdad y dominio, empezó a comentar las noticias que su amiga Alicia Morente le enviaba. Habló con pelos y señales de lo muy guapos que eran los primos de su amiga, de lo bien que lo estaría pasando allí con lo de ir a pescar y trepar a los árboles por nidos. Habló de Antonio, con especial énfasis, que también me va a escribir. Sus palabras reproducían con gran fidelidad las letras de Alicia y al pronunciarlas miraba con su

expresión más auténticamente indiferente y sólo de pasada al tío Félix. Todo lo que consiguió con aquellas explicaciones fue un comentario de su madre acerca de que lo único que le falta a la niña del Dr. Morente, para terminar de convertirse en un muchachote, es estar tanto tiempo con esa manada de primos agrestes. El tío Félix, en ese punto pretextó un mal de estómago, se excusó y se encerró en su cuarto y allí se pasó cuatro días tomando sopitas de enfermo y bicarbonato. Magdalena, en su ingenuidad, se apuntó un tanto.

¡Dios mío! qué tonta era yo. Aquel día estúpido comenzó a aprender muchas cosas y, sobre todo e irremediablemente, de la manera más simple aquel día perdió para siempre la inocencia.

Capítulo III

*¿Quieres asustar a una hoja que se lleva el viento,
destrozarme como a una paja seca?*

(Job 13, 25)

1

La casa donde Magdalena nació y pasó su infancia tenía dos plantas. En la planta baja, estaban la sala de recibir, el comedor, la cocina, el cuarto ropero y de plancha, un cuarto para invitados con su baño y un cuarto de estar, todo alrededor de un recibidor amplio del que salían en forma de estrella varios pasillos que conducían a la fachada posterior de la casa y desde el que arrancaba la escalera que iba a dar, en el piso superior, a un repartidor al que se abrían las puertas de los dormitorios y los cuartos de baño. El piso alto, algo

retranqueado respecto a la fachada principal, abría sus ventanas a la parte de atrás, constituida por un ancho patio donde estaban las cocheras, la caseta del guardián, unos rústicos gallineros, un par de eucaliptos que servían de postes para un columpio y, en la época en que llegó tío Félix, una serie de naves-almacén semi-abandonadas que habían sido los talleres de materiales de construcción del abuelo José.

El guarda que vivía en la caseta del fondo -más bien un antiguo barracón habilitado como vivienda- se llamaba Benito. Era un hombre alto y enjuto, casi siempre vestido de negro. Cantaba a grandes gritos con voz aguardentosa viejos romances a los que daba un aire aflamencado, perdiéndose, en medio de gorgoritos y jipidos, la mayor parte de la letra. Tenía por única compañía a un perrucho de color blanco sucio, de ojos colorados, más parecido a una rata de laboratorio que a un perro de raza conocida. Benito decía que era un perro de caza, porque tenía las orejas gachas y se empeñaba en romperle sus eternas siestas para entrenarlo. Le tiraba piedras y palos y le gritaba ¡busca, busca! y el perro, con sus ojos colorados y lagrimosos, miraba ya al amo ya delante de su hocico sin saber el porqué de aquel gritar, de aquel sacarle de su siesta.

Había que ver a Benito, que de diario iba con una camisa y un pantalón sujeto con una cuerda, ambos color ala de mosca y llenos de lamparones y oliendo a humo -tenía siempre la estufa encendida dentro del barracón y la prendía con cualquier cosa que ardiera-, salir las mañanas de los domingos "a buscar

novia", decía él. El pelo ensortijado chorreando brillantina, el traje de paño con algunos brillos en rodilleras, codos y solapas, pero sin una mota de polvo, con la camisa negra impecable, zapatos en lugar de alpargatas, bien relucientes. La madre de Magdalena decía: Benito, a su estilo es un "dandy". El perro que respondía al pomposo nombre de "sultán" -nunca se vio príncipe más derrotado- se quedaba amarrado con una cuerda a un clavo junto a la puerta de la barraca. El no podía ir a pasear ni a buscar novia los domingos, sin duda desmerecería al lado de su amo. Seguro que era, en cambio, mucho más feliz con sus siestas y sin que nadie le sobresaltara a los gritos de ¡busca, busca!

Un buen día, la madre de Magdalena le dijo a Benito que montara un gallinero, porque le apetecía criar gallinas y conejos. Se habían dado casos de peste y mixomatosis y así sabremos qué estamos comiendo. Benito está siempre desocupado, hará algo y no vaya a ser que nos dé la peste.

Se acondicionó el gallinero y, junto a él, las jaulas para los conejos, que pronto constituyeron un problema; criaban demasiado y no se daba abasto en llevarlos a vender. Benito trinaba. Tenía que ir a buscarles comida, pienso, hierba fresca, limpiar las jaulas, venderlos, hacer las cuentas. No era él el único soliviantado con la granja; todo el mundo estaba aburrido de que la paella llevara conejo, de comer estofado de conejo, conejo al ajillo, al chocolate o a lo sanfrancisco. La casa toda olía a pelo de conejo. Para colmo y por contra, las gallinas no medraban; casi no ponían, para una que quedaba clueca, los pocos

pollos que sacaba se morían al cabo de unos días. Magdalena, junto a alguna de sus compañeras, convirtió el patio en una necrópolis. Le daba tanta pena que los pollitos se murieran que rebuscaban por todas partes cajas de zapatos. Con unción y los ojos llenos de lágrimas, depositaban al pollo difunto sobre unos algodones, dentro de la caja. Organizaban el cortejo con toda solemnidad, cavaban un hoyo poco profundo, enterraban la caja y remataban la piadosa acción confeccionando con las ramas tiernas del eucalipto que crecían por todo el tronco, una cruz que clavaban en la cabecera de la tumba.

La madre de Magdalena empezaba a pensar que aquélla no había sido una buena idea y, sobre todo, entró en sospechas de que los huevos desaparecían en el estómago de Benito y de que, cada vez que los pollos pequeños morían, en la confusión de las exequias solemnes que su hija organizaba, también desaparecía alguna otra gallina que acababa en el puchero que Benito mantenía en la lumbre siempre prendida de su casa.

Rosendo González, un viejo amigo de la familia, se presentó una tarde, de improviso y atribulado, en la casa. Contó que su suegra se había roto la cadera, que ya estaba mejor, que no podía estar sola y se la habían llevado con ellos, que no sabían qué hacer con Roy, el perro de mi mamá política, que en el piso no les cabía y que, tal vez, podrían hacerle el inmensísimo favor de tenerlo unos días en el patio de las cocheras, hasta que le encontrara acomodo, porque había unos amigos interesados en quedárselo como guardián para su casa de verano.

De este modo llegó Roy y encontró un lugar entre el gallinero y las conejeras. Era un perro arisco, tal vez se sentía desterrado injustamente del reino de mimos y zalemas en que había vivido desde cachorro, convertido en el bebé de la anciana señora que no tenía otro quehacer sino atender a los caprichos del perro.

Tenía buena estampa, el pelo largo y la cola caracolada. Un lunar marrón, a modo de antifaz, le cubría los ojos, mientras el resto de la cara y el cuerpo eran de color blanco. Era un perro hermoso, pero a Benito no le cayó en gracia. Quizás consideraba que las diferencias entre Roy y Sultán eran tan manifiestas que resultaban insultantes para el aprendiz de cazador.

Magdalena le bajaba todos los días la comida a Roy y, de paso, le daba algo a Sultán. Roy comenzó a reconocerla como la única persona un poco amable y saltaba de alegría y daba carreras, tan largas como le permitía la cuerda con la que estaba permanentemente sujeto, cada vez que llegaba. Al terminar de comer lo que había en su escudilla, se dejaba rascar entre las orejas y, en las pausas, hacía cabriolas y movía su largo y peludo rabo con entusiasmo levantando nubes de polvo.

Magdalena, en aquella tarde de calor en que los recuerdos se le iban agolpando incansables, tuvo tiempo también para derramar una lágrima por Roy, el perro arisco que tuvo un mal e injusto fin a manos del tío Félix Cervera-Bonilla. Todo lo que él tocaba lo convertía en basura, ¡peste de hombre! Y pensar que el pobre Roy había pagado las malsanas maquinaciones del tío. En mala

hora la suegra de Rosendo González se rompió la cadera, en mala hora Rosendo tuvo la idea de dejar el perro en el patio de las cocheras, en mala hora Benito se comió a escondidas los huevos, en mala hora el tío Félix le había dicho aquello a Magdalena...

No era fácil de entender cómo los acontecimientos más dispares terminaron teniendo relación entre sí, sin examinar una a una las acciones que el tío Félix había ido llevando a cabo en los meses que vivía en la casa. Claro que muchas de estas cosas se sabrían después. Sin embargo, si yo quiero contarle esto a alguien, alguna vez, tendré que decirle por delante lo que pasó.

El calor la fatigaba. Notaba que el artístico moño empezaba a deslizarse de su lugar, a pesar de las mil horquillas que lo sujetaban y del fijador y, con todo, hizo un repaso minucioso de todos los detalles que llevaban a entender por qué un perro fue acusado de robar huevos y condenado a una muerte cruel. Aquella muerte que colmó el vaso de Magdalena y fue el detonante de que todo su asco y toda su repugnancia hacia el tío Félix se manifestaran.

Don Jorge Acero, el padre de Magdalena, había querido ser militar como su padre, su abuelo y el padre de su abuelo, pero doña Rafaela Crespo, la madre, que conocía lo escaso de las pagas del ejército, los traslados forzosos, la sordidez de los alojamientos militares, la vida nómada de sus familias, se negó a permitir que ninguno de sus hijos siguiera tal tradición y, a uno tras otro, les torció hábilmente la vocación por las armas.

Don Jorge estudió Derecho. Su madre lo convenció de que así tendría la oportunidad, más cómoda y fácil, de ingresar en el ejército, pero en el cuerpo jurídico. Los estudios de Leyes le llevaron a conocer el derecho de los indígenas de la colonia y a aprender su lengua, convirtiendo así su bufete en el lugar de asesoramiento obligado para la administración colonial e, incluso, para los propios indígenas, cuando tenían conflictos con la metropoli.

Al iniciarse el despegue industrial de la colonia, don Jorge se convirtió, igualmente, en el consultor imprescindible de las empresas más poderosas. Consiguió, por ello, prestigio, una economía más que saneada y que su padre, el coronel, dejara de llamarle picapleitos y abogadillo.

Cuando llegó a la casa el primo de su mujer, el indiano, don

Jorge imaginó que se podría convertir en un buen elemento para ampliar su campo de operaciones. Desde el primer día, intentó que el tío Félix se interesara por la marcha del bufete, le fue poniendo al corriente de sus múltiples intervenciones en los negocios de las diversas compañías, le obligó a acompañarle a reuniones con banqueros y financieros de toda clase y a las comidas, en el Casino Social y Recreativo, donde se cerraban los tratos con los madereros, los transportistas, los concesionarios de las minas, los constructores, los exportadores de naranjas, limones, tabaco o conservas; en fin, con la plana mayor de la economía colonial.

El tío Félix asistía en cuerpo, pero no en alma, a comidas y reuniones. Pretextaba, con frecuencia, males digestivos para zafarse de los compromisos y se quedaba en la cama hasta las once de la mañana, hora en que ya todo el mundo había salido a su quehacer. Para justificar la verdad de sus dolencias tomaba, a lo largo del día y a las horas más extrañas, toda clase de tisanas y cocimientos de las más peregrinas hierbas. Ya una sola; poleo, manzanilla o anís estrellado, ya varias; té de roca con melisa o valeriana, regaliz y salvia. También recurría a otros remedios verdaderamente repugnantes como hacerse, en ayunas, bocadillos de pan y perejil fresco, que engullía sin masticar. A veces, se le oía deambular de noche por la casa, en busca de aceite de oliva que mezclaba con jugo de limón y se tomaba a cucharadas o, antes de clarear el día, ir a calentarse litros de agua que se bebía a sorbos, cuando estaba tibia.

Todos aquellos remedios que hubieran dejado chica a la bruja más experta no terminaban de curar sus males y seguía sin poder asistir a las reuniones de negocios. Visto que de ese lado nada se conseguía, don Jorge tuvo una conversación con su mujer, para ver si ella conseguía encaminarlo hacia el mundo de los transportes o los materiales de construcción que ella regentaba. Inútil resultó, de igual modo, toda la habilidad persuasoria que Magdalena, madre, desplegó en torno a su primo, a éste se le daba un ardite de viguetas, tejas o ladrillos, de autobuses, camiones y camionetas.

Lo único que consiguieron fue que el tío Félix tuviera idea cabal de cuán saneados eran los negocios de la familia Acero-Cervera y le impulsaron a pensar que, tal vez, la abuela Feliciano Bonilla tuviera razón al inculcarle lo que le inculcó.

A parte de ser algo vago, el tío Félix poseía otras virtudes, cuyo cultivo le llevaba su tiempo. Por ejemplo, era un obseso del cabello. El de su cabeza se desprendía con la celeridad vertiginosa de un otoño contumaz, pero, antes de desprenderse, se volvía pajizo, blanquinoso y descolorido. Esta mengua capilar tenía su compensación en que le brotaban unos pelos negros, fuertes, retorcidos y brillantes como alambres en la nariz, las orejas y los lugares más peregrinos y oficialmente lampiños de su cuerpo. La lucha por y contra el cabello tenía, pues, varios frentes. En cuanto compraban unas pinzas para arrancar los vellos superfluos, el tío Félix se las apropiaba a hurtadillas y jamás regresaban al tocador de la madre de Magdalena o al suyo.

Lo mismo ocurría con la mezcla de agua oxigenada y amoníaco con que ambas se decoloraban el vello de brazos y piernas. El tío Félix la consumía por garrafas. Tal vez, no sólo se decoloraba los ralos pelos de su cabeza, los del pecho, los brazos y las piernas, sino que debía aclararse algunos otros que quedaban ocultos más allá. Nunca dijo estar utilizando esos elementos, ni las pinzas ni el decolorante, pero cada vez que desaparecían de su lugar, Magdalena esperaba que el tío se fuera a la calle y los encontraba en su cuarto de baño. Alguna vez las dos mujeres se quejaron, en su presencia, de las desapariciones, aunque no consiguieron jamás una confesión.

El tío Félix poseía aún otra habilidad que consistía en reproducir, con extrema facilidad y naturalidad, la caligrafía de cualquier persona. Claro es que él no perdía el tiempo en copiar la letra, o mejor la firma, de cualquiera, sino que seleccionaba con gran habilidad al modelo digno de ser imitado por su mano. Producto de esta capacidad innata fue el cambio de dueño de uno de los coches de don Jorge, que nada tuvo que ver en el traspaso. Cuando se descubrió el pastel, el tío Félix argumentó que había oído a su primo quejarse de las averías constantes de aquel auto y que, por casualidad, comentándolo en el Casino, había surgido un comprador que lo pagaba bien y, desde luego, no dudó un instante en librar a su primo, por tan buen precio, de aquella chatarra que tantos quebraderos de cabeza le daba. Cuando don Jorge se atrevió a insinuar que le entregara el dinero, el tío Félix Cervera-Bonilla contestó:

¡Hombre! por supuesto. El dinero no se vio jamás.

Esa misma habilidad caligráfica fue la que consiguió que Magdalena, madre, le regalara a su primo un precioso coche Opel último modelo, con radio y todo. Para evitar mayores problemas, la madre de Magdalena dijo que había sido una buena idea, porque así no nos pedirá el coche cada dos por tres y tendrá mayor libertad de movimientos.

Al poco de aquello, los acontecimientos empezaron a caminar muy deprisa: Lo de los huevos robados, los viajes del tío a la capital regional y, lo más importante, el tío se empezó a pasear por la casa a medio vestir.

La primera exhibición la dio un sábado, de mañana, en que Magdalena se dirigió a su cuarto de baño para tomar una ducha y lavarse el pelo. Se encontró la puerta cerrada y oyó la voz del tío que cantaba una habanera, mientras se aseaba.

-¿Te falta mucho? preguntó Magdalena.

-Enseguida estoy.

El tío Félix abrió la puerta del cuarto de baño y apareció en el umbral, con la toalla al hombro, el batín colgado del brazo, las manos llenas de frascos, brocha y maquinillas de afeitar, vestido con tan sólo uno de los calzoncillos más pequeños que Magdalena viera jamás. Al pasar dijo:

-Vendré siempre a afeitarme aquí, ¿sabes morochita? en el baño de abajo no se ve nada, tiene muy mala luz.

Ojalá alguien le hubiera sacado en aquel momento una fotografía a Magdalena; lo de ojos grandes hubiera sido insuficiente

para describir los suyos de aquella mañana.

La historia volvió a repetirse en varias ocasiones; siempre en ausencia de los padres de Magdalena. Hasta la buena de Candelaria tuvo ocasión de repetirle al tío Félix eso de: Señorito Félix, con lo delicado de salud que está usted, no es conveniente que se pasee así por la casa, le puede dar un mal aire. Y esto último lo decía con un tono de maldición que el tío debió captar, porque le contestaba con exabruptos y ella se iba rezongando: Bueno, a mí me da igual, es usted el que se morirá de una corriente. Yo, bien tapada que voy.

Magdalena comentó varias veces con Candelaria lo de los paseos en calzoncillos del tío Félix. Paseos que ya se producían sin excusas de afeitado, duchas, cremas o tintes, sino por las buenas. Candelaria le aconsejó: Dígaselo a su madre, niña, porque ese tío suyo -y lo de tío no sonaba a pariente- es un degenerado y yo sé lo que me digo. Aquí va a haber ruina, si no se lo dice a su madre. Magdalena no entendía muy bien las razones de Candelaria y, por otra parte, le resultaba difícil y hasta ridículo ir a decirle a su madre que el tío aparecía en cualquier sitio medio desnudo.

La cosa llegó al límite de lo insoportable, cuando, una tarde en que Magdalena se había reunido con algunas compañeras a merendar y estudiar y estando todas juntas en el cuarto de Magdalena, haciendo que trabajaban en sus tareas escolares, la puerta se abrió y se presentó el tío Félix disfrazado de San Sebastián, -sólo le faltaban las flechas y Magdalena se las

hubiera arrojado de tenerlas a mano- envuelto en una pequeña toalla, que parecía ir a desprenderse de sus caderas de un momento a otro y dijo con voz inocente: ¡Ay! perdona, morochita, creí que estabas sola.

No hubo desmayos e infartos, de milagro, pero la historia corrió por la ciudad. Las madres llamaron a doña Magdalena, escandalizadas. Negra se vio la mujer para disculpar la aparición en traje de Adán de su primo, delante de las niñas.

Hubo consejo de familia. Magdalena fue solemnemente convocada al despacho y allí, interrogada con habilidad, confesó que hacía dos meses ya que, a cada revuelta del pasillo, se encontraba al tío Félix disfrazado de Tarzán.

Entre tanto, el exhibicionista se dedicaba a entrenarse en otro de sus deportes favoritos: Escuchar tras de las puertas.

Allí apostado y con la oreja casi pegada al ojo de la cerradura lo encontró Candelaria: Quien escucha lo que no debe, su mal oye. El tío Félix no tuvo tiempo de replicar, porque, en ese momento se abrió la puerta y don Jorge le invitó a pasar. Hizo salir a Magdalena y puso de hoja de perejil a su primo político. Le hizo comprender que en la casa había una niña, que aquello era intolerable, que no se podía andar en traje de Gandhi por la casa, que dónde se creía que estaba. El tío asentía con los ojos bajos, las manos de uñas laqueadas apoyadas en sus rodillas talladas en diamante. Al final del largo discurso de don Jorge, el bueno de tío Félix argumentó que no se le había pasado por las mientes que salir del baño, sin cubrirse más de

lo necesario, fuera un atentado contra la pureza y virginidad de la niña y que ésta, por otra parte, ya no era tan niña. Dentro de nada estará en edad de casarse y, bueno, más le vale ir haciéndose a la idea de cómo es un hombre en calzoncillos. De otro lado, confidencialmente, debo advertir -a aquellos despistados padres- que he sorprendido a Magdalena y a sus amigas en conversaciones que no son las que se esperarían de una criatura. Además he visto a la niña en compañía de mozalbetes, a la salida del colegio, y sé que recibe cartas que oculta, cuidadosamente, debajo del colchón y en otros lugares, con el fin, claro, de que nadie las lea. Unos padres sensatos y preocupados del buen nombre de su niña -él creía- no debían por menos que conocer el contenido de esas cartas, por si en ellas había indicio de algo reprobable. El, en fin, había actuado con toda inocencia, no se había ocultado. Al contrario, se había mostrado, porque no pensaba que eso pudiera herir ninguna sensibilidad y, además, ¡por favor! no iba en absoluto desnudo, todo lo más como en la playa. Así que no entendía bien el motivo de tanto escándalo. Pero desde luego se atrevía a recomendar que se vigilara más estrechamente a Magdalena y sus compañías. Ya se sabe que a estas edades comienzan a desarrollarse sexualmente y se puede caer muy fácil en aberraciones.

Toda esta parrafada la conoció Magdalena por Candelaria, que fue llamada al despacho a servir el café. Lo que ya no pudo oír fue cuando el tío Félix apercibió, también, a los padres de Magdalena de las confianzas entre Candelaria y la niña. Las

largas charlas de ambas en el cuarto de plancha y esto no sólo era impropio -hay que mantener las distancias con el servicio- sino que a saber qué de bueno podía enseñar aquella mujer inculta y espiritista a la niña.

Los padres de Magdalena, en fin, quedaron algo perplejos. El tío Félix era un alma bendita, un cándido, un inocente que, además, se había estado preocupando de la niña mucho más que ellos; sabía más de sus amistades, hábitos y correspondencia que ellos mismos. También era cierto que Magdalena había tenido ya su primera regla y el pecho le apuntaba por debajo de las blusas. ¡Dios mío! tenemos que poner remedio a todo esto. El tío prometió no volver a confundir la casa con la selva y Magdalena se vio obligada a convertir sus charlas con Candelaria en una actividad clandestina.

Gracias a este episodio Magdalena ascendió un grado en la pérdida de la inocencia. Sin embargo, no fue ésta la única consecuencia desgraciada del asunto. Por si había poco, el tío Félix se dedicó a decirle a cada minuto que qué guapa estaba, que el pelo así o asá le sentaba muy bien, que ya lucía como una señorita; todo salpicado de "morochita" para arriba y "morochita" para abajo. Esas "morochitas" a Magdalena le sonaban como el "sobresaliente" de Madre Salud o el "divina" de Isaque, el joyero, aunque ninguna de aquellas dos almas hubiera jamás tenido una intención doble al decirlo.

Los domingos, a la salida de misa, el tío Félix la esperaba, la apartaba del grupo de sus amigas y la invitaba a tomar el aperitivo. La llevaba al Hotel, al Casino, a algún bar de moda como el Copacabana o el Avenida, y se empeñaba en que bebiera vermut, le ofrecía cigarrillos liados en papel negro y con boquilla dorada. Descubrió que los pajaritos fritos le encantaban y la tentaba con ellos. Si ella aceptaba, entonces, en el coche, que sin querer le había comprado la madre de Magdalena, la llevaba hasta un bar astroso del puerto donde los servían y era capaz de pedir todas las raciones que tenían, para que ella se las comiera.

El tío hablaba de costumbres americanas, de piedras preciosas, del tráfico de esmeraldas, de las minas, el calor y los mosquitos y las serpientes; siempre las mismas cosas, salpicándolas con morochitas, qué linda te ves y otros piropos. La llamaba hermanita y le decía que no eran primos, que eran como hermanos, que las diferencias de edad no cuentan entre hermanos o entre gente que se entiende bien -tú y yo nos entendemos muy bien, ¿no es cierto?

Magdalena estaba ya harta de comer pajaritos y repetir el ritual, de modo que comenzaron a pasearse a lo largo de la avenida en la que todo el mundo, la mañana del domingo, lucía sus mejores galas.

Magdalena iba repartiendo adioses, tantas veces repetidos como idas y vueltas le dieran a la avenida. A cada adiós, dirigido a varón, el tío Félix preguntaba que quién es ése, y ella le respondía: El primo de menganita, el hermano de zutanita, un vecino, el de la tienda, el de la farmacia. Cuando el adiós se había repetido dos o tres veces, ya sólo se intercambiaban, al volverse a cruzar, sonrisas y un ligero ademán con la cabeza. Entonces, el tío -llámame sólo Félix que somos como hermanos ¿no es cierto?- decía: ¿Por qué te sonrío, lo conoces? y ella contestaba: Ya te dije antes, tío, que es el de la frutería, el de la farmacia, el primo de...

Ahora comprendía que aquello había sido el comienzo de un cortejo al más puro estilo clásico, pero en aquel tiempo, el cuerpo desnudo de un hombre o en calzoncillos, por muy pequeños

que fueran, a Magdalena no le producía otra impresión como no fuera una cierta sorpresa, la primera vez. Los vermut, los pajaritos, los paseos en coche no le parecían especialmente excitantes. Estar sentada al lado de aquel hombre -somos como hermanos- era para ella menos encantador o sugerente, mucho menos atractivo, que el que su padre la invitara a acompañarla en un viaje de negocios.

Magdalena tenía esa coquetería poco menos que instintiva de todas las niñas, pero no tenía la menor idea de que una sonrisa, un gesto o una mirada sirvieran para algo más que para demostrar amabilidad o buenas maneras. No era consciente, en absoluto, de que las formas, incipientes, de su cuerpo pudieran provocar ningún sentimiento. Cuando en el corro de sus amigas se hablaba de novios o, a solas, cuando pensaba en su boda o en un noviazgo, lo hacía en torno al rostro de cualquiera de los muchachos que conocía. En realidad estaba imaginando un novio o un marido iguales a los héroes de las novelas de aventuras que leía. El Robinson Crusoe, dibujado en la portada de su libro, era la imagen del hombre soñado.

El tío Félix, por su lado, con la uña larga del meñique, las aristas de sus huesos saliendo por todas partes, los pelos teñidos de rubio o caídos sobre las hombreras, no se parecía en nada a lo que ella imaginaba como un pretendiente. Ni las charlas, ni los silencios, ni el vermut y los paseos, ni los interrogatorios, ni el somos como hermanos y apretarle una rodilla o acariciarle la mano o besarla en las comisuras de los

labios le servían de señal o de indicador de otra cosa sino de que el tío Félix era un hombre feo, aburrido, muy mayor y bastante pegajoso.

Una tarde, mientras charlaba a escondidas con Candelaria en el cuarto de la plancha, el tío se presentó furtivamente, como siempre. Remoloneó por allí un rato, comentando sin parar cosas insulsas. Candelaria recogió la ropa que había estado planchando y se marchó, con los brazos cargados, a repartirla por las habitaciones. Magdalena se levantó para regresar a su cuarto, pero el tío la cazó al vuelo por un brazo, la atrajo hacia sí, la abrazó y, teniéndola sujeta, le soltó todo de corrido: Ahora tienes doce años, cuando tengas catorce te lo volveré a decir. Cuando cumplas los dieciséis nos haremos novios formales y a los dieciocho nos casamos. Yo te quiero, pero soy mayor que tú y no puedo esperar a que te hagas grande para decírtelo entonces. Así que cuenta con ello desde hoy. Tú vas a ser mi mujer. Para eso vine aquí. Tus padres estarán encantados, no tienes que preocuparte por lo que puedan decir. Yo soy muy celoso y, desde ahora, piensa que sólo podrás ir con tus padres o conmigo.

Luego, intentó besarla en la boca. Magdalena le dio un empujón y salió corriendo del cuarto de plancha. Tropezó con Candelaria que volvía, pero siguió pasillo adelante sin detenerse. Antes de llegar a la escalera, aún pudo oír como Candelaria le decía al tío algo como: Usted tiene que marcharse de esta casa, y que el tío, con voz aflautada y temblorosa, le replicaba: Antes se irá usted, ¡bruja!

Alguien golpeó la puerta del cuarto de Magdalena, en el momento en que ésta tenía toda la piel de gallina y sentía que una especie de calambre le recorría la espina dorsal. La voz de su madre se fue haciendo más clara, a medida que abría la puerta:

-Nena, son casi las cinco y media. Deberías pensar en arreglarte. La modista está al caer. -Y añadió- ¿Te pasa algo? tienes mala cara.

Magdalena argumentó con el calor y los nervios; no tenía sentido explicar, a estas alturas, que la mala cara le venía de haber estado recordando al tío Félix.

Fue al cuarto de baño, abrió los grifos y se dispuso a tomar una ducha, para luego seguir con el proceso de maquillaje, los últimos toques al peinado lleno de horquillas y terminar, cuando llegase la modista, con el ritual de vestirse su precioso traje de batista bordada.

Los silbidos del aire colándose por las cañerías al abrir los grifos le recordaron de nuevo la voz llena de aristas, como su cuerpo, del tío Félix. No había forma de sacarse a aquel hombre de la imaginación. A partir del día de la declaración, -si es que podía llamarse así a aquel discurso que, desde luego, no encajaba en lo que Magdalena había soñado para una ocasión tal-

intentó esquivarlo, evitar por todos los medios ser acompañada por él en los paseos dominicales, encontrarse a solas con él en la casa o fuera de ella. Se aferró a su grupito de amigas, pero sobre todo se aferró a su soledad. Comenzó a crear a su alrededor un vacío de campana neumática que no permitía la cercanía de ningún ser vivo. Tomó la costumbre de encerrarse en su cuarto a oír música, a leer o, simplemente, a mirar por la ventana. Disparó su imaginación en sueños que le permitieran evadirse de la realidad acuciante de una presencia permanente y no deseada. Se transformó de un ser naturalmente extrovertido, sociable y hasta en exceso parlanchín, en ciega, muda y sorda. En alguien volcado hacia su interior donde si no encontraba grandes alicientes, por lo menos no percibía la hostilidad exterior.

En aquel tiempo recordaba, en su soledad creada a fuerza de hacerse violencia, lo feliz que había sido su primera infancia con un padre, algo ausente, pero siempre cariñoso y dispuesto a compartir juegos y caricias. Siendo como era un calculador y frío comerciante era capaz, sin embargo, de crear y transmitir a su entorno una fuerte carga de poesía, de sensibilidad por las cosas hermosas. Don Jorge, dotado de una personalidad poco vulgar, era un ser contradictorio que, en su profesión debía hacer gala de cierto desprecio por lo humano, pero en la intimidad poseía una gran dosis de ternura. Podía llorar como un niño y tener un fino humor, algo sarcástico a veces, y componer un poema, sin caer en el ridículo del amaneramiento o la cur-

silería. Era una persona de carácter estable y apacible que no creaba conflictos en la convivencia. Tolerante y liberal en sus acciones, a veces se manifestaba, al confesar sus creencias, como radical e intransigente, creando un curioso efecto de doble faz, del que no parecía ser muy consciente. Poseía una gran cultura histórica y mostraba una comprensión poco común de los acontecimientos e ideologías del presente.

Con este carácter contribuía a proporcionar estabilidad emocional y afectiva a los que le rodeaban y, sobre todo, mostraba un amor claro, directo, sin titubeos, por su hija Magdalena; veía por sus ojos, aunque, siempre contradictorio, era quien contemplaba con una mayor indiferencia sus problemas, sus luchas por entender la vida y aprender a vivirla.

El otro pilar de aquella infancia apacible lo constituía doña Magdalena Cervera. Alta, rubia, elegante y distinguida era una pieza fundamental. Decidía, ordenaba, quitaba y ponía sin que nadie se opusiera a sus deseos, sin que nadie fuera capaz de destronarla. No era un tirano al que derrocar; trabajaba para su pueblo y se había ganado el puesto. Era la mano que ponía solución a los conflictos, la mujer fuerte en las épocas duras. Cuando don Jorge dejaba escapar su humor más ácido, pero no llegaba a cortar el nudo del problema, Magdalena, madre, con delicadeza y mano rigurosa gobernaba las vidas de su gente y la suya propia. Sin embargo, tenía un punto débil: Sus fantasmas. El de una cierta identidad perdida, el de un cierto desclasamiento, que la llevaban a una suerte de megalomanía con-

trolada que podía administrar con oportunidad y señorío. Aún con todo, los fantasmas eran fuertes, cohibían su enérgico carácter y le imposibilitaban actuar; era como si se quedara inerte ante conflictos muy concretos. Uno de esos conflictos, el principal, era el tío Félix. Funcionaba en ella un especial sentido de la familia, de las glorias y el honor familiares, del que el tío era un claro exponente, al menos visto a través de la bruma que se encargaban de esparcir aquellos fantasmas. Los ataques de aquel hombre calculador la tenían indefensa. Compartían los mismos sentimientos de honor y glorias familiares sólo en un punto desde el que el tío creía haber hallado la solución a su propia ruina material y moral, pero Magdalena entendía que hablaban el mismo lenguaje.

No veía o no quería ver o no podía ver cuál era la verdadera faz de su primo. No se lo podía permitir, porque su escala de valores, su alta consideración de las virtudes familiares, no encajaba en absoluto con lo que la actitud del tío Félix dejaba traslucir y, ni siquiera, el hecho de que la felicidad de su hija queridísima o su paz pudieran peligrar en contacto con aquel hombre, le servía de señal de alarma. Sus ojos y oídos permanecían cerrados porque abrirlos a la realidad tan simple de que en todas las familias hay una oveja negra, hubiera desmontado, desmontaría, todos sus recuerdos, todos los méritos de cada uno de sus antepasados, dejándola desnuda de raíces, de identidad.

No se daba cuenta doña Magdalena de que ella únicamente era

quien daba razón y brillo a aquellas historias antiguas, a aquellas supuestas glorias pasadas, con su propio genio, con toda su capacidad para la lucha y el trabajo. No se permitía alcanzar que ella no era una gran mujer en razón de la herencia Cervera, sino que lo era por sí misma. Había sostenido a su familia y a su casa, se había ganado la consideración de todo el mundo personalmente, mantenía encendidos el amor y el respeto de su marido y de su hija. Gozaba de un entendimiento claro, de un gran manantial de ternura, de un sentido del humor saludable, que le permitía sobrellevar los acontecimientos más insoportables con una sonrisa.

Magdalena hasta los doce años había vivido, apoyada en aquellos dos pilares, una infancia rica en bienes materiales y espirituales. El tío Félix le enseñó a ver a sus padres como seres vulnerables. Los hizo descender bruscamente del pedestal de omnipotencia y omnisciencia en que Magdalena los había colocado e incapaz de matizar sus percepciones y los sentimientos que le producían, Magdalena se sintió estafada, engañada y defraudada por sus padres. Pasó, en un minuto, de adorarlos a despreciarlos, a desconfiar de ellos, a sentirse totalmente abandonada en un mundo hostil en el que el tío campaba y la acosaba.

El tío Félix le dejó inservibles todos los recuerdos maravillosos de la infancia, todas las leyendas en las que sus padres eran los héroes. Mucho tiempo y mucho más dolor necesitó Magdalena para poner sus sentimientos en el lugar justo. Mucho

tiempo y mucho sufrimiento para comprender que no había estado viviendo con semidioses, sino con seres humanos sujetos y objetos de sus propias debilidades y contradicciones.

Ese aprendizaje brusco fue un proceso lacerante que dejó profundas huellas en su carácter y en su alma y que -en los hombres y mujeres siempre queda algo del niño que fueron- hizo que todo el rencor y desprecio que el tío Félix la obligó a sentir por sus padres, al fin, se volviera contra él. Magdalena, entonces, le odió para siempre y supo que, a lo largo de su vida, breve o dilatada, desgraciada o feliz, nunca, nunca le perdonaría. Supo que se iría a la tumba con aquel odio encerrado en su corazón y que, tal vez por eso, nunca tendría paz, la paz de los justos, ni en esta vida ni en la otra.

Todos estos sentimientos y reflexiones, vinieron después. Magdalena recordaba ahora, mientras el agua caliente le resbalaba sobre la piel y las nubes de vapor iban desdibujando los contornos más lejanos del cuarto de baño, cómo tras conferenciar con Candelaria acerca de la declaración amorosa del tío y de sus planes de futuro y por consejo de la cocinera amiga, fue a contarle a su madre el asunto.

Por un instante, todo el carácter de doña Magdalena se puso en pie, pero, en el tiempo de un parpadeo, los fantasmas se alzaron ante su resolución y el genio quedó en llamar al tío Félix y decirle que no estaba bien hablar de esas cosas a la niña; tú lo que debes hacer es buscar chicas jóvenes de tu edad, divertirte, salir a pasear, nadar o bailar y, sobre todo,

buscarte una ocupación rentable que te permita llegar al matrimonio y formar una familia, sobre la base de unos ingresos saneados, afrontando así tu nuevo estado con la dignidad y responsabilidad esperables en un Cervera.

El tío Félix lo entendió como solía entender y dedujo que lo que su prima quería decir era que, para convertirse en su yerno, debía aportar dote. De modo que volvió a hablar de sus socios, de sus esmeraldas, del precio del oro y de la necesidad de viajar a la capital para tener más contacto con posibles inversionistas o compradores y con los agentes de un brillante negocio de importación de piedras preciosas.

Don Jorge, por aquellos días, se desplazaba con frecuencia a la capital regional para seguir los avatares de un pleito muy complejo entre la administración y una compañía concesionaria de unas minas de hierro. Cada vez que anunciaba una visita a la audiencia territorial, el tío pedía que lo dejara acompañarle.

Mientras el padre de Magdalena se entrevistaba con magistrados, jueces y procuradores, en un laberinto de salas, pasillos y despachos atestados de legajos, máquinas de escribir y nubes de humo de tabaco, el tío Félix se perdía en citas misteriosas y entrevistas de las que nunca se podía saber el contenido o el resultado. Sin embargo, todos sentían el ánimo más tranquilo pues, al parecer, el tío tenía una actividad concreta que le proporcionaba algunos ingresos -ya no pedía dinero prestado que nunca devolvía- y que lo alejaba de la casa. Los días que el tío faltaba, volvían a ser como los de antes; se hacían bromas sobre

cualquier cosa, se comentaban los más variados temas. Magdalena había recuperado las caricias de sus padres, todo era como antes y todo era paz.

El tío Félix, al principio, iba y venía con el padre de Magdalena, pero, poco a poco, fue prolongando sus estancias en la capital. Dejó el hotel que frecuentaba don Jorge y fue a hospedarse en una pensión familiar, más económica, porque sus negocios le retenían casi toda la semana y no puedo vivir constantemente de hotel, se me van en eso todos los beneficios. A todos les pareció razonable y, sin confesar cuáles eran los motivos -no sufrir su presencia-, aceptaron con naturalidad la vida trashumante del tío Félix.

Magdalena odiaba, sin embargo, los fines de semana porque el tío regresaba y ella estaba desocupada. No tenía argumentos para librarse de la compañía del tío. Encontró la solución en variar sus costumbres, se creó obligaciones que le impidieran seguir el horario del resto de la familia. Se apuntó voluntaria en la parroquia, lo que le evitaba asistir con todos a la misa dominical. Se hizo cargo de la alimentación de Roy al que antes desatendía los sábados y domingos, dejándolo en manos de Benito, pero encontró la excusa de que este hombre se acicala los domingos y se va a buscar novia y no le da de comer al perro, nunca se le ha ocurrido bañarlo ni ponerle insecticida, así que me toca a mí hacerlo -decía con voz abnegada-. El perro se cargará de parásitos y el día que Rosendo, si resuelve sus problemas, quiera llevárselo lo encontrará impresentable y

nosotros pasaremos la vergüenza de devolverle así al pobre bicho y además Roy es un perro arisco que sólo atiende a Magdalena, nunca le gruñe y se come todo lo que le da.

Los sábados y domingos, Magdalena desaparecía de la casa por las mañanas. Al regresar, sobre el mediodía, preparaba la comida del perro, se bajaba al patio a dársela y se demoraba allí hasta que su madre la llamaba a la mesa. Por la tarde, tras la obligada hora de siesta, pretextaba exámenes o trabajos colectivos y se marchaba a casa de alguna amiga, regresando poco antes de la cena.

El tío Félix había tomado la táctica de traerle, cada vez que regresaba, un regalito; libros, cuadernos forrados en tela, estuches de lápices, algún muñeco, dulces. Magdalena los aceptaba y los iba almacenando en su cuarto, hasta que un día, el tío, que nada había recibido a cambio de sus obsequios, le pidió a la morochita que le acompañara, que saliera con él a pasear, que fueran a tomar el aperitivo. La morochita entendió que el tío Félix quería sacar réditos a sus inversiones y le respondió de dos formas: Enumerando sus muchas obligaciones del fin de semana y otra, dejando tirados en cualquier lado los regalos del tío, a veces incluso envueltos en el papel de la tienda y sin abrir.

Fue por aquellos días, cuando las gallinas dejaron de poner del todo y Benito se quejaba de que no encontraba ni un solo huevo en los ponederos, que él les daba de comer los piensos especiales y que las vigilaba, pero nada, siguen sin cumplir con

su obligación. Magdalena bajaba a darle de comer a Roy, le soltaba la correa y el pobre bicho hacía mil y una cabriolas entre sus pies, saltaba y daba carreras, recogía palos y se los traía a la mano, se sentaba sobre los cuartos traseros y levantaba su mano en señal de saludo. De la boca abierta, como en una sonrisa, le colgaba, delgada y palpitante, una larga lengua de color rosa. El perro era feliz en aquellos pocos ratos y Magdalena se olvidaba de todo viéndole tan contento. Quería al perro y el perro la quería a ella.

Las gallinas seguían siendo un problema. No ponían huevos casi, de modo que la madre de Magdalena decidió vigilarlas más de cerca. Ella misma bajaba a mirar los ponederos. Desde que inició la ronda, las gallinas empezaron a recuperarse y volvieron a dar sus huevos, bien gordos y en cantidad -el ojo del amo... decía ella.

Benito parecía compungido ante el nuevo brote de fertilidad de las gallinas y lo pagaba con el pobre Roy. Cada vez que pasaba cerca del perro, le propinaba un puntapié, fingía tirar piedras para entrenar a Sultán, que seguía sin entender aquel juego que lo sobresaltaba en sus siestas, y siempre algún canto iba a dar en las costillas de Roy. Magdalena observó una de aquellas jugadas, desde su ventana, y bajó a recriminar a Benito y a ponerle yodo al perro en el chirlazo. También fue testigo el tío Félix que observó la escena y se juró tomar venganza del mucho caso que Magdalena hacía al perro y del poco que le hacía a él.

Los odios de Benito hacia Roy y del tío Félix, crecían paralelos: Benito empezó a decir que el perro tenía muy mal genio, que tiraba dentelladas a todo el que se arrimaba, que a él casi le rompe el pantalón y menos mal que la fiera agarró sólo la tela. Tío Félix apoyaba a Benito y decía que era un peligro tener aquel bicho medio salvaje en la casa. Obligaron a Magdalena a dejar de llevar la comida. A la madre de Magdalena los perros no le gustaban, transmiten quistes -decía- y la gente se muere. Tienen parásitos y, a veces, rabian; es verdad que son un peligro. Habrá que decirle a Rosendo que se lo lleven de una vez, que no lo podemos tener más aquí. Magdalena defendía al bicho con poco éxito.

El tío Félix decidió ser él quien le diera la comida a Roy, pero el perro sentía que aquélla no era una mano amiga, así que nada más verlo entrar en el patio, gruñía, ladraba, escarbaba en el suelo y lanzaba dentelladas furiosas al aire. El tío se acercaba siempre con la escudilla en una mano y un bastón en la otra. Mientras le dejaba la escudilla, le medía las costillas y el perro se debatía entre el dolor y el hambre, atreviéndose sólo a comer cuando ya veía la espalda del tío alejarse.

No llegó nunca a saber si Benito y el tío Félix se habían puesto de acuerdo para acusar a Roy. Una tarde Benito subió a la casa para hablar con la señora, dijo. Todos estaban en el salón merendando y Benito se plantó en medio de la reunión, con una cáscara de huevo en la mano y, tendiéndola hacia los presentes, afirmó:

-Ya he encontrado al ladrón de los huevos. El perro de ese amigo de ustedes, cuando la señorita lo deja suelto, se dedica a robarles los huevos a las gallinas y se los come, por eso parecía que, aunque cacareaban, no ponían. Además de ladrón, ese perro es tonto, porque la cáscara me la he encontrado al lado de donde duerme.

Magdalena pensó que Benito se había vuelto loco o que era imbécil de remate; cómo iba el perro a colarse en el gallinero y robar los huevos sin que las gallinas organizaran un escándalo espantoso, capaz de despertar a todo el barrio. Mientras este pensamiento cruzaba como un rayo por su frente, el padre y la madre guardaban un silencio sepulcral, causado por la sorpresa de tan tajante afirmación. Dudaban también ellos si al bueno de Benito se le habían aflojado los tornillos o si se había pasado en sus idas y venidas al tinto encerrado en una bota que colgaba a la entrada de su chamizo. Antes de que nadie pudiera empezar a argumentar en contra de la teoría de Benito, el tío Félix apareció como un experto en psicología perruna; lo que se debía hacer era enfrentar al perro con la cáscara de huevo, si se acercaba a ella con confianza y la lamía, es que conocía los huevos, los había probado, le gustaban, luego, ¡era el ladrón! Magdalena examinó la cáscara, perfectamente cascada en un limpio corte, y comenzó a defender al pobre bicho, diciendo que un perro no es un zorro, que lo normal era que, si efectivamente el perro lo había robado, se hubiera comido el huevo con cáscara y todo o, al menos, ésta aparecería totalmente machacada y no

partida como si la hubiera golpeado una mano humana contra el borde de un plato de loza. El tío Félix la interrumpió iracundo, con su voz chillona, indignadísimo de la desfachatez de su amigo Rosendo González, que les ha dejado aquí ese perro rabioso, que muerde a todo el mundo y que, además, roba los huevos cascándolos como una experta cocinera. Sin dejar que nadie dijera nada se encaminó al patio. Al pasar junto al paragüero, se armó con un bastón. Le arrojó a Roy la cáscara. El perro se incorporó, se acercó a ella, la olisqueó, sacó su lengua de color de rosa y empezó a lamer la cáscara que aún conservaba restos de clara. El tío Félix gritó: ¡Ven como es un ladrón! y empezó a golpearle con el bastón en la cabeza. El bastón, de puño dorado en forma de madroño del abuelo José, subía y bajaba, arrancando golpes secos del cráneo de Roy. Magdalena, petrificada en la puerta del patio junto a sus padres, vio como el blanco pelo de la testuz de Roy se teñía de rojo. El perro intentó morder al tío Félix y consiguió clavarle los dientes en una de sus huesudas piernas, pero, pronto, las patas traseras le flaquearon, se le quedaron paralíticas. Los ojos color miel se cubrieron de un cristal opaco y el perro cayó muerto a los pies del tío Félix quien aún le golpeó repetidas veces las costillas.

Magdalena empezó a secarse lentamente, en un ritual repetido todos los días y que hacía de manera mecánica. Pero, aquella tarde, pensando en el triste fin del perro ladrón de huevos, los ojos se le llenaron de lágrimas y el cuarto de baño, envuelto en una densa nube de vapor, desapareció de su vista un momento,

anegado en el agua que inundaba sus ojos. En aquellas lágrimas sobrenadó, un instante, la imagen inerte de Roy, mezclada con la náusea de terror que entonces había sentido y que tenía tan presente en su ánimo, como si de veras el perro estuviera aquí, ahora, destrozado ante ella.

A Rosendo González le contaron la fantástica historia de una correa rota, de un perro que escapa y es atropellado por un camión. Poco después oyó la propia Magdalena otra historia no menos fantástica acerca de que nadie se interpondría entre ellos dos, ni en su amor por ella ni en los planes de futuro ya trazados. Si un perro había muerto por sus celos, cualquier otro ser podía seguir el mismo camino.

Esa noche, Magdalena se había sorprendido a sí misma, en el duermevela de la madrugada, urdiendo planes para asesinar al tío Félix en un crimen perfecto, jamás descubierto ni castigado con la prisión. Al dormirse, en medio de un llanto convulsivo, esos planes asesinos se mezclaron en sueños a los ojos tristes de un perro que preguntaba con voz humana ¿por qué me has abandonado? Luego, el perro se metamorfoseaba y adoptaba diversos rostros; de Robinson Crusoe a los de los hermanos de algunas de sus amigas.

Capítulo IV

Ubicar el Mito en el peso de la realidad, todo eso era impensable, ¡Aquel día!

(Edmond A. El Maleh, "Recorrido inmóvil")

1

Feliciano Bonilla, cada mañana, se levantaba temprano, agarraba su cesto y, acompañada de una mucama, se iba al mercado que se formaba en los soportales de la Casa del Correo. Con un chal de flores sobre los hombros y una falda rameada que apenas le rozaba el tobillo, caminaba el trecho desde su casa al mercado con aires de princesa, taconeando, con la cabeza muy alta y un acompasado y bailón meneo de caderas. Tenía un andar felino, como descoyuntado, que provocaba miradas audaces y palabras no menos atrevidas en los hombres que la veían pasar.

El camino recorrido a diario, en viaje de ida y vuelta, pasaba por delante del tenducho que Ramón Cervera regentaba. Ostentaba el cuchitril un rimbombante cartel de Taller de Joyería y, en letras más menudas, pero también doradas, decía compra-venta de piedras preciosas. El texto, escrito sobre cristal negro emplomado, se remataba con la leyenda R. Cervera e

hijos.

El propietario de la joyería quitaba las maderas protectoras del escaparate y de la puerta, en el momento en que Feliciano iba al mercado, y dirigía a la moza las mismas miradas golosas que el resto de los hombres que se cruzaban en su camino. Ella ni siquiera pestañeaba, para no perder el ritmo de sus golpes de tacón y seguía andando con el moño alto de pelo crespo, encastrado a la coronilla, con el movimiento de las caderas acompasado al vaivén del cestillo que colgaba de su brazo. Iba camino adelante hacia los soportales de la Casa del Correo.

Don Ramón pensaba todos los días en la mulata hermosa que cruzaba frente a su tienda. El hecho de que fuera tan puntual como el reloj de Correos, animaba a don Ramón a saltar de la cama y encaminarse a su negocio. Los domingos era otra cosa; tenía que buscar excusas y hacer kilómetros para localizar a la mulata hermosa en el paseo del mar o en la puerta de la catedral y, a veces, la pereza le podía y se quedaba toda la mañana sin pisar la calle. De lunes a sábado, el balanceo de aquellas caderas lo convertía en un hombre apresurado y atento a su quehacer.

En los ratos de soledad, en la casa de huéspedes del señor Rosario, don Ramón veía el rostro de su mulatita reflejado en las paredes, en el techo, en los sucios cristales de la ventana. La llamaba en silencio mulatita mía, porque ignoraba su nombre y porque, a pesar de su piel blanca, aquel pelo crespo y, sobre todo, el andar desmadejado y danzón revelaban un origen donde la

sangre negra se debía de haber cruzado, legal o ilegalmente, con la de algún inmigrante europeo.

El día 3 de Enero. Un día soleado y cálido, fue declarado festivo. Se inauguraba un nuevo muelle en el puerto para buques de gran calado. Toda la ciudad parecía una verbena; llena de colgaduras en balcones y ventanas, de banderitas tendidas a lo ancho de las calles. Los gallardetes relucían en los mástiles de los barcos atracados y la gente portaba sus galas del domingo. Don Ramón, desoficiado y perdido el interés por la fiesta al verse privado de la cita diaria con la mulatita, esperaba junto a la barra del bar de Nicanor, alias el gallego, la llegada de la banda de música que debía acompañar hasta el puerto a las autoridades que cortarían la cinta inaugural. Con indiferencia, dejaba resbalar su vista sobre los paseantes que tomaban posiciones junto a la acera para ver desfilar el cortejo de notables. A su oído llegaban, pero no penetraban, las palabras de David, el cambista, alias "el turco", quien, apoyado como él en la barra del bar, escribía su propio cuento de la lechera: Este muelle que permite se arrimen grandes buques traerá a todos esos paquebotes de turistas ingleses y norteamericanos y mi oficina de cambio va a subir como la espuma. ¿No querrás asociarte conmigo? Te lo digo como a un hermano, Cervera, tú y yo podremos hacer, por fin, fortuna. Podré traer a toda mi familia desde Turquía, que allí se mueren de hambre y los persiguen...

Si don Ramón le había escuchado hasta entonces, como quien

oye llover, dejó de oírle del todo ahora que veía poner el pie sandunguero a su mulatita del alma en el escalón más alto del umbral del bar de Nicanor, el gallego.

Tras los flecos del chal de Feliciana se vislumbraba una sombra menuda, algo encorvada y enlutada; la del señor Wilson Bonilla, que acompañaba aquel día a su hija a presenciar los festejos inaugurales. Padre e hija se acomodaron en un pequeño velador cercano a la vidriera, para así contemplar la comitiva, sin tener que soportar los pisotones y codazos de las personas que ocupaban, casi por completo, las aceras. El señor Wilson estaba bastante achacoso a pesar de no tener muchos años, pero un paludismo pertinaz, que cogió en sus tiempos de trabajo en las marismas y que le maltrajo durante siete largos años, le había dejado graves secuelas que lo hacían parecer más viejo e impedido de lo esperado.

Wilson Bonilla, hijo de un emigrante onubense y de una mulata, fue siempre un hombre perseguido por la mala suerte. Se ocupó en muy diversos oficios, muchos de los cuales fueron la base de grandes fortunas, pero a él, según los iniciaba, se le volvían el comienzo de mil y una revoluciones que no le permitían medrar.

Cuando trabajaba en la caña y estaba a punto de asociarse con el propietario de la plantación, una banda de insurrectos quemó los campos. Luego, se ocupó en las minas y una asonada militar las nacionalizó en el preciso instante en que acababa de hacerse con un mazo de acciones que, claro, se convirtieron en papel

mojado. Casó con la hija de un comerciante en telas, de origen sirio, y estando a punto de heredar de su suegro el próspero comercio, éste recibió noticias de su lejano país comunicándole que había heredado una casa y unas tierras en su aldea perdida, de modo que realizó el negocio de telas, dejó una dote a su hija y a su desafortunado yerno y embarcó en el primer vapor que salía para Oriente. De una en otra, Wilson Bonilla, sin llegar a la miseria, fue perdiendo toda esperanza de asentarse como rico hacendado, opulento explotador de minerales o pudiente comerciante en telas. El paludismo y la renta de su mujer le decidieron a emigrar a zonas más salubres. Cuando llegó a la ciudad, su hija Feliciana ya era una mocita, su mujer había muerto y él tenía un dinerito ahorrado que le permitió, al menos, buscarse un techo propio. Agradeció al cielo que el gobierno le diera un puesto en la administración con el que completar su renta y que su hija Feliciana, promesa de mujer hermosa, tal vez le llegara a proporcionar un yerno que fuese lo que él no alcanzó y le compensase de tanta frustración.

En ese espíritu crió y educó a Feliciana, aunque tal vez se equivocó o exageró en el método, pues la mulatita se convirtió en un ave de rapiña. Consciente de su poder de seducción, de las miradas embobadas de los hombres al sentir el repiqueteo de sus tacones sobre las baldosas de la calle, se trazó un plan en todo correspondiente a las aspiraciones de su padre: Cazar un marido rico e ir a vivir a la parte alta de la ciudad, donde vivían las señoras adineradas. Tener criados que hicieran lo que ella hacía

cada mañana con el cestillo al brazo y salir en coche los domingos para ir a misa. Pero, sobre todo, lo que más ilusión le hacía, en ese futuro esplendor que aguardaba, era poder tomar uno de aquellos hermosos paquebotes con nombres de reinas o de descubridores para viajar a Europa. Después de todo, ella no era una mujer vulgar. Sus mayores habían llegado a través del Atlántico y cifraba el colmo de su gloria en volver y ser reconocida como una señora allí, en aquellas tierras que expulsaron por hambre a sus antepasados. No soñaba concretamente con un lugar y lo mismo le daba Francia que Inglaterra, aunque sentía por España una atracción especial.

David, el cambista, abandonó a don Ramón y se dirigió hacia la mesita donde estaban Wilson Bonilla y su hija. Con la actitud servil y limosnera que le caracterizaba, se tocó el ala del sombrero que llevaba tan adherido al cráneo que nadie sabía cual era su verdadera estatura. Se entretuvo en saludarlos y luego, hizo una seña a don Ramón que le miraba como quien ve visiones. El hombre, entonces, notó que sus pies, funcionando sin una orden consciente del cerebro, le llevaban hasta la mesita junto a la vidriera. Se encontró saludando a Wilson Bonilla y a su hija Feliciana, mientras David recitaba los nombres de unos y otros.

A un tiempo, se sentaron él y el cambista en sendas sillas que alguien arrimó. Don Ramón tenía como un zumbido en las orejas que no le dejaba entender de qué hablaban sus tres vecinos; algo del desfile y del muelle, algo de barcos y tierras

lejanas. Sus ojos estaban perdidos, junto con el resto de sus sentidos y su razón, en el rostro y el escote de Feliciana. De entre los nombres de países que la compañía recitaba surgió el de España. ¿Sabe usted que el señor Cervera es español, como su familia, señor Wilson? de Cataluña, sí, de una familia muy respetable de industriales catalanes. Ah, -seguía el cambista, mientras don Ramón hacía muecas como restándole importancia a las palabras de su amigo el turco- él no vino acá, como otros, huyendo del hambre. No señor, él tenía allá un próspero negocio de buques y maderas. El vino ¡asómbrese! como aventurero. Para vivir una novela de aventuras, ¿se imagina? Ya sabe, sí, la fortuna sigue a sus hijos -don Wilson lo sabía por contrario- y ahora tiene un muy saneado negocio de joyas, compraventa de piedras preciosas. Yo le digo, Cervera tienes que asociarte conmigo en el cambio de moneda. Tu y yo juntos seremos invencibles, el genio de lo hispano, ya saben que mis abuelos también eran de allá, antes de ir a Turquía. Con esto del puerto, la ciudad subirá como espuma, vendrán visitantes. El muelle nuevo...

Y se perdió en su propio cuento fantástico de fortunas inconmensurables, al tiempo que Ramón se perdía en la sonrisa llena de promesas de la señorita Feliciana Bonilla.

Aquel encuentro fortuito permitió a Feliciana saludar a don Ramón, en su camino cotidiano al mercado, sin que nadie pudiera hacer comentarios. De cuando en cuando, Feliciana se detenía para comentar con don Ramón que todo subía muchísimo; cada día está todo más caro. Fíjese en estos pescaditos, apenas alevines, ¿sabe a cuánto estaban? y él respondía, sin ver más que el escote de Feliciana o su cuello que nacía esbelto y moreno para ir a morir entre los ricitos de la nuca, mientras se doblaba hacia el cestillo; sí, sin duda todo sube. Otras veces, con la excusa de un pendiente desprendido, de una cadenilla rota o un broche cuyo alfiler se había doblado, se entretenía en el interior de la tienda y le ponía los exhibidores al revés; ¡oh qué sortija tan preciosa! y aquel colgante será carísimo. El, para deslumbrarla, desplegaba ante sus ojos golosos de riquezas, las mantas sobre cuyo fondo rojo de terciopelo refulgían como estrellas los diamantes de todos los quilates imaginables, los rubíes, los topacios, las esmeraldas, las amatistas. Unas piedras estaban talladas y otras simplemente pulidas, unas eran más claras y otras más oscuras, pero todas ellas brillaban y su brillo maravilloso se contagiaba a la mirada de Feliciana, prestándole un nuevo fulgor a la codicia que ella no intentaba disimular porque don Ramón, ciego con los encantos de su mulata,

era incapaz de percibirla.

Los domingos eran, como antes de conocerse y poder conversar, los días más largos de la semana. Si antes, el contoneo de las caderas de Feliciana era el único aliciente que empujaba a don Ramón fuera de las sábanas para acudir a su negocio, ahora que podía mantener una conversación con ella que, además, le permitía, mientras ella se acodaba sobre el mostrador, contemplar el nacimiento de su pecho al borde de la blusa, aspirar el olor intenso de su piel y sentir el roce de sus rizos sueltos sobre la frente, al inclinar ambos las cabezas sobre la manta esmaltada de piedras preciosas, o tocarse la punta de los dedos al dar vuelta a un brillante o una esmeralda, ya no podía soportar el único día de la semana en que no gozaba de aquellos pequeños placeres.

Feliciana comenzó a deslizar pequeños datos, pistas, para que él supiera dónde encontrarla los domingos. El, absorto en contemplar sus encantos y dominar su deseo hacia ella, tardó casi dos semanas en darse cuenta de que la conversación de Feliciana incluía frases como: Claro, usted que viene de Europa, notará que aquí hay pocos alicientes. No hay grandes monumentos y tan poca diversión... O bien: Mi papá está tan mayor que con ir a la misa y dar una vuelta, después, por el paseo marítimo ya está agotado. Y también: Las tardes del domingo es cuando más labor de aguja hago. Mi papá no gusta del bullicio y sólo admite la compañía de otros señores mayores como él. Se pasan el rato entre traguitos de aguardiente y remembranzas de desgracias. ¡No

sabe usted lo tediosas que son las tardes así!

Cada vez que Feliciana dejaba la tienda, quedaba tras de sí, como una capa flotando al viento, su aroma. Todo lo que ella tocaba; los terciopelos donde dormían las piedras, la madera del mostrador, se iba impregnando de su olor a peras dulces y maduras. Ramón perseguía aquel olor como un perro hambriento. En seguimiento de ese aroma empezó a frecuentar la misa mayor. A las doce de la mañana de cada domingo, toda la comunidad franciscana que ocupaba el pequeño convento de San Antonio, se reunía. Los que tenían buenas voces subían al coro y rodeaban a fray Lorenzo, el organista. El prior y dos ancianos sacerdotes más celebraban la misa, mientras los más jóvenes de la comunidad actuaban de acólitos y monaguillos. Con los primeros y solemnes acordes del órgano, entraba doña Feliciana en la iglesia, dando el brazo a su padre. Su alto moño, atravesado de peinecillos, contribuía a que la mantilla se derramara en cascada sobre sus hombros. Su contoneo de los días de diario se volvía más recogido, más discreto, pero igualmente alarmante y estremecedor.

Ramón, en el último banco, la veía pasar como se mira a la novia de otro y, embriagado por el trompeteo del órgano, contemplaba cómo la mujer se acomodaba de perfil en la primera fila de reclinatorios, bajo el púlpito. Las nubes de incienso derramadas alrededor del altar, los brillos del sagrario, el parpadeo de las velas le parecían a Ramón estar allí sólo para servir de marco a la belleza excitante de su mulatita. Esta

entretenía la misa y el sermón con que desde el púlpito atronaba el padre Marcelo dando vueltas y vueltas a un rosario de azabache.

Tras la misa, mientras sonaba la Salve, Ramón se ajustaba la corbata y ensayaba mentalmente las frases con que saludaría al padre de Feliciana. Con los últimos acordes del órgano y mientras el sacristán con su vara de apagaluces iba matando una a una las velas, Feliciana se incorporaba del reclinatorio, ayudaba a su padre a ponerse en pie y ambos emprendían el camino de vuelta hacia la salida. Ramón se demoraba unos instantes en el atrio, fingiendo colocarse el sombrero, para, inmediatamente, quitárselo y reverenciar así al señor Wilson Bonilla e hija; encantadora y preciosa hija. El anciano balbucía algunas cortesías y los tres emparejaban el paso hacia el paseo marítimo. Don Wilson aprovechaba la compañía de aquel joven español para recordar sus orígenes, las desgracias que le habían acontecido y cómo su familia había quedado reducida casi a la nada por tanta calamidad junta. Su única ilusión era ya ver a su Feliciana casada y conocer algún nieto y que ellos, esos descendientes, pudieran rescatar el esplendor y la fortuna perdidos.

Todos los domingos el ritual se repetía, pero don Wilson, que no estaba tan chocho como parecía, ya le había echado el ojo a don Ramón para yerno. Se dio cuenta de que el muchacho parecía ser del agrado de su Feliciana y notó como él la miraba con ojos de carnero que va al matadero. Decidió informarse mejor acerca

de los posibles del pretendiente. Hizo llamar a David, el cambista, y concertó con él una cita en el bar del gallego. El judío le puso al corriente del negocio de Cervera, que es un gran muchacho, de muy buena familia. Al llegar aquí y después de probar otros oficios, entró a trabajar de aprendiz con un lapidario. Al morir éste, soltero y sin hijos, él heredó la tienda, la mercancía y los contactos del lapidario. Podría vivir en una casa de la parte alta, pero no tiene mucho aliciente para él meterse solo en un caserón. Quizá si se casara, decidiera mudarse a la parte alta, a una villa. Pero no sólo eso, tiene grandes posesiones en España. Negocios con barcos, no estoy muy informado de esto, pero mientras él regresa, los lleva un primo suyo, huérfano, recogido por la familia. Claro que él puede, además, regresar cuando quiera; no tiene delitos ni falta de hacienda. Sólo vino acá por afán de aventura.

Las tertulias de la tarde del domingo en casa de los Bonilla se enriquecieron con la presencia del español, como le llamaban todos. De la mesa donde apoyaban los pequeños vasitos del aguardiente, don Ramón pasó a sentarse junto a la mecedora de Feliciana, con los brazos extendidos ante sí y las muñecas enredadas en la lana de la que ella tiraba suavemente, devanando la madeja para hacer un ovillo.

De aquellas veladas de conversaciones mudas, vigiladas por la mirada de varios pares de ojos ancianos, pasaron a dar cortos paseos por el barrio, luego caminatas más largas o excursiones en coche de caballos, hasta que don Wilson llamó al joven

español y le soltó un medido y madurado sermón acerca de comprometer a su hija, de responsabilidades, de intenciones y otros asuntillos, que terminó en una promesa formal de matrimonio y, a poco, en la fijación de la fecha de la boda para tres meses después.

Feliciana pasó aquellos tres meses en una actividad febril; compró varas y varas de lienzo blanco y de encajes, cientos de madejas de hilo de seda en todos los colores y los llevó al convento de las Clarisas para que le bordaran sábanas, mantelerías y toallas. Encargó a la viuda de Martínez-Guerrero, - glorioso militar muerto en una de las muchas insurrecciones de la zona- que tenía las manos más primorosas del Estado, metros y metros de cortinas de ganchillo, pañitos y cubrecamas. Don Ramón le argumentaba que no necesitaban tanta ropa, que ya irían viendo, que él se trajo su baúl de sábanas y puntillas bordadas por su madre y arrancadas a los ovillos de hilo a golpe de ganchillo. Doña Feliciana le replicaba: Sí, amorcito, pero están un poco pasadas de moda. Tu mamá no se ofenderá de que yo haga otras nuevas, ni querrá que su hijo desmerezca ante sus nuevas amistades. Tampoco le gustaría a tu señora mamá que su nueva hija vaya al matrimonio hecha una pordiosera. Nadie podrá echarte en cara nada, hay que ser mirados. Ya sabes que nosotros no tenemos muchos posibles, pero la gente nos respetará más si vamos bien presentados. Tus negocios prosperarán si tú muestras aire de prosperidad y como mejor se mide la buena marcha de un negociante es en las cadenas de oro que cuelgan del cuello de su

esposa.

Con aquella filosofía de la vida, que se manifestaría en otros muchos asuntos, encontró justificación para comprar sedas, guipures, tafetanes, rasos, paños de lana, plumas, sombreros, agujas de moño, prendedores, zapatos, zapatillas, botines, lazos, cintas, hebillas, botones de perla, filigrana, porcelana o plata sobredorada y azabache, agremanes y cordones y mil enredos más que compusieron su ajuar, apretado en tres baúles de los más grandes.

Encargó vajillas, cristalerías y cuberterías a Europa y Norteamérica. De Filipinas hizo traer aparadores, mecedoras, sillones y mesitas de fibra de mimbre, de caña de bambú, carey y nácar. Compró espejos, armarios de luna, camas de bronce doradas y camas de hierro pintadas de flores, colchones de miraguano y edredones de pluma. Llenó la casa, que su futuro esposo había comprado en lo alto de la colina, de toda clase de cachivaches hasta en los rincones más impensados. Curiosamente, donde más dinero gastó en cobres y lozas, en cuchillos, ralladores, tablas de partir carne o picar verduras, botelleros, botes, almireces, jarras, medidores, moldes, sartenes y ollas y ciento y un cacharros, fue en la cocina, donde Feliciana no poseía otra habilidad que la de freír unas tortillas de maíz que, las más de las veces, se quedaban crudas y pringosas o requemadas y duras como un adoquín.

El patrimonio que el español había reunido en los años de emigración fue también empleado en contratar cocinera y dos

mucamas para el servicio de casa. Con todos aquellos trajines y compras dejó la alcancía de su esposo tan menguada y deprimida que su mayor ambición, viajar a Europa a conocer a la familia y, sobre todo, a evaluar de cerca sus posesiones allá, tuvo que ser dejada para más adelante.

La falta de cálculo acerca de lo que darían de sí los dineros de Ramón resultaría fatal para Feliciana y, mucho más adelante, en el mundo impensable del futuro, para Magdalena Acero. Si los recién casados hubieran podido ir en luna de miel a Europa, tal vez el abuelo José habría quedado desplazado de los negocios familiares, se habría tenido que buscar la vida de otro modo y tal vez, sólo tal vez, no se hubiera visto precisado a huir al África. Nadie hubiera atentado contra él, nadie le habría guardado resentimiento ni se habría sentido estafado por el abuelo José, ni privado de sus derechos. Aquella imprevisión de Feliciana Bonilla produciría efectos amargos, después de cincuenta años.

¡Ay, Ramón!, ¿no pedirás un crédito a David, el cambista, para viajar a Europa, para ir a España? Total sólo sería para el billete de ida. La vuelta, con tus posesiones de allá, está solucionada o, si hay dificultad, tu familia te podrá auxiliar.

Don Ramón tenía su orgullo; no podía presentarse en casa de su madre sin un duro y además pedirle a su primo que le diera el dinero del pasaje de vuelta, aunque aquel dinero fuera, en principio, suyo. Había renunciado a ese porvenir y a esa situación por el afán de aventuras. Lo había dejado abandonado,

porque le dio la ventolera de no ser más el hijo de doña Rosa. Su primo José se había quedado al pie del cañón, trabajando para sacar adelante lo que ya, sin duda, no era patrimonio de él, salvando de la ruina un negocio que había quedado en las solas manos de una mujer cansada, con la cabeza cada vez más cubierta por la niebla. Ramón no sólo tenía orgullo, sabía que no podía regresar con su mulatita y que ésta reclamara algo o apareciera con aires de dueña de casa. Tenía que aguardar unos años de matrimonio para ir haciendo comprender a doña Feliciana que ya nada tenía él en Europa, sino algún pequeño recuerdo sentimental como el reloj del comedor, un retrato de su madre o alguna sortija que le gustaría luciera su mujer. Nada más podía reclamar, mejor pedir, a la bondad de su primo quien sería capaz de comprender sus sentimientos y sus añoranzas.

Con razones más o menos convincentes, pero con el argumento definitivo de la falta de dinero y de no querer empeñarse a manos del judío, al que no sólo debía ya dinero, sino también favores: Recuerda el hermoso favor que me hizo, presentándonos el día de la inauguración del muelle. En un par de años nos habremos recuperado de estos gastos y podremos ir como verdaderamente nos corresponde; con los bolsillos llenos de oro y dando a mi familia la impresión de prosperidad que tú quieres dar a todo el mundo, cuanto más a ellos. Eso sí que alegrará el corazón de mi madre.

Ante la resistencia de Ramón, Feliciana cedió, no dudando de que, cuando durmieran en el mismo colchón, no le faltarían oca-

siones para ir convenciendo a su marido de la necesidad de aquel viaje a Europa para recuperar lo que suyo era.

Las dilaciones de Ramón al asunto del viaje fueron confirmando a Feliciano en su visión; su marido, hombre de poco carácter, tenía miedo a enfrentarse con su primo porque, si se había atrevido a usurpar el lugar del legítimo heredero, sin duda sería un tipo de cuidado aquel pariente recogido por la caridad de doña Rosa. Feliciano veía la historia con gran claridad, pero iba a ayudar a su esposo a recuperar sus bienes y así, de paso, daría satisfacción a su padre logrando fortuna y poder. Wilson Bonilla vería sus sueños cumplidos en su hermosa hija.

La boda fue de fábula. Acudió lo más granado de la ciudad. Los convidados fueron agasajados con un espléndido banquete, bajo una carpa multicolor, levantada frente al bar de Nicanor, el gallego, en el paseo marítimo. Antes de la comilona, hubo la ración correspondiente de flores, incienso, trompeteo del órgano y voces de frailes. El prior hizo uno de sus más sentidos sermones acerca de la obediencia de las esposas como viñas fecundas en el centro del hogar de sus maridos. Habló de los renuevos de olivo y de las doce tribus de Israel, de los Patriarcas y sus hijos, de las promesas y la alianza de Dios, del cuerpo, templo del Espíritu Santo y de las diferencias entre el eros y el ágape y de cómo la gracia divina desciende sobre los esposos por el sacramento del matrimonio, siendo así escudo contra la lujuria y la concupiscencia. Sin olvidar que, aunque el más perfecto estado es el del celibato consagrado al servicio

del Señor y su Iglesia, el matrimonio, en el que debe reinar la castidad, es baluarte contra las tentaciones del mundo, del demonio y, sobre todo, de la carne.

Feliciana entre sus blondas y Ramón con su levita oían las palabras del prior como si fueran música celestial. Feliciana, mientras, soñaba con navegar el océano rumbo a Europa y Ramón con navegar las sábanas que su esposa mandó bordar en ruta a su piel morena con olor de peras maduras.

A la caída de la tarde, cuando las señoras tenían ya los rizos y peinetas colgando sobre la espalda, los lazos torcidos y las galas arrugadas y los hombres habían consumido ricos licores que asomaban a la punta de sus narices, dándoles un tinte rojizo, cuando tenían ya las corbatas en el cogote y habían hecho todas las bromas posibles acerca de si el novio tendría el valor suficiente para domar a la mulata, habían hablado mal del Gobierno central, del de la provincia y del de la ciudad, los novios se levantaron de su lugar preferente y, por entre las mesas, fueron repartiendo apretones de mano, besos y palmadas en las espaldas y recogiendo consejos, más besos y más apretones de mano y palmaditas cariñosas. Subieron al coche de caballos, adornado con mil cintas y flores blancas y, al trotecillo ligero de los dos flacos rocines que de él tiraban, subieron la cuesta en dirección a su casa, llena de cachivaches y situada en lo alto de la colina.

Las comadres que se reunían cada mañana en los soportales del mercado la miraron pasar y doña Dulce que, como todos saben, contradecía su nombre teniendo la peor lengua de la ciudad, exclamó: Esta es de las que se preñan no más de hacer colada con los pantalones del marido.

Doña Feliciana, precedida de su monumental tripa y seguida de Rosario, la chica de los recados, seguía con su costumbre de acudir todos los días al mercado. Aunque muchas cosas las encargaba a la tienda, le gustaba comprar la verdura, la fruta y el pescado tocándolos y pesándolos con su propia mano. Seis años hacía que se había casado con don Ramón y, tras unos meses en que temió ser estéril y no poder dar herederos a la fortuna que soñaba alcanzar, empezó a preñarse con el tiempo justo de parir y pasar la cuarentena. A pesar de que los niños ya comían de todo, de postre se colgaban del pecho de su madre en un ritual para el que hacían turnos, porque ella les mantenía la lactancia hasta los dos años. Este sistema anticonceptivo creado por la Naturaleza no le servía de nada a doña Feliciana porque, como decía doña Dulce, la mulata se preñaba no más de lavar pantalones.

En aquellos seis años de matrimonio ya habían llegado al mundo Carlota, Magdalena y Eulalia. Feliciana llevaba en sus

entrañas a la que luego se llamaría Reyes y se iría monja. Tanto embarazo y tanto parto -toallas y agua caliente- y tanta lactancia no habían dejado un respiro para el ansiado viaje a Europa y que todo fueran niñas y no poder cruzar el "charco" tenían bastante amargada a Feliciano.

Después de Reyes, tras un ligero retraso en lograr un nuevo embarazo, luego de un parto complicado, unas fiebres que por poco la matan y la necesidad de buscar un ama, porque no subió la leche, nació Félix, el ansiado heredero varón que se casaría, andando el tiempo, con la señorita de Valverde, aquella pobre Gertruditas que, entre vómitos y angustias, se fue al otro mundo dejando en éste al castigo de su hijo Félix Cervera-Bonilla y Valverde; el tío Félix que Magdalena Acero habría de esperar tan ansiosamente.

Cuando nació el niño, alegría de sus ojos, Feliciano lo pasó muy mal; las fiebres la consumieron y salió del trance de milagro. Su capacidad de embarazarse quedó anulada y, por ello o por alguna otra causa desconocida, perdió el gusto por navegar en el lecho conyugal al lado de don Ramón y su mente se fijó, para siempre, en viajar a Europa. Ya no quería Feliciano impresionar a su suegra con la holgura de sus posibles ni con su buena presencia. Lo que quería a toda costa era recuperar el patrimonio de su marido. Nuevas minas de esmeralda se habían descubierto y puesto en explotación. El muelle nuevo había contribuido a aumentar el nivel de negocios y prosperidad de la ciudad y, aún con todo, don Ramón no había medrado como le tenía

augurado su amigo David, el cambista, quizá porque nunca quiso asociarse con el judío que sí había espumado y traído desde Turquía a todos sus parientes hasta el tercer grado.

No se podía decir que fueran pobres. Vivían desahogadamente, con todas las comodidades y caprichos que el entorno les podía brindar. Pero, al contrario que los conquistadores extremeños o andaluces que habían soñado con América y Eldorado, Feliciana no disfrutaba de su bienestar soñando con su falso Eldorado de Europa.

Embarazos, niños, guerras en el mar y en todos los continentes convencieron a don Ramón de que no era prudente embarcarse hacia España en medio de tanto conflicto. Al poco tiempo, tuvieron además noticia de que los Cervera del otro lado del mar habían tenido que abandonar su casa y sus bienes para ir a establecerse en el África. Todo ello fue un duro golpe para Feliciana y sus planes de futuro, aunque las noticias de que en aquel continente de infieles estaban sus parientes ultramarinos haciendo fortuna le sirvió para reacomodar sus ideas de recuperar lo que fuera, donde fuera.

Algún tiempo después del nacimiento del niño Félix, doña Feliciana empezó a empeñarse en la unión de los apellidos de modo que el suyo no quedara fuera de la gloria que su padre, don Wilson, había soñado, ni privado de la riqueza y felicidad que ahora les esperaba en el África, en lugar de en Europa.

Doña Feliciana tuvo siempre una gran rival en la Historia, tanto en la grande como en la menuda de cada día. Los conflictos

nacionales e internacionales fueron consumiendo los años y las chicas, también el niño Félix, fueron con ellos creciendo. La propia Feliciana fue engordando y el abuelo Ramón encaneciendo del poco cabello que le iba quedando. Las hijas se hicieron mujeres y casaron pronto con empleados del comercio y oficinistas, que no aportaron grandes fortunas al matrimonio. Reyes, la más pequeña, casó con Nuestro Señor Jesucristo y fue la que mejor boda hizo. Félix, por su parte, tras quedar viudo de la señorita de Valverde, se volvió con su descolorido y huesudo hijo, Félix II, a casa de sus padres, incorporándose al negocio de joyería de su padre y dejando a su hijo en manos de la abuela Feliciana.

Visto que el señor de Valverde no dejaba nada de su fortuna al pobre nietecito, la abuela Feliciana entretuvo sus tardes de niño y sus ocios de adolescente con los relatos de la fabulosa fortuna de los Cervera que esperaba en el África a que volviera a reclamarla su legítimo dueño, ya que el bragazas del abuelo Ramón no había encontrado, a lo largo de casi cuarenta años, el momento de volver por lo que le correspondía. Creció, así, en una casa triste, con el padre ausente y la madre muerta, en manos de una mujer más que madura, que había empleado su tiempo en envenenarse el alma con el afán de riquezas, el tío Félix Cervera-Bonilla joven, aquél a quien con tanta ilusión esperó, del otro lado del mar Atlántico, Magdalena Acero.

Hospedarse en el Hotel le salía muy caro al tío Félix y, cuando su primo dejó, discretamente, de pagar sus facturas, decidió buscarse un alojamiento más asequible. Con tal de perderlo de vista durante la semana, la familia Acero-Cervera no se preocupó demasiado de cuáles eran los pasos ni los caminos que Félix frecuentaba. Gracias a un amigo militar que, cuando estaba en la capital, se alojaba en aquella pensión, el tío Félix se acomodó en casa de doña Lorenza Santander. La señora rondaba los ochenta años, padecía una terrible hidropesía en las piernas que la tenía, gran parte del día, confinada en un butacón de estilo castellano en el lóbrego salón de su casa. A los huéspedes, pocos y fijos, a la casa y a doña Lorenza los atendía una sobrina de nombre Maruja.

Doña Lorenza había emigrado, muchos años atrás, de su pueblo en la provincia de Madrid para ir a servir a la capital. Entró en una casa principal como pinche de cocina y fue escalando puestos, hasta llegar a cocinera y repostera. Según ella misma contaba, sus señores la prestaban para las ocasiones; cenas, banquetes y saraos, a otras casas de postín de la ciudad, donde todo el mundo ponderaba sus finas manos para las carnes mechadas, los fiambres de ave, los hojaldres rellenos de crema, las pastas de nueces o los bizcochos de almendra. Además de guisar bien -manos de hada, decía ella que la llamaban- no estaba del todo mal. El pelo abundante y liso, arremangado en un

alto moño sobre la coronilla, gordezuela y no muy alta, tenía una bonita piel sonrosada y unos vivarachos ojos castaños. Sus buenas dotes para la cocina, el hecho de servir en una casa bien y su cuerpo redondo y apretado le ganaron más de un pretendiente. Quizá envanecida por lo mucho que había medrado en la Corte, como siempre llamaba a Madrid, había ido despreciando a uno tras otro, para luego enamorarse de los lindos mostachos rubios de un bala que acabó en la legión extranjera en África. Aunque también presumía de su virginidad y de velar estrechamente por la de su sobrina Maruja, quien no tenía demasiados motivos para perderla pues, amén de muy miope, era la criatura más necia y desgarbada que se ha visto, todo el mundo sospechaba que la virtud y la virginidad de doña Lorenza se habían perdido para siempre en los brazos del de los mostachos rubios y enhiestos y que ella, cargando con su Maruja, fea y pitarrosa que siempre lo fue, emigró al África siguiendo las huellas del legionario; si lo encontró o no, era un misterio. Sin embargo, a alguien que la protegiera debió encontrar, porque en África había medrado, o bien -otras versiones había, además de la persecución del militar del bigote- alguien recordaba que, donde ahora estaba la muy respetable casa de huéspedes de doña Lorenza, había, en tiempos, una casa de citas donde eran sonadas las orgías con danzas orientales de los siete velos, jovencitos hábiles en toda clase de masajes y otras lindezas.

La edad indefinida de Maruja no contribuía a aclarar el misterio. Era imposible calcular si ya había nacido cuando su

tía emigró o era producto de algún descuido en los tratos con la clientela. A pesar de los rumores y chismes que sobre tía y sobrina circulaban, todo el mundo aceptaba este parentesco y lo menos hacía quince años que en aquella casa no se producía un escándalo.

Los padres de Magdalena no se preocuparon del alojamiento del tío Félix y dieron por bueno lo que él hiciera, con tal de que dejara de perseguir a la niña y de darles a ellos la lata.

En la pensión paraban, por temporadas, además del militar amigo del tío, unos cuantos viajantes de comercio que completaban sus ingresos a base de contrabando de licores, tabaco, algunas piezas de seda y otras cosillas. El tío Félix hizo, rápidamente, buenas migas con ellos y, por su amistad, empezó a frecuentar el Círculo Mercantil y su bolsillo empezó a llenarse de dinero. El tío Félix espumó, compró ropa nueva y, cada vez que volvía de la capital, sorprendía a todos con algún regalo, aquellos que Magdalena dejaba tirados por cualquier parte.

Un viernes por la tarde, un inspector de aduanas con dos agentes se personó en la casa de huéspedes de doña Lorenza, preguntando por el señor Garcés. Doña Lorenza los recibió en el salón, les informó de que don Antonio Garcés estaba de viaje y les permitió; porque su casa era una casa honrada donde nada había que ocultar, que registraran la habitación de don Antonio, comerciante sin tacha, que paga religiosamente y nos obsequia a mi sobrina y a mí con pequeñas cosillas, que si un perfume, que si un pañuelo de seda, unas medias, bueno cosuchas, pero siempre

de buen gusto y por complacernos, porque es todo un caballero.

El caballero Garcés tenía en el armario de luna de dos cuerpos, en su habitación, organizado todo un almacén, perfectamente disimulado con dobles fondos en las paredes y en el suelo del mueble, que la buena y cegata de Maruja nunca había sospechado. De allí el agente de aduanas y sus dos ayudantes sacaron botellas, tabaco, seda y armas de todos los calibres, junto con catálogos que recogían desde pequeñas pistolas de bolso, para uso de señoras, a cañones de grueso calibre. Las instrucciones de empleo y montaje de todas aquellas piezas estaban en inglés y alemán. También aparecieron agendas llenas de notas en clave acerca de envíos, pagos y pedidos, que les llevaron a los expertos varias semanas descifrarlas y desmontar toda la red de traficantes. Gracias a Dios que el bueno de Garcés no apuntó en ninguna parte el nombre del tío Félix, quien no era sino un colaborador ocasional en alguno de los trapicheos urdidos por Garcés. Sin embargo, el tío Félix juzgó interesante dejar de viajar a la capital una temporada.

Los días en que tío Félix abandonó su trashumancia fueron los días negros que Magdalena aún recordaba entre escalofríos, mientras se daba maquillaje en la cara y mascarilla en las pestañas, en aquella tarde de calor aplastante en la que los recuerdos la habían amenazado desde todas las esquinas. Fueron los días terribles de la muerte de Roy, de los regalos y las invitaciones intempestivas. Magdalena sólo se libraba del acoso en los ratos largos y misteriosos en que el tío se encerraba en

su cuarto. A Magdalena le fue creciendo dentro el gusano de la curiosidad y decidió espiar qué manejos se traía el tío en los largos encierros. La empresa no era fácil; no podía entrar al cuarto con cualquier excusa y sorprenderlo, porque esa situación podía volverse contra ella, al quedarse solos en el cuarto de él. Cuando estaba fuera de la casa, ya había husmeado por allí, pero los cajones estaban todos cerrados con llave. En fin, que las cosas estaban difíciles para saciar su curiosidad, aunque la paciencia siempre recibe su premio.

Una tarde, el padre de Magdalena llamó desde la estación de servicio de la carretera. El automóvil se había averiado y no podían arreglarlo. El señor Acero estaba muy apurado, tenía una entrevista con un alto cargo y, si no llegaba a tiempo, perdería la ocasión de arreglar un grave asunto y perdería mucho dinero. Agobiado como estaba, ordenó a tío Félix que fuera en su coche a recogerle y le acercara a la capital. El tío quedó tan sorprendido por el tono inusualmente autoritario de su primo que agarró su sombrero y su gabán y salió disparado, dejando su cuarto abierto y con todos sus secretos al alcance de la mano.

Magdalena se coló en la habitación del tío sintiéndose como de color verde y con escamas, igual que la malvada y sinuosa serpiente de uno de sus libros de cuentos. Durante mucho rato estuvo mirando fotografías esparcidas por el suelo y por la cama. En ellas aparecían gentes que le eran totalmente desconocidas pero, gracias al espíritu meticulouso de alguien, por detrás estaban detallados los nombres, fechas y lugares que las

fotografías reflejaban. Así supo Magdalena cómo era el rostro de la abuela Feliciana, de sus tías y del tío Félix, mayor, de Félix Cervera-Bonilla cuando niño y de otra gente, amigos de sus parientes, cuyos nombres no le decían nada.

Después de mirar un rato las fotografías, se fijó en un paquete de cartas, escritas con letra picuda de mujer y dirigidas al tío Félix Cervera-Bonilla en los años en que estuvo en el internado cursando bachillerato. Las cartas eran de la abuela Feliciana. Magdalena escogió una al azar y con mano temblorosa la desplegó y comenzó a leer; noticias que nada significaban para ella, pequeños acontecimientos cotidianos, comentarios acerca de personas desconocidas fueron pasando ante sus ojos. Estaba a punto de abandonar la lectura cuando fijó la mirada en un párrafo a modo de post-data que decía: "No olvides, niño, que te has de hacer un hombre. Estás ahí para aprender y titularte. Que no seas un bragazas como tu padre y tu abuelo. Tienes que prepararte bien para recuperar todo lo que te quitaron. No lo olvides, ni tampoco el cariño de tu abuela".

Magdalena fue abriendo y leyendo, una tras otra, la docena de cartas que allí se apilaban. Antes o después fue encontrando en todas el mismo párrafo con ligeras variantes. Cuando ya desistía de saber qué es lo que le habían quitado y quién se lo quitó, llegó a una carta más explícita. En ella se incluía un recordatorio del bautizo de Magdalena Acero y la abuela Feliciana le informaba de la carta que, a su vez, había recibido de Magdalena Cervera comunicándole el bautismo de su niña -ella-

, de los largos años sin noticias, de lo bien que andaban sus negocios. Aquella carta quedó sin contestar porque la abuela Feliciano murió poco después y también el abuelo Ramón. Tío Félix, mayor, jamás fue aficionado a escribir y el joven tardó aún diez años en dar señales de vida. A propósito del nacimiento de la niña, la abuela Feliciano trazaba todo el plan de actuación que el nieto debía poner en práctica: "Ya que no existen formas legales, porque tu abuelo ha dejado pasar el tiempo y su derecho, para que vuelva a nosotros lo que nuestro fue en buena ley, tú debes recuperarlo y, si no hay apoyos legales, siempre hay el recurso del matrimonio. Tienes algunos años más que la niña de Magdalena, pero eso no importa, es bueno que la mujer sea más joven que el marido. Catorce años de diferencia no son nada y, sobre todo, no deben importarte, si con ese matrimonio recobras lo que tuyo es. Yo ya andaré los pasos para que esto llegue a cumplirse y tú cumple con tu obligación y prepárate bien para cuando sea el momento".

Había aún otra carta posterior en la que la abuela Feliciano insistía en el mismo motivo. Sin embargo ella no pudo dar los pasos para que todo se cumpliera, porque la muerte le ahorró la fatiga. Pero el niño Félix, el niño Félix había aprendido bien la lección, se la sabía de memoria y ahora, alumno aplicado, la repasaba probablemente dispuesto al ataque final.

Magdalena se quedó de piedra. Comprendía la situación y se daba cuenta de que corría un gran peligro. ¿Cómo librarse de él? No veía escapatoria. No podía quitarle las cartas al tío Félix

para enseñárselas a su madre y, si no tenía pruebas, mal podía contar aquella historia y ser creída.

Recordaba cómo había abandonado el cuarto con el corazón encogido y angustiada. Cómo se encerró en su habitación y lloró, mientras imaginaba posibles escapatorias. Cómo rezó para que apareciera un hada madrina que la transportara lejos de allí.

Cuando su padre y el tío regresaron, ya entrada la noche, Magdalena no bajó al comedor porque estaba verdaderamente febril. Eso le permitió no enfrentarse con el tío Félix, recién leídas las cartas y no tuvo tampoco, felizmente, que escuchar sus lindezas y morochitas que le hubieran crispado aún más los nervios.

El ajetreo de los exámenes y los preparativos de la Navidad mantuvieron a Magdalena al abrigo de pensamientos terribles y del asedio del pretendiente. Este buscó ocasiones, pero quedó defraudado, porque la madre de Magdalena -quizá hubiera al fin notado algo- reclamaba constantemente la presencia de la niña y no tuvo el tío Félix modo de encontrarla a solas.

En los días de Navidad, además, la casa se llenó de gente. Luego, se devolvieron las visitas y no hubo momento de paz o reposo suficientemente prolongado como para que el tío Félix pudiera asediarla y hacerle el amor, según la pauta marcada por la abuela Feliciana Bonilla.

Todo aquello contribuyó a que Magdalena se serenara y planeara con cuidado sus ocupaciones para la vuelta al trabajo, de modo que no hubiera tiempos muertos que el tío Félix pudiera

aprovechar.

Tras la fiesta de la Epifanía, todo volvió a la normalidad. La casa recuperó su imagen habitual y cada cual regresó a sus ocupaciones cotidianas. El tío Félix siguió en su holganza hasta que, menguado de recursos, decidió volver a la capital, a casa de doña Lorenza, pues suponía que el episodio del contrabando estaba superado; nadie le buscaba y, tal vez, hallase un medio para mejorar su situación económica definitivamente y podría presentarse como aspirante a la mano de Magdalena, sin parecer un cazadotes.

Doña Lorenza se alegró de recuperar un huésped. Su casa había perdido mucha clientela tras el escándalo del señor Garcés; apenas si un pupilo o dos seguían siendo fieles y éstos eran de los que iban y venían, de modo que los ingresos de la patrona no sólo eran escasos, sino inciertos.

El tío Félix anunció que se quedaría una larga temporada, porque tenía asuntos importantes que resolver y, ya se sabe, la administración es tan premiosa. Doña Lorenza estaba tan feliz que hasta le convidó a una copita de Jerez y mandó a Maruja a la confitería por pastas para completar el obsequio.

El huésped se instaló y comenzó a desplegar una gran actividad. Visitaba a comerciantes, abogados, tratantes en diversos géneros y mayoristas. Escribía febrilmente, cada mañana, decenas de cartas. Trapicheó con hilo de cobre, con prendas interiores de vestir, con perfumes franceses, con especias, con artesanía local y con abastecimiento de buques. Pero, apenas conseguía

ajustar su primer trato, se descubriría que no había mercancía real o no había comprador o no había vendedor y la gente empezó a darle de lado. La sombra del abogado Acero evitaba que el tío fuera demandado por estafa y a parar con sus huesos en la cárcel. Tantas quejas, por sus andanzas, llegaron a oídos de don Jorge que éste, en secreto, decidió facilitarle algún dinero periódicamente, para que pudiera iniciar un negocio sin engañar a nadie y, sobre todo, sin manchar su prestigio y buen nombre.

El tío Félix, con un cierto dinero seguro -jamás se preguntó de dónde salía-, frenó su actividad y, en honor a la verdad, trató de iniciar algunos asuntos de forma honrada, pero pocos eran los que se atrevían a prestarle confianza o a enredarse con él en cualquier actividad. Los posibles clientes le daban largas con amabilidad, le distraían encargándole trámites absurdos y, en el fondo, disuasorios.

El tío comenzó a tener mucho tiempo libre. Tiempo que pasaba en su habitación, empalideciendo y volviéndose más magro cada día. Las aristas de su cuerpo casi perforaban la ropa. Su pelo ralo y descolorido cada vez se asemejaba más a los flecos desprendidos de un viejo y pasado mantón de color marfil. Seguía tiñéndose y depilándose, pero su aspecto era cada día más deplorable.

Maruja, cuyo corazón sin edad era el que más se había alegrado de volver a ver al tío Félix y también con un mayor desprendimiento lo había acogido, se consumía de verlo a él tan consumido. De sus propios ahorros y a escondidas de la tía le

compraba cordiales y vinos quinados que le administraba cuidadosamente a media tarde. El corazón de Maruja convertido en piedra pómez al contacto adusto de su tía, empezaba a derretirse y volverse de mantequilla por obra y gracia de aquella escoria del tío Félix en el que, sólo ella, veía la mano que la podía liberar de la vida sórdida y sin esperanzas que hasta ese momento había llevado.

Don Félix, como ella le llamaba respetuosamente, desoficiado y rechazado por los posibles clientes que, cada vez con más descaro, le iban dando largas, entretenía sus ocios leyendo y relejendo las cartas de la abuela Feliciana. Sobre sus recomendaciones y planes de futuro elaboraba su particular cuento de la lechera. Apoyado en las fantasías de negocios ficticios, cuya base eran las vacuas conversaciones del Casino y del Círculo Mercantil, donde sus propias lucubraciones se apareaban a las de otros tan desocupados como él, engendrando cada vez más monstruosas imaginaciones de fortunas súbitas, de ganancias fabulosas, lo único que conseguía no era precisamente que aquellas pompas de jabón se volvieran algo sólido e impercedero, sino que, como todo aquel maquirar se hacía en función de alcanzar una posición económica que le permitiera optar con éxito a la mano de Magdalena sin parecer un golfante oportunista, lo que en verdad consiguió es que su libido, dormida o ignorada, se despertara con la violencia y ceguera del celo animal. El punto final de sus imaginaciones había sido en un principio llegar a pedir a Magdalena por esposa, pero fue

derivando en un Magdalena y yo haremos esto y lo otro y lo de más allá. Ese haremos empezó a incluir visiones eróticas de sus encuentros, de un sexo santificado por el matrimonio sin duda. Comenzó el tío Félix por imaginar el primer beso consentido y el primer escarceo, sin atreverse a ir más lejos, pero las largas tardes de no hacer nada y el tener el pensamiento lleno de estas imaginaciones le fueron llevando insensiblemente a ir concretando los avances de la conquista supuesta del cuerpo de Magdalena, hasta llegar a los detalles de la más íntima posesión.

Las fantasías se volvieron tan vívidas y reales que hubo momentos en que el tío Félix sintió a Magdalena como suya. Se sintió correspondido y aceptado. Creyó firmemente en una respuesta total a su soñado asedio. Todo aquello puso a sus sentidos tan despiertos, a su carne tan en pie, que no sólo creyó en el éxito de su empresa, sino que, al no tener a Magdalena a mano, al no encontrar, cuando la tenía cerca, la respuesta no ya esperada sino conseguida en su imaginación, convirtió a la desgarbada, infeliz y falta de amor, Maruja, en su objeto de deseo. El tío Félix -y eso se podría jurar- dejó de ver la realidad de Maruja y la revistió de la imagen, inexistente, de una Magdalena rendida de amor. En algo acertó, sin embargo; Maruja sí estaba rendida.

Maruja nunca había sido amada ni deseada, ni nunca, tampoco, había amado o deseado. No se le había pasado por las mientes que existe ese tirón de estómago que muchos conocen por el nombre de

deseo. Los hombres que la habían rodeado, clientes de la tía Lorenza, pasaron por su lado como si ella fuera una consola y ella misma se había vuelto un mueble a fuerza de causar esa impresión.

Con el tío Félix, todo fuego encendido en honor de otra, ella se sintió paja dispuesta a arder en lugar de Magdalena. Todo empezó, como muchas veces empiezan estas cosas; gracias, Maruja, que mira que es triste mi situación, que don Félix no se deje abrumar que está usted muy solo y eso no es bueno, que yo confío en ti, mujer, que yo le comprendo, don Félix...

Maruja descubrió en sí misma una capacidad para la pasión insospechada, una variedad y riqueza en la expresión y comunicación carnales que nunca hubiera creído posibles. El tío Félix, por su parte, halló en el cuerpo de Maruja las respuestas imaginadas en Magdalena y que ésta por su carácter soñador, por su edad, por cómo había considerado siempre al tío, no estaba en condiciones de dar.

Los encuentros, en las tardes perdidas, se hicieron frecuentes, sistemáticos, pero no rutinarios. Maruja era capaz, aunque pareciera impensable, de sorprender al más experto de los amantes. A poco, esos encuentros se extendieron a las noches y se podría decir -sin faltar a la verdad- que Maruja sólo desahacía su cama para volverla a hacer inmediatamente y que la tía no sospechara, porque se había pasado con todos sus pertrechos a la habitación del tío Félix.

No paró la cosa en los asaltos sobre el colchón, empezaron a

salir juntos a la calle. Primero los encuentros parecían casuales; el tío la ayudaba a llevar las bolsas de la compra o la acompañaba, de noche, a la farmacia de guardia a comprar el jarabe para la tos de la tía Lorenza, porque no debe usted andar de noche sola por ahí.

Se empezaron, poco después, a planear meriendas en algún salón de té o la ida a ver una película de moda y excursiones a bañarse en alguna playa, a conocer unas minas o a ver un bosque. De este modo, el tío Félix y Maruja se comportaban en la calle como una pareja de novios corriente, únicamente el aspecto de cada uno de los integrantes de la pareja evitaba que nadie pudiera llegar a la conclusión de que algo había entre ellos parecido a un noviazgo o algo más. Las hechuras picudas de él, la calvicie mal disimulada y el amaneramiento de sus tintes y afeites junto a los ojos medio ciegos y la falta de gracia generales o particulares de Maruja hacían que a nadie se le pasara por las mientes que allí Eros tenía algo que hacer.

Las vueltas del tío Félix al hogar de los Acero-Cervera se espaciaron. La atadura de Maruja-Magdalena se volvió firme y sólida. Ella era la única que le veía los méritos inexistentes al tío, ella era la sola en ver los posibles éxitos financieros de aquella calamidad de hombre, torcido desde la infancia por las ambiciones frustradas de la abuela Feliciano Bonilla.

No existía entre ellos ninguna posibilidad de comprensión, pero las frustraciones de uno y otra crearon un lazo más firme que cualquier pasión o que el amor más generoso. Desde su

infierno particular, asumido, se contemplaron como ángeles del paraíso, nacidos para darse la gloria uno a otro. Maruja, porque nunca había soñado con ser amada. Félix, porque ponía en Maruja el rostro de Magdalena y de la fortuna recuperada, y ambos, porque al roce de sus cuerpos, habían descubierto el mundo de los sentidos y la pasión, el tironeo del estómago y el escozor de la piel que los envolvía sin que, hasta entonces, hubieran tenido conciencia de que ello pudiera ser.

5

Los vapores del baño escapaban por la ventana abierta, mezclados al perfume del jabón, la colonia y las cremas con que, sucesivamente, Magdalena se había ido ungiendo en aquel largo ritual de purificación antes de vestirse. Sus ensoñaciones cesaron por un momento, porque delinearse la curva de las pestañas con el lápiz de carbón era una tarea delicada que exigía una alta atención y cuidado. Del nuevo ensimismamiento para lograr un maquillaje perfecto la sacó la chicharra del timbre de la puerta.

Pasos apresurados, voces y carreras por el pasillo, la conminaron a salir del baño. Niña, la modista ya está aquí, es hora de vestirse.

Frente al espejo del armario de luna, en el cuarto de su madre, Magdalena vio cómo se deslizaban de sus hombros a los tobillos la blanca enagua bordada y el vestido de volantes en el escote, con sus calados haciendo flores y la pequeña cola fruncida, marcando una línea suavemente sinuosa desde su nuca, enmarcada por unos ricillos rebeldes desprendidos del moño, que pasaba por la espalda, la delgada cintura, las nalgas y se alejaba a unos palmos de sus talones, derramándose por el suelo.

Con los brazos en cruz no perfecta; los codos ligeramente arqueados y llevando en ellos enredada una fina mantilla de blonda, como si fuera una estatuilla oferente hallada en una tumba antigua, apareció en la habitación la madre de Magdalena.

Rápidos los movimientos, expertos, breves los toques de alfiler con cabeza de nácar, la modista colocó la mantilla en lo alto del moño de Magdalena Acero; la imagen del espejo quedó completa. Los murmullos con voces entrecortadas por suspiros y gemidos que presagiaban lágrimas se quedaron flotando en la habitación, resumidos en una sola frase unánime: ¡Hija! qué novia tan guapa.

Magdalena se vio a sí misma reflejada en el cristal de azogue y convertida, en verdad, en una preciosa novia tocada de mantilla con un cierto aire lánguido, decadente, como de estampa vieja, de grabado antiguo, pero viva y hermosa. Se asombró y pensó "sobresaliente, estás divina".

Sin embargo, el reflejo de la joven y atractiva novia cedió el paso a otra novia triste, miope, abultada y vergonzante. Tío Félix estaba junto a aquella nueva imagen. Tío Félix que volvía de nuevo a invadir la imaginación de Magdalena quien, a lo largo de toda la tarde, lo había estado rechazando sin éxito y tornando a sentir la perplejidad, el asco, el desconcierto y el odio profundo que la sola remembranza de aquel hombre le producían.

Su cara de novia se volvió ausente, la habitación y el parloteo de la modista y de su madre desaparecieron en un plano lejano y los últimos meses de convivencia con el tío Félix se desplegaron ante ella como un largo estandarte que se estremece al viento, mostrando sus dibujos y aguas entrecortados o desfigurados por el capricho de las ráfagas.

Tío Félix, como sin darse cuenta, había iniciado el cortejo de Maruja con todas aquellas salidas, paseos y meriendas campestres. Aquella mujer nunca querida y sentida por su tía y por el resto de los huéspedes de la casa como un cachivache renació un poco. La abnegación que había dedicado a tareas nunca gratificadas la volcó en el tío y éste, sumido en sus fantasías alimentadas por las cartas programáticas de la abuela Feliciano, se sintió halagado y, al fin, comprendido por alguien. De los inocentes paseos y las charlas insulsas, pasaron sin darse cuenta a las miradas y los roces aparentemente involuntarios.

Una tarde en que el tío había regresado agotado de sus incesantes e infructuosas correrías para lograr una rápida fortuna y estaba echado boca arriba en la cama, con los ojos perdidos en el techo, Maruja empujó la puerta. Cuando creía que el tío Félix no estaba en la casa y pensaba que nadie la sorprendería, Maruja solía colarse en la habitación, abría el armario y olía con pasión la ropa del tío, pasaba sus dedos por la ropa interior, acariciaba como se acaricia la tibia piel de un bebé la seda de las camisas o las corbatas, estiraba los calcetines y ponía su propio pie sobre ellos como midiéndolos, se abrazaba y envolvía en el batín del tío Félix y, agarrando una de las mangas de las americanas, iniciaba unos pasos de baile. Mientras desempeñaba todo este ritual, su cara se transformaba y una mueca de felicidad mal expresada la iluminaba, haciéndola parecer menos miope y desgarbada.

Al abrir la puerta, Maruja vio el bulto del tío sobre la

cama. Su primera intención fue retroceder. El tío se fingió dormido y ella, creyéndolo así y sin poder resistir la magnífica ocasión que se le brindaba de contemplar a su amado sin que él se diera cuenta, se fue acercando, hasta quedarse parada a los pies de la cama. Sus ojos recorrían enamorados los agudos perfiles del cuerpo del hombre, desmadejado en el lecho. Desde el cráneo cubierto de piel viscosa y salpicada aquí y allá de cabello lacio y enfermizo, hasta los largos dedos de los pies con sus uñas planas y demasiado crecidas, no componía aquel cuerpo el espectáculo de un tipo hermoso, viril, bien proporcionado, sino todo lo contrario. Pero Maruja veía en él todas las delicias con las que jamás se atrevió a soñar declaradamente. Convencida de que el tío dormía un profundo sueño, dejó los pies de la cama y se fue aproximando hacia la cabecera, para mejor mirar el rostro del durmiente. Sabiéndola más cerca, el tío cambió de postura y se colocó de costado. Maruja entendió aquel movimiento del hombre dormido como una invitación y, antes de llegar a formularlo así en su cerebro, se descalzó y se tendió a su lado. La imagen del rostro de aquel hombre se hizo borrosa pues de tan cerca lo miraba. Sintió el soplo de su aliento bañar su cara y su boca y la abrió como para tragarlo. Poco a poco, lentamente, las manos, los pies, las piernas, los labios de ambos se fueron acercando. Se unieron, primero, en un roce imperceptible casi, luego, el contacto se fue haciendo más firme hasta terminar en un abrazo estrecho y apasionado. Se tantearon, se aproximaron y rechazaron como

buscándose pero con miedo de hallarse. Nada se dijeron; ni promesas de amor eterno ni esas delicadezas que suelen emplear uno con otro los enamorados y que, fuera de sus bocas y de la ocasión, resultan absurdas o ridículas.

Aquel amor por sorpresa y el descubrimiento del fuego escondido en sus cuerpos crearon una especie de complicidad entre ambos que terminó por aunar soledades; quién sabe cuántas imágenes y fantasías vanas tomaron cuerpo componiendo una a modo de realidad en medio de los forcejeos eróticos de aquella tarde.

Tras un par de meses largos de casi total ausencia, el tío Félix regresó a la casa con un cierto aire huidizo en el que casi nadie reparó, sólo Candelaria le comentó a la niña: Para mí que su tío ha vuelto a hacer una barrabasada. Al tiempo si no se presenta aquí la policía buscándolo por traficar con rabos de lagartija o vaya a saber qué, como la otra vez.

La policía no apareció, pero el tío Félix se encerraba en el despacho del padre de Magdalena y sostenía largas disputas, en voz muy baja, por teléfono con alguien que, desde el otro lado, parecía reclamar por algo. Cuando no se encerraba en el despacho, lo hacía en su cuarto y sólo asomaba a las horas de comer y cenar o salía apresuradamente cuando presentía que era la hora de llegada del Correo.

Magdalena estaba intrigada por la actitud del tío Félix, no sólo por las conferencias y la actividad epistolar que desplegaba, sino porque, sobre todo, había dejado de perseguirla; ya no la cortejaba, ni le lanzaba frases de doble sentido, ni hacía

nada por encontrarse a solas con ella o invitarla a pasear. Azuzada también por los comentarios de Candelaria; ya verá usted, como no anden listos su padre y su madre, su tío los va a meter en otro enredo. Alguna trapacería trama ese hombre. Demasiado suave está. Alguna pifia ha hecho, que la Virgen nos ampare cuando se destape. Me huele a escándalo y no me diga que no, que ha cambiado, que igual se está volviendo persona, que yo soy perro viejo y estas cosas las huelo de lejos. Ese tío suyo la ha hecho y bien gorda.

Magdalena se encontró, como en aquellos otros días en que el tío Félix le revolvía los cajones, espiándolo con el corazón palpitante, acechando el instante en que el tío se iba a la calle, para intentar encontrar alguna pista que confirmase las sospechas de Candelaria. No encontraba nada, aunque pasaba una a una las páginas de los libros, rebuscaba en los bolsillos de las americanas y los pantalones, debajo del colchón, en la papelería. El tío, desgraciadamente, dejaba los cajones de su mesa con la llave echada, seguro que allí estaban las pruebas, pero no había modo de llegar a ellas.

Magdalena se sentía culpable de aquel espionaje. Tenía la sensación de llevar una doble vida; ser una niña inocente -la ojos bonitos de siempre, haciendo las cosas de siempre- y, por otro lado, en aquel juego de policías y ladrones, aunque militaba en el bando de los primeros le parecía ser una delincuente, como si ella misma hubiera encaminado al tío por el sendero del mal.

Los mecanismos de la mente humana son extraños. Años después, más de una vez Magdalena se había repetido si no hubiera sido mejor para todos que ella hubiera correspondido al afecto del tío Félix. De haber sucedido así, se decía, las cosas hubieran sido más amables y la vida habría discurrido por un cauce menos sinuoso. Al llegar a este punto de sus reflexiones, algo del viejo instinto le hacía sacudir la cabeza y decir muy bajito ¡no! y seguir con su vida, pero un poso de culpabilidad le reflotaba en el fondo del alma.

Estaba preocupada por la presencia ausente del tío, pero cada vez veía más imposible lograr nada y como la espera se hacía larga, las pruebas no se encontraban y los niños no mantienen la atención demasiado tiempo prendida en una misma cosa, Magdalena, con la excusa de un trabajo de geografía, que le llevó casi un mes, no volvió a fisgar en los escondrijos del tío.

Capítulo V

Una hermana tenemos, pequeñita:

aún no le han crecido los pechos. ¿Qué haremos cuando vengan a pedirnosla? (Cantar de los Cantares 8,8)

1

Como una mano engarfiada en la garganta. Ahogo, angustia, sofoco. Luego, un dolor agudo en la boca del estómago. Me muero, pensó. Todo está oscuro. No se oye nada, quizá un ladrido lejano. Las sombras están tomando volumen. Hay algo que sale por la puerta entreabierta del armario. Parece una silueta de hombre. Después, un pez gigante o un buey. ¿Qué me pasa? Otra vez el ahogo. Se me está parando el corazón, pero si soy capaz de contarme los latidos es que no estoy muerta aún. Me ahogo, pero me ahogo de miedo; ¡eso es! Tengo miedo. Que alguien me saque de aquí. Que me rescaten. Que me lleven a un lugar donde haya luz. Todo, todo en un segundo; un segundo eterno, hasta sacar los pies calientes de debajo de las sábanas, tantear en la oscuridad dónde quedaron las zapatillas. Me las calzo. Se las calza y se va a tuestas hasta el sofá del salón. Allí enciende un pitillo y, a la lumbre del cigarro, los perfiles de los

muebles se van dibujando levemente, desperezándose sus sombras de la sombra total. La luz de un farol lejano entra desviada por el ventanal. Los ojos se le empiezan a habituar a la penumbra y comienzan a ver. El cigarrillo se consume lentamente. El ahogo va desapareciendo. La mano que atenazaba la garganta relaja el lazo y ella ya respira rítmicamente, suavemente, sin agobio, sin dolor. Otro ataque de pánico. Está demasiado cansada y piensa, es que trabajo demasiado para no perder mi empleo. Quiero seguir allí. No debí meterme en ello, pero ya que estoy, ya que he invertido tiempo y esfuerzo, quiero seguir ahí. Tener un futuro estable. Si pasan más años y sigo con un contrato inestable, seré una fracasada. Yo no quería dedicarme a eso, pero ahora sería peor aún no continuar en ello. Es lo único que sé hacer. Tengo miedo de perderlo. Por eso me duele el estómago. Los nervios. Se me pasará en cuanto me estabilice.

Y hoy eran los terrores nocturnos y mañana la migraña, pasado la comida que me cayó mal y tengo las tripas revueltas. Demasiadas enfermedades en un año y al fin la estabilidad. Un trabajo fijo. Se acordaba de "no se puede trabajar para el Estado, es una esclavitud y no se sale de pobre" ¡Bienvenidas la esclavitud y la pobreza! Ahora está en su lugar, no más migrañas ni más pánicos. Ahora las comidas me caerán bien. No importa que no tenga espíritu aventurero, que no sea capaz de emigrar. No hay mundos nuevos ni tierras de promisión; el Estado es la tierra de leche y miel. Aquí me quedo. La independencia económica, una cuerda corta, pero mi cuerda. Mi libertad. Es usted muy

nerviosa, señora. Lo sé, pero ya ve, muchas dificultades. Sí, todo está bien ahora. No más depender, no más mendigar, no más sentirse manirrota con el dinero ajeno.

Muchas noches de no dormir por el dolor de cabeza, por el terror, por el dolor de tripas y levantarse corriendo al baño con vomitonas o cagaleras. Se acabaron. Se le acabaron por un tiempo en el que el cuerpo se le volvió de corcho, de algodón, como si no tuviera huesos. ¿Sería la felicidad? Tiempo después, oyó a un hombre sabio decir: ¿No han sentido ustedes nunca al cuerpo como si fuera de madera? Es esa edad, ese momento, en que uno ya no se pregunta nada. Ya no se tienen fuerzas para preguntar. Gracias a Dios ella salió de esa situación -digo, del corcho, el algodón, la madera- salió bien o mal no se sabe, porque se preguntaba si aquello era la felicidad y notaba que, si era así, no le gustaba ser feliz. Claro que tal vez era porque nunca había sido feliz, pero, ¿se puede?

A pesar de todo, debe haber un problema físico. Se operó. Antes de entrar en el quirófano su gran preocupación, la de Magdalena, era y éstos que hablan con la anestesia, como los sonámbulos y siempre hay alguien que se aprovecha y les sonsaca, como si estuvieran bajo los efectos del suero de la verdad, y si yo soy de éstos. Tengo que mentalizarme. Que nadie abra la puerta sin mi permiso. No dejar salir nada y, sobre todo, no dejar a nadie entrar. Si se abre la puerta se cuelan Madre Salud, Isaque, la o, el tío Félix. Te pueden matar como a Roy. A la primera bocanada de anestesia y oxígeno: Me muero y los ojos de

Roy son los míos. Magdalena te mataron a ti a bastonazos. No, era un perro. Tú no eres un perro. Eres una mujer. No, soy una niña y quiero que me devuelvan mi perro.

¡Hija! qué fortaleza, cómo te repones. Ni un quejido. Siempre con la sonrisa puesta. Estás delgadísima, pero se te ve muy bien.

Sí, Magdalena se reponía bien. Todo había ido estupendamente. No podía deprimirse. Era una suerte que estuviera en buenas manos. Este era el momento de hacerlo y no había por qué esperar. Con razón estabas de tan mal humor. Porque lo estabas. Cuando uno se encuentra mal se le agria el carácter, decía doña Magdalena y no había más.

Magdalena pensó: "Ubi sunt qui sunt" -ya hemos llegado a donde íbamos-, y no supo por qué.

La niña era feliz, se estaba reponiendo pronto. Claro que una operación es un trauma y más ahora que todo le va tan bien; su casa, su trabajo, sus niños, su marido y esto, pero ya está. La niña, claro, todos estamos pendientes de ella. No vivimos más que para ella. No tiene más que motivos para estar contenta.

Como si el mundo se moviera por leyes ciegas. Unos seres estrellados y otros con estrella. Quien tiene suerte. Quien tiene a otros que trabajen para él. Nena, Magdalena, esto lo hacemos por ti. Tío Félix también le arregló la vida, le hizo un plan perfecto a seis años vista. Debí seguir aquel plan, después de todo. Pero, ¿cuál es mi deseo? ¡No! sólo no.

Cuando ya la convalecencia tocaba a su fin, por las noches,

Magdalena, boca arriba en la cama, miraba las rejas de la ventana y se veía a sí misma con una fuerza descomunal, torcía la reja y, por el hueco, salía volando. Se daba impulso con el pie en el alfeizar de la ventana y flotaba, flotaba sobre los tejados, bajo un cielo estrellado. Su amiga Luz decía que ella siempre había querido ser paloma, pero Magdalena volaba sin alas, flotaba en el aire sobre los tejados todas las noches, antes de dormirse y, por la mañana, cuando no le quedaba más remedio que enfrentar el día, lloraba un ratito: Jamás me deprimó. Lloro este rato, me desahogo y ¡hala! a ir haciendo. Si lo tenía todo, para qué torcer rejas y para qué lágrimas al amanecer. El empleo estable está aquí, los trozos de tripas que me hacían mal ya no están aquí. Esto es la felicidad, por fin. Claro que nunca se es del todo feliz.

Ya, por fin, entró en una rutina de dormir poco entre imaginaciones de volar y lágrimas; entre tanto, trabajar, ir y venir, a ratos divertirse y tiempo de pensar, poco. Aquello era la calma. La vida es así. Cumplir con lo que a uno le toca. Ser bueno: Buena nena, ojos bonitos. Pensaba Magdalena y lo apartaba de un manotazo. Decidió que el pasado está ahí, que las historias viejas eran historias de otros, que ella era la víctima de esas historias y que no tenía historia. El presente es lavarse los dientes, correr, comer y dormir, entre una lágrima y otra. El futuro no existe. No se puede hacer nada con él y cuando ya lo tienes es presente y el presente es un espacio entre una lágrima y otra.

Arreglando cajones encontró su mantilla de boda. Las historias de las que había volado, montada en la mantilla de boda como si fuera la alfombra mágica, se pusieron otra vez de pie. Recordó la calurosa tarde de julio en que aguardando la llegada de la modista había hecho repaso a todo aquello y como si de una novela a medio leer y largamente olvidada en un cajón se tratara, reemprendió, en el capítulo siguiente la lectura por las páginas de aquella historia como si -se hubiera cortado una mano para que- fuera ajena.

El teléfono lanzó un timbrazo semejante a un gemido ronco y agónico.

-Dígame, vaya se ha cortado la comunicación.

Vuelta al ronquido, otro y otro más. La madre de Magdalena alzó el auricular y repitió el dígame, esta vez de modo más enérgico que cortés. Pareciera que así el aparato no se atrevería a dejarla con la palabra en la boca. ¿Es usted la señora Acero? Sí, diga, diga, al aparato. Verá, soy Maruja, de la casa de huéspedes. Quisiera hablar con Don Félix. Pues, no está. Se fue de viaje no sé a dónde y no le puedo decir cuando regresará. Pero, si quiere dejar algún recado. Luego, un largo silencio. Magdalena pasaba por delante del despacho, en ese momento, y sin saber por qué se detuvo ante la puerta. Se me están pegando los vicios del tío; escuchar detrás de las puertas. Algo más fuerte que ella la clavó allí. Podría ser el largo silencio de su madre con el auricular incrustado en la oreja, quizá el silencio suponía un interminable recado que venía por el cable telefónico, dicho con lágrimas y apresuramiento, con vergüenza, con angustia, pero sin resquicios al olvido de una sola palabra del mensaje.

Por fin, la madre de Magdalena empezó a articular entrecortados diosmío, nomediga, porfavor, comoesposible, nodude,

pierdacidad, nosotros, nuestra familia, tranquilices hija. A intervalos breves se repetían aquellas extrañas locuciones de dos en dos, sueltas o cruzadas en el orden y aquella peculiar conversación parecía no tener fin. Luego, clac. Un golpe seco que indicaba que la comunicación había sido cortada. Nadie rebullía. Magdalena inició la retirada y, cuando ya estaba a la altura del recibidor, una tromba enloquecida y vociferante pasó a su lado sin prestarle atención. Doña Magdalena con los pies que no le tocaban al suelo, llamando a gritos, Jorge, Jorge, pasó de largo. Se encerró con su marido en el dormitorio. Se oían unas voces más altas que otras. Magdalena se fue al cuarto de la plancha. Candelaria ya no estaba en la casa. Estaba en Francia -el París de la Francia, que decía ella y su Francisco se acababa de caer por la ventana y Magdalena no lo sabía-, pero ella tenía que hablar con alguien y en el cuarto de plancha flotaba aún el aroma de Candelaria y la niña oyó su voz que decía: Lo que yo barruntaba, niña, su tío la ha hecho de a medio. La ha cagado seguro y ésta se va a saber hasta en la China.

Después de los contactos epistolares misteriosos del tío y las llamadas telefónicas aún más misteriosas, el tío había desaparecido. Nadie se preocupó demasiado, porque se iba con frecuencia, nadie sabía muy bien a qué, y porque en esos días fue cuando Candelaria anunció su viaje y todo se puso patas arriba. Doña Magdalena como loca buscando cocinera, pero, por Dios, cómo nos hace usted esto. La ausencia del tío en jornadas tan complicadas era, por otro lado, una bendición. Tres meses

después, el tío seguía sin dar señales de vida, pero ellos seguían sin alterarse, bastante terrible es que llevamos ya cuatro cocineras y la que no es porque se quiere casar y llena de sal todo lo que toca, por la que no le cunden los filetes y los dos kilos se le quedan en tres cuartos. ¡Madre mía! qué ventolera le daría a Candelaria, con lo mal que está encontrar cocineras.

Y justo, justo, mientras el matrimonio Acero-Cervera se gritaba encerrado en el dormitorio, tras la llamada, otra llamada al timbre de la puerta obligó a Magdalena a dejar su refugio en el cuarto de la plancha y acudir para abrir la puerta principal. Niña, ¿están tus papás? Diles que de parte del comisario Torres.

Los dos hombres, el comisario Torres y otro señor, pasaron, a indicación de Magdalena, al despacho. Don Jorge y doña Magdalena mantuvieron con ellos una entrevista bastante larga de la que Magdalena pescó frases como hay días que uno no debería levantarse, este primo mío me va a matar, yo les aseguro a ustedes que nosotros no teníamos ni idea y muchos diosmíos, descuidenustedes, faltariamás, ustedescumplenconsuobligación.

Magdalena vagó por la casa como un alma en pena. No entendía nada. Cada vez que se encontraba por el pasillo -ella procuraba hacerse la encontradiza, para ver de enterarse de algo- con su padre o su madre, el uno o la otra la miraban como si fuera una aparecida y la abrazaban y la besaban con un ¡ay Dios mío! pero no soltaban prenda.

Se sentía como un mueble. Si al menos hubiera tenido cerca a Candelaria, ella le habría dicho algo, se habría enterado de lo que pasaba, habría entrado a llevar un café y, luego, le habría transmitido -interpretada o censurada- pero transmitido la conversación de los mayores.

Doña Magdalena hizo una maleta con parte de la ropa del tío Félix y don Jorge la metió en el coche y desapareció con ella. La cena, los tres a la mesa, transcurrió en un silencio tenso, sólo interrumpido a veces por la madre de Magdalena que iniciaba frases como si hubiéramos sabido... que quedaban cortadas por la mirada penetrante del padre, mientras Magdalena contemplaba aquellos juegos de los mayores sin comprender nada, sintiéndose excluida y como engañada.

Dos semanas después reapareció el tío Félix con la maleta, que don Jorge le debía haber llevado, en la mano. Parecía más picudo que nunca, con el pelo de varios colores, más ralo y más pegado a su cérea piel, con la mirada más huidiza y la voz punzante convertida en un susurro ronco y apagado. Se le veía derrotado, arrugado y quebradizo. Magdalena pensó que desde luego era un Valverde; la sangre de Gertruditas no era tan horchata como parecía y había dejado un rastro claro.

La vuelta del tío no mejoró la situación de marginación de Magdalena. Ahora eran los tres mayores los que iban cada poco a la capital, los que se encerraban en el despacho a escribir misteriosas cartas y a hacer aún más misteriosas llamadas telefónicas. La niña, casi una moza, se entretenía como podía

devorando novelas y libros de poemas y escribiendo versos a escondidas para no enseñárselos jamás a nadie. Tantos misterios de los demás de los que no podía participar y tanto tiempo ocultando sus cartas y diarios a la vista del tío le habían dejado el hábito de lo furtivo, el placer de lo oculto, el gusto por una especie de intimidad celosa y morbosa. Tenía la experiencia amarga de que todo aquello que creyó suyo, en algún momento, alguien se lo había transitado, destripado y husmeado, de manera que buscaba con ardor soledades, que en realidad tenía, para crearse un mundo propio que mantenía ferozmente velado a cualquier mirada. Sentía placer en escribir versos y luego quemar el papel y aventar las cenizas para que no quedara ni rastro y, ahora, poseía todas las soledades del mundo para sí, para escribir versos incendiarios sobre amores soñados o perdidos y hacerlos arder después, como antes, pues mientras los escribía, ardían por sí solos.

El tío, después de los viajes con sus primos y de las llamadas telefónicas, volvió a desaparecer. Una buena mañana, al tiempo que don Jorge se iba con el tío en el coche para luego regresar solo, los ayes y jaculatorias de doña Magdalena se desataron con mayor fuerza. La niña agotada por el silencio y la indiferencia de los demás, se armó de valor y le preguntó a su madre quien, entre recomendaciones como los trapos sucios se lavan en casa o de esto ni media a nadie, que está en juego la dignidad de la familia, fue contando más o menos ordenadamente qué pasaba y a qué se debían tanto trajín y tanto lamento.

La llamada de Maruja, aquella Maruja-Magdalena en la que el tío Félix había dejado escapar su pasión, era para avisar de que el tío iba a ser padre. Sus efusiones habían dado fruto, por lo visto y además el tío, ¡Dios mio! ya lo sabía y le había recomendado que abortara, porque él aún no podía con sus ingresos garantizar la estabilidad de una familia. Maruja anduvo los pasos en esa dirección, fiada como estaba en las palabras y el cariño de su don Félix, porque ya tendremos tiempo de tener otros, pero ahora es muy mal momento, tendría que pedir prestado a mis primos y no quiero, pero no encontré o no quiso encontrar quien la ayudara a dar solución definitiva a su situación. Doña Magdalena opinaba entre los suspiros y la narración de la historia que seguro que esa chica ha pensado que era su única manera de pescar marido, tú todavía no entiendes de estas cosas demasiado, hija, pero hay gente que hace esto, que está muy mal. El caso es que Maruja está ya de cuatro meses largos y el médico le aconseja, encima, hacer reposo y cuidarse porque no tiene una edad buena para ser primeriza. Total que nada, hija, un desastre, el tío tiene que casarse con ella rápido, porque en nuestra familia la gente ha sido siempre gente de bien y de orden, no de ésos que hoy se juntan y mañana se separan y si te he visto no me acuerdo.

Por un momento Magdalena pensó que su madre le estaba diciendo que ella se tenía que casar con el tío y adoptar al hijo de Maruja, luego comprendió a qué se refería su madre con aquello de reparar la situación, de todos modos pensaba que ya

no se podía reparar mucho porque, lo hecho, hecho estaba, o ¿es que algo así se puede recomponer y dejar como estaba antes? Magdalena se reía ahora de lo infeliz que era y lo simple quince años atrás, con esa forma suya de entender las frase al pie de la letra, engañándose de aquel modo tan tonto a sí misma.

Para colmo de desgracias y por si lo del niño era poco, el tío Félix se había metido en negocios sucios con aquel Garcés, con quien ya tenía una vieja sociedad. De los licores, pasaron a las armas y de las armas a las drogas. El tío era sólo un esbirro, un traficante de medio pelo, que lo único que hacía era ir de correveidile de un lado para otro y servir de coartada. Era el que hacía los contactos con policías y carabineros fáciles de comprar y el inspector Torres, investigando el comportamiento de sus hombres, había tirado de un hilo que le llevó a una madeja que no esperaba. Dio con el tío, desde el tío, dio con Garcés y por éste dio con toda una trama bien montada que tenía su cabecera en el sur del país. Aunque el tío era una pieza menor y, al principio, lo habían podido sacar de la cárcel -ah, la maleta, pensó Magdalena- luego, tuvo que ingresar de nuevo. Don Jorge estaba haciendo todo lo que podía por aquel insensato, pero se había metido en un lío muy gordo. Claro que hay que conseguir que ese desgraciado de tu primo salga pronto de la cárcel y no tenga que volver a ella, para que pueda entrar en la cárcel del matrimonio con esa necia que cree que ha pescado a un señorito, decía don Jorge.

Magdalena no supo nunca los detalles por los que el asunto se

había resuelto. Volvió a recordar su propia imagen, vestida de novia, reflejada en el espejo y aquella otra de Maruja el día de su boda con el tío Félix. Recordó la sensación que entonces tuvo y que se parecía mucho a los celos por un amante que ha sido infiel, mezclada a una especie de ternura particular hacia aquel hombre que había seguido el difícil, torpe y desviado camino de la delincuencia (estas frases las apuntó en su diario copiándolas de las novelas que leía) por amor a ella, para medrar rápido y hacerla su esposa con todos los honores y no como un cazadotes.

Allí se empezó a acabar la infancia, lo que Magdalena llamaba la pérdida de la inocencia. La inocencia no la había perdido, había perdido a sus héroes infatigables, a aquellos padre y madre fabricados con sus propias manos, convertidos en un hombre y una mujer de provecho, incansables en luchar por la vida que, de repente, se cayeron de su pedestal y se quedaron a sus pies como dos figurillas rotas, desmadejados a los pies de la estimación de Magdalena. Todo fue tan brusco que ella no pudo reconstruirlos nunca más. Un día aparecieron a sus ojos como aquella muñeca de cartón que se le cayó al estanque de una fuente y se deshizo mostrando sus entretelas reblandecidas y grisáceas, en el lugar donde antes brillaban unos preciosos ojos azules de cristal y unos sonrosados mofletes.

Magdalena se había quedado sin héroes, en un momento en el que no podía aceptar que los padres no fueran la imagen de Dios en la tierra, pero un poco menos. Como no podía amar a aquellos

seres degradados, simplemente humanos, como necesitaba soltar el fuego de su corazón apasionado, odió al tío Félix por machacarle sus dioses y dejarla sin mitos, por perseguirla diciendo que la amaba y dejarla por otra. Puso todo su afán, todo el calor y energía que ese odio le daba en buscar el modo de huir de allí. Alejarse de los ídolos resquebrajados, pero a hurtadillas de aquel sentimiento para que nadie lo supiera. Tanto había guardado sus cartas y sus inquietudes, sus preguntas se habían quedado tan sin respuesta, había pasado años no teniendo a nadie -salvo a Candelaria- a quien contarle sus sueños, que había recurrido al papel y, al mismo tiempo, había adquirido el hábito de mostrar una franqueza exterior que ocultaba perfectamente sus verdaderos sentimientos. Por otra parte, tantas veces había oído frases como las señoritas no hacen esto o aquello, siempre referida a cosas como las pasiones, el exceso de entusiasmo, la vehemencia no son de buena educación, que a fuerza de ahogar cualquier impulso ya no sabía dónde estaban la mengua y dónde el exceso, por eso no supo huir una verdadera huida. Salir dando un portazo no valía, porque al tiempo de huir, también había que quedarse, para no hundirse en la más absoluta soledad.

Doña Magdalena despabiló a su hija temprano. La fecha había sido fijada y quedaban aún muchas cosas por disponer. Dos días antes, el tío Félix había traído a casa a su prometida y a su tía doña Lorenza. Fue una "cena en familia" de éstas en las que se conciertan todos los detalles de las bodas, se intercambian los regalos de compromiso y cada uno de los responsables por parte de los futuros contrayentes se obliga a pagar esto o aquello, ofrece tal o cual y se compromete a no invitar a más de tantas o cuantas personas. En este caso, había una serie de pequeñas variaciones respecto al protocolo. Doña Magdalena y doña Lorenza suspiraban y se quitaban la palabra de la boca para hacer gala de la honestidad de sus respectivas familias y para jurar que algo así no había ocurrido nunca. Mientras, Maruja miraba fijamente al salero y el tío Félix hurgaba en su plato como buscando alguna vianda dotada de pies y vida propia que se negase a ser pinchada con el tenedor. La niña miraba con interés a Maruja y le sonreía si conseguía apartarle la mirada del salero. La miraba con tanta fijeza que, a pesar de la sonrisa, hacía que Maruja se sintiera tanto más incómoda por la mirada de la niña que por la conversación de las otras dos mujeres, acerca del honor familiar que ella, por vez primera, había quebrantado. Magdalena estaba intrigada con la delgadez de Maruja. Como nunca

antes la había visto, no sabía cuán desgarbada y flaca era aquella mujer, de modo que no podía apreciar en cuánto se había redondeado su figura por el embarazo. Una idea le pasó por la cabeza, apoyada en una frase de su madre; muchas incluso fingían estar embarazadas para forzar la boda y, luego, cuando ya no tiene remedio, se descubre el pastel. No era un buen método, pero se había ensayado mucho con éxito o por lo menos con el resultado inmediato que se consideraba un éxito. Magdalena tuvo la tentación de engolfarse en la impresión de que Maruja había urdido aquella estratagema, aún pasando por la vergüenza de manchar un honor sin tacha de dos familias, para pescar al tío, a esa idea se mezclaban los extraños celos de que aquella mujer le había quitado un pretendiente fiel, lo cual la amargaba un tanto, pero por otro lado, le evitaba caer en los brazos de un hombre que no le gustó nada, a pesar de haberlo esperado con tanta ilusión, porque no se parecía en nada a los que poblaban sus sueños y sus versos adolescentes y terminó sintiendo un gran alivio. Además, yo le odio, le odio porque ha pretendido organizar mi vida. Ella no sabía, entonces, que no era el futuro lo que el tío había comprometido o podía comprometer, eran las viejas historias y sus protagonistas a los que el tío había descabezado, privándola de su pasado, de la vivencia y del recuerdo amable de su infancia.

La mañana fue muy ajetreada; de la iglesia de hablar con el arcipreste y concertar la boda para las ocho de la mañana -una hora discretita, dadas las circunstancias- al restaurante donde

se va a celebrar el almuerzo -va a parecer una comunión, en vez de una boda, pero las cosas son como son- eso sí lejos de la ciudad, a las afueras y, a esas horas, abrimos sólo por usted, señora, porque no tenemos costumbre, pero ya su padre de usted era cliente y siendo para su primo. Si es que por la tarde se vuelven a América, mi primo tiene allí los negocios y, claro, ahora ya casado, tiene que disponer allá muchas cosas. Después a la modista, junto con Maruja; pues habrá que ponerle un talle alto, imperio, y la falda al biés con un drapeado así, que parezca a cosa hecha y no, descuide, que no se notará nada, podría casarse a las doce, porque nadie se daría cuenta de que la novia, en fin, usted ya me entiende. Y la Maruja con los ojos fijos en el acerico de bola que la modista había puesto a sus pies para ir prendiendo el redondeado del dobladillo. ¿Le pongo unos plomos? que esta tela, para que no se pegue y el fruncido del biés se quede sueltecillo, tiene poca caída. Haga lo que mejor sea, ya sabe que me fío de su gusto y su conocimiento.

Así quedó todo comprometido y llegó el día. Don Jorge daba el brazo a la novia y doña Magdalena a su primo, el tío Félix. La mañana había amanecido encapotada. Un cielo gris plomizo impedía al sol asomarse y el viento, racheado, amenazaba una tormenta fugaz, de esas que empiezan con unos cuantos truenos y unos gordos goterones de lluvia -del tamaño de cinco duros de los de antes- para, luego, resolverse en una lluvia casi tropical que el viento, arreciando, empuja y zarandea de modo que no hay con qué ni dónde guarecerse. Al poco, cuando ya parece que va a

anegarse el mundo en un diluvio sin Noé, el fuerte viento se lleva las nubes de golpe, luce el sol y el cielo se vuelve añil y radiante. Es como si amaneciera un nuevo día sobre una tierra nueva y las plantas y el polvo huelen a lluvia y a toda clase de aromas.

A la llegada de la novia a la puerta de la iglesia de San Antonio, una ermita en lo alto del monte que domina la ciudad, ese fenómeno no se había producido aún y el pobre cortejo, la deslucida novia, a pesar del drapeado y las habilidades de la modista, y el picudo novio componían un cuadro más bien triste. El arcipreste, don Secundino, habló poco y atropelladamente, con tono de reconvención y como avergonzado, de los renuevos de la vid y de la viña fecunda y parecía que había en sus palabras un cierto retintín. No quedó muy claro si la fecundidad era una bendición o un castigo.

Magdalena, aburrída en aquella boda tan temprana, sin flores ni órgano ni alfombra roja ni señoras con sombreros extravagantes a las que mirar para entretenerse y con el sueño aún a medio despejar por el madrugón, se entretenía mirando a los santos de las capillitas, aunque ya no conseguía verles halos alrededor de la cabeza. En un momento en que se volvió, se sorprendió al ver, en los últimos bancos de la ermita, al comisario Torres y a otro señor desconocido.

El almuerzo tampoco fue muy animado. El que más comió fue el señor que acompañaba al comisario Torres. Era un hombre gordo, de piel grasienta y rostro congestivo, con un cuello tan ancho

como la cabeza que amenazaba con hacer saltar, de un momento a otro, el botón de la camisa. La corbata que llevaba, de nudo extremadamente pequeño, parecía una soga a punto de estrangularlo. Según engullía todo lo que caía en su plato, con movimientos rápidos y golosos como si temiera que alguien se lo arrebatara, recibía las miradas de reprobación del comisario Torres que parecía la antítesis de su compañero. Torres era de mediana estatura, ni grueso ni flaco, ni peludo ni lampiño, ni blanco ni moreno, no presentaba señas particulares -ahora, pensaba Magdalena, hubiera sido muy difícil hacerle un retrato robot- y comía llevándose a la boca bocados moderados y dejaba siempre algún resto en su plato, mientras el gordo dejaba el suyo reluciente como para devolverlo al platero de tan rebañado.

Magdalena no sabía muy bien por qué estos señores habían sido invitados, pero tal vez temían que el tío -en todas las familias hay algún pirata- se fugara.

Volvió a repetirse la escena del muelle. Aparcaron al pie del plátano. Un porteador se hizo cargo de los equipajes y, como si se rebobinara una película, caminaron hacia la escala. Magdalena quedó un paso detrás de los demás. Le hubiera gustado no estar en ese momento o ser invisible a voluntad. Se sintió besada por Maruja, aunque no fue tanto un beso como la sensación de que un pico de la montura de sus gafas se le incrustaba en un ojo. Se apartó y el beso fue al aire. El tío se acercó a ella, la miró de un modo extraño y le dijo, mientras se inclinaba a besarla: Bueno, morochita, hasta luego. Magdalena, en un acto reflejo,

alzó su mano derecha con la palma extendida y los dedos rígidos, poniéndola a la altura de sus ojos bonitos, y echó la cabeza hacia atrás. Al tío Félix no le quedó más remedio que tomar aquella manita con un movimiento fugaz. Estrechó la punta de los dedos y, como si le dieran calambre, retiró su mano y dio media vuelta en dirección a la escala del barco.

Magdalena tenía ante sus ojos, muchos años después, la imagen del barco que se llevó a la pareja rumbo a América. Era un gran barco de bandera griega, pintado de rojo inglés y con los fondos, hasta la línea de flotación, pintados de negro. El puente estaba altísimo y, a sus costados, se alzaban dos grandes chimeneas blancas, cruzadas por una banda de color azul. Sin embargo, no recordaba ni el lugar donde finalmente debían desembarcar Maruja y el tío Félix, ni tampoco el nombre del barco. Con firme propósito impidió a su memoria almacenar aquellos datos y jamás pudo recordar cómo se llamaba el barco, ni cómo se llamaba la ciudad donde vivía el tío Félix. Llevada de esta férrea decisión, en los años siguientes, nunca leyó las cartas que el tío enviaba, ni siquiera husmeó en los sobres, pues al reconocer la letra, hacía como que no los había visto.

El barco se fue desprendiendo del muelle, en un movimiento imperceptible que más producía la sensación de que era el muelle el que se alejaba del barco. Luego, con suavidad, fue virando y enfiló la proa hacia la bocana. Se fue alejando poco a poco, pasó junto a los guiños rojo-verde de señalización de la embocadura y salió a la mar aumentando la velocidad. El grupo

que despedía, comenzó a andar, al compás del barco, en dirección al final del malecón, pero el barco al final les ganó la carrera y virando hacia poniente se convirtió en un punto rojo móvil que se destacaba, primero del fondo gris plomizo del mar, para después mimetizarse con él y desaparecer. En esa media hora escasa que duró la despedida, hasta que el barco se confundió en la distancia, Magdalena se libró del tío Félix, quizá para siempre y se acabaron los tres años largos de convivencia con él. Los años más largos de la vida de Magdalena que aún no sabía cuánto podían dar de sí, porque la vida no se mide sólo por el calendario.

Poco después, la misma Magdalena se embarcaba rumbo a la metrópoli y entonces fue cuando, al hacer la mudanza y el embalaje de los muebles, rompió la fotografía del tío y conservó el marco como un símbolo de que allí, en el continente africano, en la tierra de promisión de don José, de doña Cati, doña Magdalena y don Jorge, Magdalena, la de los ojos bonitos, enterraba, destruía, arrasaba esos tres años largos y, con ellos, toda la infancia.

No se lo dijo a sí misma con palabras. Ni mucho menos lo comunicó a nadie, ni tampoco lo escribió en un papel. No hizo de ello una nueva historia; la enterró sin más. Como imágenes extraídas de un mal sueño quedaron ante sus ojos y volvían, de vez en cuando, sólo las óes de un cuaderno, los ojos de Roy y frases sueltas que resonaban en sus oídos como si alguien invisible y que caminaba a su lado las susurrara de forma incoherente y arbitraria. Por temporadas se hacían más frecuentes estas sensaciones y cesaban cuando, al fin, se desbordaban en una noche de sueño febril. Entonces, las imágenes y los sonidos que la asaltaban en sus vigiliass, como si fueran sacadas de una pesadilla, volvían a juntarse, a mezclarse, dislocadas, y a componer un nuevo mal sueño. Al despertar, lo recordaba vagamente, pero se sentía liberada de él y ya no volvía, por un tiempo, a ocuparse de ese asunto ni a verse asaltada por él.

El día de su boda fue cuando Magdalena rememoró, con detalle, todas aquellas cosas, junto con las historias recibidas, en un todo ordenado y, al menos, externamente coherente al que, a pesar de traerle a la memoria momentos que había intentado borrar o experiencias dolorosas, le pareció que, al fin, había conseguido encontrarle un sentido, un cierto método. Había

dotado a todo aquello de una forma histórica por la que comprender la vida y así hacerla suya de verdad en el punto de iniciar un nuevo capítulo, diferente, en el que los acontecimientos se irían encauzando, por fin, según los dictados de su voluntad.

Capítulo VI

Vladimir: ¿Qué? ¿Nos vamos?

Estragón: Vamos.

(No se mueven) Telón.

(Samuel Beckett, "Esperando a Godot")

1

El pasillo en penumbra. Se ha ido la luz. Como siempre. No hay modo, en cuanto empieza el frío enchufan las estufas y ¡zas! los plomos saltan. Todos los días la misma gaita. Un grupo. Bultos, voces que se atropellan. Un revuelo en el recodo del pasillo y una figura estática. ¿Eres nuevo? Alberto balanceó el cuerpo grandote como una barca. Más o menos, vengo de otro departamento. ¡Ah! y ¿qué tal? Ya veremos.

La luz volvió como a la orden de una llamada mágica. La silueta de Alberto se destacó del fondo de ladrillos. No era como una barca. Era como un castillo. Un castillo flotando a la deriva sobre un mar preñado de olas. Aquella fue la primera vez que le vio y quizá la única. A partir de aquel día, día de palabras inconexas, frases tópicas y sin gracia, la imagen de

Alberto entró en la cabeza de Magdalena y se vistió con ropas nuevas.

Probablemente nunca nadie llegue a saber cómo era Alberto. Todos conocían su historia. Era un hombre llano, directo, que llamaba a las cosas por su nombre y avisaba de sus intenciones en todo momento. Alguien sin doblez. Misterioso para Magdalena. Magdalena no entendía los discursos directos. Había comprendido en su literalidad demasiados para luego descubrir, siempre muy tarde, los engaños del lenguaje. No cabía otra posibilidad que la de rodear de misterio a Alberto para que pudiera formar parte de su mundo. Así fue como lo metió en su cabeza.

Tal vez Alberto tampoco era alto, ni grande, ni como un castillo. Tal vez era un señor bajito, lampiño, desmañado y acomplejado. Nadie o todo el mundo sabía cómo era Alberto, pero menos que nadie Magdalena.

A ratos Alberto era como la torre donde refugiarse. A ratos feroz como el viento. A instantes se volvía pequeñito, desvalido, y había que cuidar de él como de un enfermo. En algunos momentos era intransigente, intolerante, codicioso, avaro, impertinente y cruel; y, a la media hora, era un manso cordero, suave como una pluma, protector y condescendiente, sereno, inalterable, incansable, generoso, desprendido, fiel y amante, o tal vez todo al mismo tiempo. Sólo le importaba el sexo, las mujeres eran un objeto, delicioso, pero un objeto. Claro que las mujeres ponían la sal en el mundo, eran complicadas, inestables, histéricas, superficiales, celosas, obsesivas y mortificadoras,

bueno, casi todo el tiempo, qué haría un hombre sin una mujer, ellas tienen visión de la realidad, son a la vez soñadoras y prácticas, sensibles y eficaces. Saben de esas pequeñas cortesías que hacen la vida agradable y conocen el modo de tratar a la gente. Saben siempre qué es adecuado ponerse en la ocasión. Una mujer que te ama es una excelente ayuda. Te dirá qué es correcto y qué no lo es. Te avisará de tus manías y tus errores con cariño, con ternura, y te ayudará a ser mejor. Tienen sensibilidad para la literatura, se dan cuenta de si una cosa que has escrito se entiende o no. Te corrigen el estilo. Detrás de cada gran hombre hay una gran mujer. Claro que te amargan la vida con puñeterías, se empeñan en que vayas con ellas a sitios absurdos. Te obligan a tratar con gente que no te interesa. Te dicen que tú eres el centro de su vida y están pensando en comprarse unas medias. Sobre todo Alberto era la estabilidad. La seguridad. Alguien que no se contradecía jamás. Alguien con los pies bien asentados sobre la tierra. No más fantasías sobre la honra de la familia. No más guardar las apariencias. Saber en todo momento qué es la realidad y qué no lo es y cómo desenvolverse en ella. Nada de poesía, ni magia, ni ensueños. Músicas adolescentes, trasnochadas. Flores de papel. Cumplir con la obligación. Salir airoso de los trances, con la cabeza alta, con la sinceridad y la franqueza por delante.

Por fin, alguien con quien hablar y que te entiende. El momento era propicio para las grandes frases, las expectativas, los ideales. Pero la realidad. Creced, multiplicaos y dominad la

tierra. Para eso estamos aquí. Todas las utopías cogidas de la mano, pero que podían construirse sobre la faz de la tierra. Ha llegado el siglo de las luces, de verdad esta vez. No más filosofía y más manos a la obra.

Trabajar, producir, contribuir al progreso de los pueblos, de los hombres y de las mujeres, de las ideas, la cultura, la educación, sin escándalos, a base del trabajo diario. El ideario calvinista, con un toque de revolución francesa, una pizca de ideas libertarias y una tripita de burgués; la combinación perfecta. La solución. El ideal con patas. Magdalena y en sus sueños, además, la armadura y la capa blanca.

¿Quién era Alberto? Todo aquello y mucho más o casi nada de aquello. Tal vez algo muy diferente o tal vez ni siquiera existía Alberto. Era una sombra más entre las sombras confusas de la mente de Magdalena. También el rayo de luz que ponía un poco de claridad entre tantas sombras. Se olvidó Magdalena de los sueños. Se olvidó de las rencillas. Al tiempo que rompió la fotografía del tío Félix, rompió con todos sus recuerdos, o peor, los convirtió en una novela que había leído en alguna parte y que se quedó olvidada en un anaquel de la vieja casa de África. Contaba Magdalena retazos de su historia como si fueran las hazañas de Viriato, pastor lusitano.

Empezaron las salidas. Primero en grupo con otros compañeros del trabajo. Las luchas políticas, los conciliábulos, las reuniones interminables donde restallaban los nombres de ideólogos como si fueran látigos. Las disputas apasionadas, las

piezas de teatro contestatarias. Se vivía deprisa y era vida. No había tiempo para novelas y, entre discusión y discusión, entre cines y teatros, paseos interminables, besos bajo el hielo de la noche y abrazos apretados. Quedaba rato para trabajar, para estudiar, para seguir en la brecha, en la lucha, por el reino y para el reino. Se rodaba incansablemente hacia la fatiga que no se quería ver. Se caminaba deprisa hacia la siguiente etapa, que se quemaba antes de mediarla. Se fue haciendo camino en un andar errante por todas las ideas del mundo, del viejo y del nuevo, del de ahora y el de antes. Por el camino mil veces transitado de lo que puede llegar a ser sólo por la fuerza de desear que así sea.

Magdalena descubrió una vez más que no, que no era eso, pero sí que era, tenía que ser. No se peleaba tan duro para que no fuera. Se quería así y tenía que serlo. Todo se puede si la voluntad se empeña. Y ante el flaquear de las fuerzas, ante la desilusión, se ponía la barrera del yo puedo porque quiero que así sea. Cuando se agotó la conversación, cuando el tiempo se empezó a estirar y se hacía espeso, en lugar de volverse a mirar por qué la vida empezaba a parecer carne de membrillo, se decidió porque el empalago venía de la monotonía del tiempo, porque no me comprenden, porque la justicia no llega, porque la libertad es poca, porque nos atenaza el miedo. Pero, ¿quién dijo miedo? ¡Valor! compañeros. La salida es vivir, vivir juntos. Forjarnos nuestro estilo de vida. Romper con los viejos moldes. Compartir el proyecto no sólo de día, también de noche. Hacer un

mundo nuevo, una casa abierta, un clan, una tribu. Por eso Magdalena caminó firme hacia el matrimonio, para hacer un camino nuevo en libertad, para hacer su estilo de vida, diferente del de los demás, con un vestido de batista bordada, estilo mil novecientos y una mantilla de blonda blanca. Tal vez porque un fin de siglo se parece como una gota de agua a otro fin de siglo.

Llegó aquella tarde de julio, con su calor agobiante, sin brisa. Los recuerdos abandonaron el libro de historia, olvidado en un anaquel de la vida en África, y se repartieron por todos los rincones de la habitación de soltera de Magdalena. La habitación que era la de la última tarde de su soltería. Era el último instante de una vida de dependencia, poblada de fantasmas. Ponerlos en pie y sacarlos de su hoja de papel suponía una dura tarea, pero Magdalena la emprendió, casi a su pesar, como una tarea útil, revitalizadora. Un modo de quemar la etapa, cerrar capítulo y encaminarse hacia una nueva y distinta frontera. No calculó Magdalena que siempre se llevaría consigo a sí misma y sobre todo aquella parte de sí misma que no había sabido construir frente, en contraste, con los demás. No supo darse cuenta, ni en el repaso detallado de cada instante del pasado, de que hacer de nuevo balance no supone que no siguiera escribiendo óes torcidas y titubeantes. No significaba dejar de ser la ojos bonitos de color quebrado. Olvidar eso y no tenerlo como propio suponía simplemente estar parada en el mismo lugar que creía haber abandonado.

Pero caminar, caminar y siempre caminar. Hay tantas cosas por hacer. Tantos lugares en el mundo, tanto trabajo sin terminar,

tanto que aprender y compartir, tanto que transmitir y dejar para la posteridad, que no es cuestión de pararse más. Ya está hecho el recuento, todo el pasado puesto en orden, cada elemento con su etiqueta. La falta de libertad es simplemente quedarse contemplando aquellos objetos. Las frases seguían bombardeando el mundo de Magdalena. Siempre hay una frase útil en algún lugar, sobre todo cuando no hay mediación posible entre quien emite la frase, uno mismo, y quien la escucha, uno mismo. Eso se llama soledad. Magdalena estaba acompañada; era la compañía de Alberto un eje fundamental. Era una presencia constante que, cuando desaparecía quince segundos, se hacía insoportable. Necesito otro minuto más contigo. Demos otra vuelta a la manzana, sólo son las diez y cinco.

Magdalena se levantó temprano. Siempre le costaba un trabajo loco abandonar la cama y, aún después de abandonarla, nadie podía jurar que estuviera del todo despierta. Con movimientos mecánicos preparó café, sacó las tazas, encendió el calentador para la ducha, fue al cuarto de baño y prendió el infrarrojo para que la habitación se fuera caldeando y luego tomar la ducha de cada día en un ambiente menos helado.

La casa era nueva, pero sin demasiadas comodidades. No podían permitirse el pagar un alquiler más alto. El barrio era feo, viejo y destartado. Dos calles más arriba, empezaba una avenida amplia de casas suntuosas y bien equipadas. Magdalena tenía la sensación de vivir del otro lado de las bambalinas. Le parecía que su barrio era como esos poblados que se construyen

en mitad del campo de Almería, representando el lejano oeste. Los que ven la película se enfrentan al banco, el saloon y la barbería, pero los que mueven los cables, las cámaras o vigilan el rodaje se mueven en medio de puntales que sujetan las fachadas. Magdalena vivía en la zona de los puntales, entre los cables que llevan la luz a los focos. No se vivía mal allí, de todos modos, aunque la habitación más noble de la casa no pasara en invierno, nunca, de los nueve grados. Sólo cuando recibían a amigos y se encerraban en ella, con la estufa y el calor de la gente, se lograba una temperatura soportable, pero es el precio de la libertad. Claro que nunca había vivido mejor. El clima de aquí al menos es seco. En África no hacía tanto frío y, sin embargo, con la humedad se te helaban los huesos. La única desventaja es que aquí no hay mar y el mar allí era precioso. Eso sí, mirar al mar te hace saber lo pequeño que eres, lo amplios que son los horizontes, te hace pensar en la cantidad de vida que habrá en la otra orilla, en las viejas historias de batallas navales, en la gente cruzando el mar para buscar una tierra mejor. Tierra adentro el mundo es mucho más limitado, pero eso, sin embargo, es todo una ilusión. La libertad se lleva dentro. Ya sabemos que fuera siempre hay alguna cortapisa, alguna limitación. Claro nuestra libertad limita con la libertad del otro. Pero uno, en su corazón, es del todo libre y, en la medida en que te comprometes con la realidad y respetas la libertad del otro, ensanchas y pones en práctica tu propia libertad. Sin duda estas frases, dichas con pasión, contribuían

a subir la temperatura del cuarto y allí se podía estar horas y horas, sin sentir frío y dándole coba a la esperanza.

Tomó el café que había preparado y fue al cuarto de baño. Al inclinarse para abrir el grifo de la bañera, una náusea profunda, que le subía desde los talones, la invadió y le hizo sentir que se le salían las tripas. El café que acababa de tragar salió en surtidor de su boca y fue a estrellarse, como una flor marrón, sobre los azulejos de la pared. Se asustó. Alberto acudió al oír sus quejidos extraños y entrecortados. Qué pasa. Acabo de echar todo el café, sin poderlo remediar. Mira cómo se ha puesto todo. Yo que voy siempre pillada por el tiempo y ahora recoger todo esto. Dios mío, qué asco, no sé lo que me pasa, me encuentro fatal. Un día sí y otro también, se repetía la misma situación. Casi le coge odio al café. Será algo de hígado o de vesícula. Tengo que ir al médico. Era necesario ir al médico, porque estas cosas hay que vigilarlas. Más que nada por el niño, no por el hígado.

Primero el pecho se le puso redondo, con la piel de seda brillante y tersa. Luego, le desapareció la cintura. Tengo forma de almohada. Un amigo médico ya la había avisado; eso que tienes me parece un embarazo. Y qué hago. No habrás pensado en abortar. Se quedó de piedra. Si no había pensado en que podía tener un hijo así tan pronto, cómo iba a haber pensado que se libraría de él. Se sintió maltratada por aquel comentario. Cómo alguien podía pensar que ella estuviera dispuesta a deshacerse de un bebé. Por mucho trabajo que tuviera, por mucho que le interesase

su carrera, su vida profesional, ponerse plazos para hacer las cosas responsablemente y en el mejor momento, cómo se podría creer que ella fuera a interrumpir aquel proceso de vida que todavía no podía ni imaginar, a pesar de notar que algo se movía en su interior, que no estaba sola y que algo que antes no estaba en su cuerpo empezaba a apoderarse de él.

Se compró libros. Los leyó atentamente y espió todos los datos normales y anormales que proporcionaban. Se escrutó el cuerpo día por día. Apareció, efectivamente una línea marrón que nacía desde su ombligo, se extendía hacia el pubis y subía en línea recta hasta el centro de su pecho. Una mancha en forma de mariposa desplegó sus alas en torno a sus labios. Los tobillos se le hincharon, la espalda se le curvó y empezó a andar como una oca.

Por las noches tenía que dormir sentada. Los ardores le abrasaban la garganta y los ataques de pánico le hacían ver sombras extrañas desprendiéndose de las paredes con aire amenazador de ir a atacarla. Los sueños eran pesadillas. Alguien la perseguía y tenía los pies clavados al suelo, ni siquiera podía gritar. Otras veces estaba desnuda en medio de una reunión. Los contertulios pasaban y se movían a su alrededor como si no ocurriera nada. Nadie le prestaba atención, pero ella estaba desnuda y no encontraba nada con qué cubrirse su cuerpo deforme por el embarazo. El peor de todos fue el sueño del parto. Soñó que por fin venía la criatura. Ni un dolor, ni un gemido, ni un esfuerzo. Todo ha ido muy bien, decía una voz con

entonación autorizada. Cogía a la criatura; un ser pequeño, muy moreno, casi negro, y se le curvaba entre las manos como si fuese gelatina, perdía la forma, se convertía en una especie de masa que la miraba: no tiene huesos, pensó en el sueño, y se despertó sudorosa y gritando. Ya desvelada se sorprendió reflexionando que el parto había sido muy fácil porque el niño no tenía huesos.

Llegó la hora, en la vigilia, no en el sueño. Un parto provocado. Se está usted pasando de fechas y eso no es bueno. Pues, usted dirá. Mañana a las ocho y media de la mañana ingresa usted en la maternidad. Está bien. No quería llegar la hora, por mucho que la química intentara tirar de ella. No era el día. Luego dicen que la fecha del nacimiento nos marca para siempre. Eso sería antes, porque ahora que es a voluntad si un signo del zodiaco es mejor que otro se programa y en paz. Todo esto y seguro que me he dejado algo en casa de lo que el bebé pueda necesitar, se va a notar que soy una madre novata, pensaba y las contracciones subiendo y bajando en oleadas cada vez más apretadas. Por fin, unas ganas locas de echar aquello que llevaba dentro fuera de su cuerpo. Ahora sí que se quiere marchar y entonces comprendió, hasta ahora he tenido un niño, a partir de este momento siempre se me va a estar yendo y no sólo lo tengo que dejar marchar, es que quiero que se vaya, porque si no lo dejo ir, si no me acostumbro a que se ha de ir, nunca podré ser su mamá.

Era el día de la Candelaria. Pero no se atrevió y le puso

Paula. En cualquier caso todo el mundo protestó; y por qué no le pones tu nombre que es tan bonito o el de la madre de Alberto que tampoco es feo o alguno de los de la familia que está llena de nombres preciosos. En casa nunca ha habido una Paula. Magdalena pensó así no tendrá que quedarse en casa. Pero no pudo decirlo, sólo comentó, con el apellido de Alberto queda mejor. Hija qué rara eres, siempre con genialidades. Ya eras un poco especial de pequeña, eso sí muy buena nena y con unos ojos muy bonitos. A ver si la niña los saca así, ahora no se puede saber aún, es muy pequeña.

Magdalena miró a aquella cosa pequeña, colorada, arrugada, con los ojos hinchados, cubierta de pelo lacio y oscuro, con las manitas apretadas, que hacía gestos extraños con la boca, como si quisiera hablar y no pudiera. Una sensación nueva, extraña, dulce y amarga, la tomó al asalto y se le escaparon las lágrimas. Un llanto blando, torrencial e irrefrenable le resbalaba por las mejillas, sin que lo acompañara ni un suspiro, ni una palabra. La enfermera que entraba en ese momento preguntó preocupada, le pasa algo a la niña, por qué llora. Alberto dijo, llora porque está contenta. Y Magdalena supo que cuando se está feliz del todo se llora como si se hubiera perdido lo que uno más deseaba. Ojalá fuera yo así de pequeña. Un paso más y seguimos parados en el mismo lugar.

Podríamos jugar al parchís en lugar de tener hijos o tener hijos es lo mismo que jugar al parchís. Hija, a hacer frases ingeniosas no te gana nadie. Qué cosas. Cómo va a ser lo mismo. No sé cómo he tenido los hijos. Tal vez los deseaba o tal vez no. Pero están aquí y me gustan estas personas que son mis hijos. Claro y los tienes muy bien educados y son guapos y listos. Da gusto mirarlos y uno se ve proyectado en ellos. Son el futuro. Pero yo no soy el futuro. Ellos son otra gente. Son distintos de mí, yo no me reflejo en ellos como en un espejo. Son otra cosa y se han de ir. Deben irse y vivir al margen de mí. Pues sí, no tienen ni uso de razón y ya los quieres echar de casa. Los hijos son para toda la vida. ¿La vida de quién? ¿La de ellos? ¿La mía? Para toda la vida, hasta que uno se muere. ¿Pero quién se muere? Bueno, cuando no quieres enterarte parece sueca. Para toda la vida es para toda la vida. Se tienen, se crían, se ven crecer y hacerse hombres y mujeres, y uno está ahí para ayudarles siempre, para protegerles, para enseñarles lo que deben hacer, cómo elegir mejor, evitarles preocupaciones y dolor. La vida es muy dura. Eso es lo que hay que hacer. Lo que hemos hecho tu padre y yo, enseñarte, ayudarte, evitarte problemas y complicaciones. Tú qué sabes lo que es la vida, hija. Tanto sufrimiento y fatigas. La ingratitud de la gente.

Los reveses que tiene la fortuna. Cuántas cosas de las que no tienes ni idea. Tú has tenido suerte porque nosotros, gracias a Dios, hemos podido darte educación y alimento, cobijo y amparo siempre, dentro de lo mejor posible que teníamos en la mano. Tú tienes la suerte de haber encontrado un marido conveniente, que es un buen muchacho, que te quiere, es trabajador y serio. Un hombre estable de buen carácter. De una familia educada y correcta. Tú has tenido mucha suerte. No te creas que es tan fácil. Claro que yo he rezado mucho para que Dios no te dejara de su mano y así ha sido. Pero, no. A mí no me son tan fáciles las cosas, todo me cuesta mucho trabajo y mucho esfuerzo. Pues claro, a ver si te crees que todo cae del cielo. ¿No hemos trabajado tu padre y yo como mulas toda la vida? Pero hay muchos que trabajan y se les tuercen las cosas y a ti todo te sale bien, a Dios gracias. Hija, no blasfemes. No ofendas al cielo quejándote. De desagradecidos está el infierno lleno. También hay gente buena, fiel y temerosa de Dios, a la que le llueven las desgracias. Claro que nunca se sabe lo que cada uno tenga que purgar. Aunque, a veces, es un exceso de bondad lo que hace que le caiga a uno encima una plaga, como la del desgraciado de mi primo el de América. Pero después de mucho rezar aquello se resolvió de la mejor manera. El mar por medio y cada uno en su casa y Dios en la de todos. Te acuerdas del señor Andrés, aquel hombre fiel de toda la vida, que velaba por los intereses de la familia más que por su propia casa. Era un buen padre, un esposo excelente, un trabajador incansable. Un hombre de cierta

formación, con algo de cultura, y cuántas cosas no le cayeron encima. Su hijo que se mató de aquel tiro, limpiando una escopeta. Era muy aficionado a la caza y bien que sabía manejar armas, y se quedó seco como un pajarito con su propia escopeta. Pues ya ves. Nunca se sabe. La vida es muy seria y difícil, no es un juego. Tener hijos es una gran responsabilidad. Haces lo que mejor sabes y te salen ranas. Así que da gracias porque los tuyos llevan muy buen camino, no se tuerzan oyéndote decir esas tonterías.

Las palabras de doña Magdalena entraban en los oídos de su hija y producían un revuelo indomable en sus ideas. Si no me quejo, pero hagas lo que hagas las cosas marchan cada una por su camino y suceden y ya está. Qué más dará ser consciente que inconsciente, responsable que irresponsable, esforzarse que no. Lo que se desprendía de aquellos discursos, una y otra vez repetidos con gran convicción, es que si te toca te toca y si no te toca, pues no te toca. Vuelta a empezar. ¿Qué es lo que hay que purgar, estar donde uno está y que te caiga un ladrillo en la cabeza? Una cosa quedaba clara, si quería que su madre aprobara lo que hacía no debía decir lo que pensaba mientras hacía lo que creía debía hacer, aunque no lo hiciera por dar gracias al cielo por la suerte que tenía, y si le iba mal, aún haciendo lo que creía su deber, no debía quejarse, porque, en el fondo, todo estaba bien. Por otra parte, si se equivocaba porque tuviera mala intención, por ignorancia, por descuido o por cualquier causa, y las cosas no salían como se esperaba, pues

había que aguantarse, la vida es dura y difícil y, al menos, tienes un techo, un trabajo, una familia. Tu vida ya no es sólo tu vida, es la de los niños. Ellos son tu futuro, ellos serán lo que tú quieras que sean y tú serás lo que ellos te den. La vida significa algo cuando hay niños. Todo se hace para ellos. Las fiestas son más fiestas si hay un niño. ¿No es mucho más triste que se muera un niño que se muera un viejo, aunque la muerte siempre sea triste? pues con la alegría lo mismo. Las alegrías que dan los hijos son mayores que cualquier otra. Una vez que se tienen hijos sólo se vive para ellos y tú y tu marido ya no sois dos personas que viven juntas y con eso les basta, estáis aquí para los niños. Magdalena pensaba, estos niños, siempre serán niños y ¿qué pasará si alguna vez son padres, cómo los convenceré de que sean padres y niños a la vez? porque si no es así, ¿cómo y para qué viviré yo?

De modo que se tenían hijos y no era como jugar al parchís y Magdalena no podía dejar de sentir que sí, que era como jugar al parchís o como comerse un bocadillo de mortadela, que eran cosas intercambiables, que se podía hacer todo aquello o muchas cosas más y que daba lo mismo. Por alguna razón extraña la vida era de los padres o de los hijos, pero no era nunca de los hijos que son padres de otros hijos. Cuando se lo intentaba contar a Alberto le salía una especie de trabalenguas y Alberto, semidormido, le decía no hagas caso, ya sabes cómo es tu madre. Ella lo tiene todo muy claro, no se entera, pero lo tiene todo muy claro.

Otra vuelta más. Otro camino más recorrido y Magdalena seguía creyendo que era como jugar al parchís esto de la vida. Pero no se daba cuenta de que sus frases ingeniosas eran mucho más ingeniosas de lo que nadie creía. Para que no le dijeran que parecían acertijos o juegos de palabras dejó de decirle a los demás esas frases ingeniosas y, a ratos, las ponía en un papel, que luego ocultaba cuidadosamente.

La vida en compañía. No estar solo en el mundo; eso es lo que cuenta. Tener alguien por quien trabajar por quien hacer las cosas. Y las cosas que se vuelven difíciles y complicadas, que no salen solas por su propia inercia, que se van entretejiendo como los hilos de una alfombra, formando dibujos nunca idénticos del todo, aunque parezca que responden a un patrón, que imitan un modelo.

Magdalena se levantaba cada mañana, para empezar su tarea de cada día, con la sensación de estar siempre sumergida en un juego de alternativas dispares, sin poseer las claves de aquel juego. Tenía que tomar decisiones y echar sobre el tapete la carta adecuada, pero tenía la sensación de estar empleando sólo media baraja. A veces, pensaba no es justo que nos manden a esta vida sin un manual de uso, sin un prospecto que diga cómo manejarse en este galimatías. Le parecía que todos los que la rodeaban poseían el secreto de sus últimos fines, conocían, por un encantamiento que se le escapaba, las claves de sus objetivos. Todos, Alberto, su madre, su padre, incluso sus hijos que sabían ya decir sí o no, tomaban decisiones rápidas sobre lo que se les ofrecía, pero Magdalena se perdía en un laberinto cerrado, angosto, oscuro, de alternativas, de pros y contras, cien veces analizados, rechazados y aceptados, para luego tomar

por la calle de en medio, o al menos eso creía. Se estaba construyendo a sí misma sobre una acumulación de errores, se pasaba el día pensando y si hubiera hecho lo contrario, qué habría pasado.

Pero la vida corría veloz y la arrastraba de una alternativa, tomada al azar, creía ella, a otra aún más vertiginosa. La zarandeaba de una situación a otra. Se sentía demasiado cansada para luchar contra aquella marea incesante que la tenía a ella por roca donde estrellarse. Por otra parte, tantas cosas en las que ocuparse, tantas en las que pensar. No olvidar las llaves de casa o del coche se convertía en una obsesión. Miraba y remiraba en el bolso cien veces, para comprobar que estaban allí. Si algo se salía de la rutina diaria, como coger el resguardo de la tintorería, aquélla era una nueva obsesión que la obligaba a mirar en el bolso otro centenar de veces para ver si el papelito amarillo, doblado en cuatro, seguía dentro de su agenda. En el fondo ésas eran todas sus preocupaciones. Coger las cosas que tenía que coger. Comprar las cosas que había que comprar. No olvidar los recados. Llamar por teléfono a quien había que llamar. No descuidar que la ropa siguiera el orden necesario de lavado, secado y plancha y colocación en los cajones. Cada día tres o cuatro fichas de trabajo, cada día tres o cuatro folios de escritura, cada día dos o tres páginas de lectura. Cada día cada cosa en cada lugar y en cada tiempo. El tiempo del ocio y del placer medidos, contados, pasados por los mismos gestos, frases, sonrisas o carcajadas. Una vida ordenada es una vida

feliz.

Capítulo VII

Edad de oro de la infancia, que creía en las imágenes y no sabía que hubiera un mundo exterior real y un mundo interior imaginario

(A. Béguin, "El alma romántica y el sueño")

1

Suena el teléfono. Magdalena va hacia él y descuelga el auricular. Dígame. Sí, claro, por supuesto, cuando sepa algo te lo diré. Le preguntaré a Alberto cuando llame. Llámame sobre las diez y sabré algo. Unas horas después la misma escena. La luz ha bajado. Magdalena entra en la habitación por el otro extremo. Suena el timbre del teléfono. Ella se detiene. Parece dudar si cogerlo o no. El teléfono sigue sonando. Al fin, Magdalena se acerca al aparato y descuelga el auricular. Esta vez contesta: sí. Su tono es como de interrogación. Se hace un silencio y ella exclama al cabo de un instante, te oigo mal, el teléfono está medio averiado, se entiende mal al que llama, se cuele un ruido horrible. Dame tu número y yo te llamo enseguida. Lo hace. Ves, ya se oye mejor. Ah, tú me oías bien, bueno. Sí ha llamado Alberto. Te han encargado del proyecto. No se quién más va a

estar en eso mismo. Es posible que me incluyan a mí en el programa. No, no lo ha propuesto Alberto. Sí ya sabes, en todos los proyectos tiene que haber una cuota femenina. Oh, pues claro, las mujeres somos imprescindibles para que la cosa parezca democrática e igualitaria. Si no nos dejan hacer algo, aunque sea echar las cartas al correo, se nota mucho que los que mangoneáis sois vosotros. A lo mejor tú preferías a otra persona. Bueno, gracias, pero apenas nos conocemos. No sabes si puedo trabajar bien contigo. ¿Que soy muy crítica? es posible, pero eso puede ser útil para que no nos engolfemos. No, Alberto no estará en eso, él tiene su propio programa. Estaba allí de asesor, porque tiene experiencia en cosas como ésta. Puede que la comunicación oficial aún tarde algunos días y no es seguro que me incluyan. Cuando lo sepamos ya hablaremos. Por supuesto, una comida de trabajo, eso siempre queda muy fino. Así no parece que sólo comes. Bien, buenas noches.

Quince días después, por un pasillo. Hola, me ha llegado la comunicación, con la lista de colaboradores fijos del programa. Sólo estamos tú y yo. ¿Sólo? no puede ser, necesitaremos más gente. Con esa historia hay que viajar y alguien debe quedarse al pie del cañón. No sé cómo lo vamos a hacer. Bueno siempre pasa lo mismo. Poco presupuesto, pocos recursos humanos que dicen y todo así. Sobre el papel parece una maravilla. Ya veremos lo que podemos hacer. ¿Cuándo quedamos para revisar la documentación? Cuando tú digas, Héctor.

Héctor Novales, director ejecutivo. Magdalena Acero, vice-

directora. Quedaba bien. Héctor era de origen uruguayo, pero llevaba muchos años viviendo en España. Había venido a estudiar sociología y derecho. Tenía una larga experiencia en empresas privadas y había viajado por todo el mundo. Hablaba todos los idiomas posibles con acento uruguayo, parecía un sabio distraído, pero le caía bien a todo el mundo. A la gente le era sencillo excusarle sus rarezas y manías porque tenía un encanto especial para hacerlas pasar por genialidades, por ideas brillantes. Su defecto real era que de verdad tenía ideas geniales que no conseguía perseguir hasta el final y poner en práctica, siempre las dejaba a medio terminar o cambiaba de opinión, a mitad de camino, buscando otra idea más genial que la anterior. Magdalena, menos genial, más pragmática y ordenada, servía de freno a las fantasías de Héctor cuando se desbocaban. Eran el equipo perfecto. El era el audaz, el valiente, el ideólogo, ella quien chillaba a la gente y ladraba. El quedaba bien y ella hacía el papel de boba o de impertinente. El se hacía querer y ella parecía una amante celosa espantándole a la gente que a él no le interesaba. Insisto, eran el equipo perfecto. Somos estupendos. Además parece que todo esto lo hacemos en serio y que estamos convencidos de ello. Todo es un montaje en el aire. Quizá salgan cosas buenas de aquí, pero porque nos dejamos la piel en ello sin recursos ni ayuda. Es puro voluntarismo. El replicaba, la verdad es que si no fuera por ti, yo ya habría tirado la toalla. Magdalena, le miraba fijamente con sus ojos bonitos y le decía: entonces, no crees en

este proyecto. Si a ti no te interesa, lo dejamos y yo me vuelvo a mi departamento. Pero a mí me parece muy bonito. Es una cosa nueva, que nadie había tocado hasta ahora. Poco a poco se irá poniendo en pie y podremos formar a otra gente que sepa realmente del asunto, no como nosotros que somos unos aficionados, y esto saldrá adelante. Estaba ya un poco harta del trabajo monótono y siempre igual que tenía y tú también te quejabas de lo mismo. Te lo he oído decir. Pero, si antes de esto tú y yo casi no nos conocíamos. Sí, pero en la cafetería hemos coincidido varias veces a la hora de comer. Tú comías siempre con Gutiérrez, el de la tercera planta, y yo soy amiga de su mujer. Ella habla con frecuencia de ti y de su marido y de que sois amigos. El ponía una cara extraña y decía, no hablemos de esa mujer, me ataca. Se cree que conoce a todo el mundo, que se sabe la vida de todos, pero no es cierto. Su marido es un buen experto en cuestiones contables y yo le he pedido ayuda muchas veces, pero ella no me gusta y no tengo trato con ella. No sabe nada de mí y si te dijo alguna vez que yo pienso esto o aquello, ten por seguro que yo pienso todo lo contrario. Bueno, bien, déjala en paz, es amiga mía, no tienen porqué gustarte mis amigos, pero yo te he oído decir que estabas harto de tu rutina, que tú, desde siempre, cada tres años cambiabas de trabajo y que ya llevabas cuatro en ese departamento y que estabas hasta el gorro. Yo, lo del gorro, no lo he dicho nunca. Está bien, no es literal la cita. Es un modo de hablar, a lo mejor dijiste hasta el pelo o hasta los huevos, yo que sé. Al final, terminaban

riéndose. A Héctor le brillaba en los ojos marrones una chispa verde que a Magdalena le encantaba. A veces creía que repetían discusiones absurdas como aquella para poder terminar riéndose.

Durante dos años comieron juntos casi todos los días, por trabajo. A veces, incluso tenían cenas de trabajo. Seguían siendo el director ejecutivo y la vice-directora de aquel proyecto planteado a cinco años, pero no tenían ni un solo subordinado más que sacara adelante los trabajos penosos, rutinarios y sin creatividad alguna. Cada vez que se le ocurría a Héctor una idea genial, se encontraban con toneladas de informes, memorias, correspondencia, dossiers que tenían que escribir personalmente, triplicar y cuadruplicar y hasta pegar los sellos en los sobres. Montaron todo un entramado de ayudantes, expertos, asesores, colaboradores y consejeros, pero nadie para hacer el trabajo burocrático, para eso no había presupuesto. Tardes enteras, hiciera frío o calor y lo hacía, cada cosa a su tiempo, las pasaban encerrados en el despacho hasta que les dolían los ojos de perseguir al cursor del ordenador o la espalda de estar a caballo de dos ordenadores. Pero se reían, se reían del mundo y de los peces de colores. Se sentían a gusto juntos. Héctor, había sido hasta entonces un hombre solitario. Su vida errante por todo el mundo le había privado tal vez de tener amigos fijos. Conocía a muchísima gente, pero no se le conocían amistades estables con las que ocupase su tiempo de ocio o con las que compartiera aficiones si es que las tenía. Era un solitario de distinto calado que Mag-

dalena. Parecía estar conforme con su soledad. Mientras que ella huía de la soledad como de la peste, sintiéndose, incluso en compañía, como abandonada de todos. Pero, juntos, juntos estaban bien. Trabajaban bien, se entendían bien, casi no necesitaban hablarse para saber cómo debían discurrir los asuntos. Cuando recibían a gente o acudían a una entrevista se repartían los diálogos, como en el teatro, eran actores bien entrenados, cada uno le daba al otro la entradilla, sin dificultad y parecía que no lo tuvieran ensayado. La verdad es que no necesitaban ensayar. Hablaban del asunto, acordaban el mejor modo de llevarlo adelante y, cuando llegaba la ocasión, cada uno hacía su parte sin estorbar ni contradecir al otro.

La convivencia de trabajo casi constante. Los tiempos muertos por el cansancio. El alto para un café. Todo aquello fue permitiendo que se mezclaran en la conversación, puramente profesional al principio, retazos de la vida de cada uno.

El señor subsecretario ha tenido que acompañar al ministro a una salida de urgencia. Estará dos días fuera. Hemos estado llamándoles todo el día para avisarles de que se cancelaba la cita, pero no ha sido posible encontrarles, lo lamento infinito. No se preocupe. Les puedo dar hora para la semana que viene. Bien, muy bien y no se preocupe, no era urgente. El señor subsecretario ya tiene copia del informe que le hemos enviado. En realidad era casi una visita de cortesía. Pero volveremos la semana que viene, más que nada por aclarar algunos conceptos de lo que aparece en el informe y discutir, sobre todo, los pasos a

seguir una vez que esté aprobado. Basta que nos diga a quien hay que dirigirse después, es decir a qué organismo corresponde gestionar el asunto. Dígaselo y si estima que no es necesario que nos veamos, simplemente que nos dé esa indicación, así no le robamos su tiempo. Volveremos a llamar para confirmar si prefiere recibirnos o nos envía una respuesta. Desde luego, descuide que así se lo diré. Gracias, adiós, adiós.

Bueno. Tarde perdida. Hombre, no está tan perdida. ¿Tú tienes prisa? porque te invito a merendar chocolate con churros y echamos un rato de charla y descanso que falta hace. Claro que tú a lo mejor te has de volver a casa con tus hijos. No, es pronto, además ya contaban con que tenía esta entrevista. Puedo emplear el rato de la entrevista fallida en tomarme un chocolate con churros, aunque no sé si mi estómago no se rebelará con un exceso así. Luego me da una acidez loca. No seas tonta, mujer, cuando se toma con gusto, no sienta mal, por otra parte es como si hiciéramos novillos. Tú no te escapaste nunca de la escuela. Yo, no, jamás. Qué niña tan modosa, tan buenecita. Sí era una buena nena, ojos bonitos. Le salió a Magdalena todo seguido. El se detuvo. La miró fijamente y con una mirada extraña y un acento casi inaudible, dijo: Sí, los más bonitos que he visto nunca y he mirado muchos. Siguió andando como si hubiera dicho algo incorrecto, con la cabeza metida entre los hombros y apretando el paso. Magdalena tuvo que dar una pequeña carrera para ponerse a su lado. Cuando llegó a su altura, se sintió cohibida, no se atrevía a mirarle. Tenía la sensación de haber

provocado algo extraño. Era como si le hubiera hecho confidencia de un secreto que no debería haber contado a nadie jamás. No se sentía azarada por lo que él había dicho, sino por lo que a ella se le había escapado. Estaba incómoda y también metió la cabeza entre los hombros y aceleró el paso, junto a él. Héctor se detuvo ante una puerta de cristales y le preguntó, te parece bien aquí. Ella le miró como quien sale de un sueño. El siguió, el chocolate, y se adelantó a abrir la puerta. Magdalena entró, buscó una mesa libre y señaló a un rincón. Preguntó, te parece bien allí. El dijo sí y caminaron por entre las mesas y las sillas hasta aquella esquina un poco apartada del bullicio. El salón de té El Cisne estaba abarrotado de señoras de edad, la tercera edad, dijeron casi a la vez y se rieron. Estamos ya como las abuelitas, sin nada que hacer y pasando la tarde en una cafetería. Salón de té, que es más fino, puntualizó Magdalena. Y si es de té, tendrán chocolate, supongo. ¿Chocolate y churros para dos? dijo la voz del camarero que había brotado del suelo, mientras ellos hablaban según se quitaban los abrigos. Sí y agua, por favor. ¿Palomita o sola? El preguntó qué es eso de la palomita y Magdalena aclaró, agua con anís, hombre. Para mí sí. Para mí sin, dijo Magdalena. Y el camarero se volvió a hundir en el baldosín del que había surgido como una aparición. Les dio una risa floja e incontenible. Llegaron los churros y el chocolate y se pusieron a la tarea de mojarlos y comerlos sin que chorrearan en todas partes y procurando que no les dejaran cercos alrededor de la boca, como a los críos. La tarea no era

sencilla. Requería toda la atención. Así que estuvieron un rato sin mirarse y sin hablar ocupados en no mancharse. Pero como si alguien hubiera tocado una campanilla levantaron los ojos de la taza y se miraron por encima de sus respectivos churros que quedaron suspendidos en el aire, como si un encantamiento los hubiera detenido allí. Magdalena tuvo la sensación de que sus ojos se reían con la misma sonrisa con la que se sonreían los ojos de Héctor. Por qué dijiste eso de buena-nena-ojos-bonitos, como si fuera una frase hecha. Magdalena, como respondiendo a un conjuro, empezó a hablar y le contó toda su vida. Aquella novela, escrita en África y que se había quedado sobre un anaquel polvoriento, para aparecer sólo de vez en cuando en los momentos solemnes o en las pesadillas. Aquella historia con el tío Félix, con la abuela Bonilla, el señor Andrés, las óes, Alberto, los niños, las tripas, el dolor y el miedo y los ojos de Roy que ya no sabía si eran sus ojos. No tenía futuro, no tenía pasado, no tenía presente, porque el presente es sólo pasado o futuro, el hoy o no llega o ya pasó. Le contó todo. Lo que sabía y lo que no sabía, lo que temía y lo que le daba valor. Lo que soñaba y lo que no se atrevía a soñar, las cosas de las que se sentía orgullosa y aquéllas que le daban una vergüenza mortal, ésas que no le había contado jamás a nadie y que incluso le daban como un pinchazo en el estómago cuando se las decía a sí misma. El era como otro ella misma. Era como las largas conversaciones que tenía para sí. El era su amigo, pero aún no lo sabía. Acababa de encontrar un amigo y no se daba

cuenta de tan acelerada como iba al quemar las etapas de toda su existencia, la conocida y la oculta incluso para ella, porque nunca, hasta ese momento, se había atrevido a ponerla en palabras, ni siquiera en los papeles que luego escondía cuidadosamente.

Cuando ella se calló, como aturdida de tanta palabra incontrolada. El tomó el relevo. Y no la dejó atrás. Casi lo de Magdalena no había sido nada. Héctor habló y habló de su casa, de sus padres, de sus hermanos, de las rencillas familiares, de que nadie se hablaba en su familia, de que todos guardaban como una especie de *omertá*, de que él nunca había querido dedicarse a los negocios, por eso había estudiado una carrera inútil como la sociología, para no entender jamás de compras y ventas, para vivir del Estado que no saca de la miseria pero te da un pasar digno, de que había tenido amores que no había sabido conservar, de que él no sabía amar, de que había mirado a otros ojos sin permitir que esos ojos le miraran, que los primeros que había visto de verdad eran los suyos, pero que eso no importaba mucho, no hagas caso, de que no sabía cuidar de los amigos, de que jamás había tenido una conversación como aquella en su vida ni siquiera de adolescente, cuando tienes normalmente un amigo al que contarle tus cosas y con el que descubrir el mundo que, después de recorrer el mundo, no sabía nada de nada de la vida, por no saber no sabía ni montar en bicicleta ¿te imaginas?

Magdalena, entonces, comprendió de golpe que todo lo que había dentro de ella y de él, era todo una fantasía. Que lo que

contaba era la realidad y esa realidad era tan simple y tan llana como que lo tenía a él delante, que existía y que tal vez, con esa realidad suya, construida sobre una historia interior que no existía, no le veía nada más que ella. Esa realidad le gustó y saber que sólo ella le podía ver en esa realidad le gustó aún más. Era la primera vez que tenía algo suyo, sólo de ella, en lo que nadie había intervenido, más que el azar, que no estuviera el subsecretario, que en el salón de té dieran chocolate y que ella tuviera los ojos bonitos. Quizá en aquel momento no fue todo tan claro, tuvo que pasar algún tiempo más y otras cosas para que supiera todo lo que aquello significaba y para que ella se diera cuenta de que necesitaba un espacio para la soledad.

¡Qué día! si llego a saber que iba a amanecer diluviando de este modo no concierdo el viaje para hoy. Ya veremos si se puede llegar al aeropuerto. Me han dicho que estaba todo encharcado, va a haber un atasco de mil pares de narices. No te pongas nervioso antes de tiempo. ¿Has metido las corbatas, los pañuelos, el pijama? La última vez, acuérdate, te fuiste sin pijama y te compraste aquel espantoso que no te has vuelto a poner y ahí anda dando tumbos por todos los cajones del armario. Está bien, lo tengo todo. ¿Dinero, cheques, pasaporte, los billetes? Sí, todo.

Efectivamente la carretera del aeropuerto estaba cortada por la inundación que se había producido por la tromba de agua inesperada. El atasco era monumental. Magdalena pudo colarse, en medio de una pitada fenomenal, alcanzó una vía lateral y avanzó no muy deprisa, pero lo suficiente para llegar a tiempo de que Alberto no perdiera el avión.

Besos, abrazos, ten cuidado, te echaré de menos, yo también. Según salía del edificio principal, camino del aparcamiento, sintió una especie de liberación que se le escapó de la boca en forma de largo y silencioso suspiro. Se sintió mal por pensar qué bien, al fin sola por una temporadita, pero sacudió la cabeza y sonrió apretando el paso hacia su coche, porque nuevos

goterones del tamaño de nueces volvían a caer cada vez más rápidamente.

Las escobillas del parabrisas apenas podían barrer toda el agua que se derramaba desde unas nubes bajas y gruesas que cubrían todo el cielo hasta el horizonte. No era cómodo conducir en aquella situación, pero en lugar de salir de la autopista en la indicación que la devolvía a su casa, siguió adelante. Fue dejando de lado todas las salidas que parecían recordarle que por allí se iba a casa que es donde debía estar. No pienso volver hasta dentro de un rato largo. Todo el mundo creerá que me he ido a dar una vuelta para consolarme de la pena de quedarme sin Alberto por esta larga temporada. La verdad es que sentía la necesidad de empezar a saborear el hecho de estar sola y también la ocasión para hacer una planificación completa de cómo distribuiría su tiempo entre el trabajo, la casa, el ocio. Por fin encontraría el modo de hacer las cosas que le gustaban sin tener que quedar de acuerdo antes con su marido.

Todo el paisaje por el que discurría la carretera de circunvalación se borraba por efecto de las grises cortinas de agua. El mundo a su alrededor tenía un aire fantasmal que iba muy bien con su estado de ánimo más cercano a las ensoñaciones y visiones que a conectar con la realidad. En esa misma ensoñación continuó durante algún tiempo.

En su casa se notaba la ausencia de Alberto, pero sus hijos y el resto de los componentes de la familia se fueron acostumbrando a que las decisiones las tomara Magdalena, a que ella

impusiera de modo sutil su modo de hacer las cosas, de organizar el trabajo y las relaciones, los tiempos individuales y los compartidos. Magdalena fue ganando el espacio para su trabajo, para su ocio, para sus juegos con los niños, para las salidas a comer o cenar fuera. Todo funcionaba como una máquina bien engrasada. Magdalena empezó a darse cuenta, aunque como si viviera una vida prestada que intuía se le había de acabar en cualquier instante, de que podía ser dueña de sus decisiones, que no necesitaba apoyarse en el consejo o en la opinión de otros para actuar. Descubrió, agradablemente sorprendida, que el tiempo le cundía muchísimo, que podía sin fatiga renunciar a horas de sueño para escribir, leer o pensar. Que las mañanas y las tardes eran más largas y provechosas de lo que nunca había sospechado. Llevaba la casa, las cuentas, el control de las tareas escolares, los pequeños afanes femeninos, mantenía y recuperaba relaciones personales que hasta entonces había tenido descuidadas. Con cierta ironía pensaba que Alberto le consumía su tiempo y su vida, mientras que en su ausencia ella podía dar mucho más de sí.

Los domingos, doña Magdalena y don Jorge venían a comer a casa. Las sobremesas se iban en conversaciones acerca de literatura o de política, también en torno a dinero y proyectos financieros. Magdalena salía de aquellas charlas con una mezcla de irritación y gozo. De una parte, siempre discutía con su padre, tú no tienes ni idea de estas cosas. Pues entonces, a qué me pides mi opinión si no entiendo nada. Algo tendrías que haber

aprendido de la vida, tener un poco de ambición no es malo. No nos tenemos más que a nosotros mismos y sin dinero no se puede hacer nada. Los sueldos de la administración no te sacarán de pobre. Ya lo sé, pero no tengo mayor interés por hacerme rica, perdono el bollo por el coscorrón. Cuántas preocupaciones me evito de ese modo y además trabajo en lo que me gusta, estoy contenta con lo que hago, qué más se puede pedir. Claro, como tú nunca has tenido que pelear por nada, que todo te lo hemos dado hecho tu padre y yo, que nos hemos dejado la vida trabajando, no aprecias el valor de las cosas. Magdalena, si tenía el día guerrero, contestaba con un exabrupto o, si estaba conciliadora, decía aquello de sí pero te podías haber esmerado en lo de la nariz y el color de la piel, ya que, efectivamente, me lo has dado todo. Si se trataba de una impertinencia, don Jorge intervenía poniéndose del lado de la madre y la cosa podía terminar en que ambos se iban muy dignos y dando un portazo. Si se trataba de la salida chistosa, entonces don Jorge seguía con la broma y todo terminaba más conciliadamente. Pero Magdalena, a pesar de los altibajos de esas conversaciones, de que en el fondo se sentía con sus padres como de visita o como examinada y escrutada, agradecía aquellos ratos en los que, incluso con los sesgos que doña Magdalena daba a la conversación, casi siempre para estropearla o desviarla, notaba que se comunicaba con su padre, siempre tan ausente de su vida. Pensaba, tal vez porque vivía una vida que no era la suya y flotaba, desde la marcha de Alberto, en un mundo fantasmal, que se iniciaba un camino en el

que podría recuperar a su padre como a alguien con quien compartir sentimientos, pensamientos, anhelos e ilusiones, aunque alguna vez desfallecía y sentía que, posiblemente, no podría nunca compartir nada porque ella misma no hubiera podido definir con certeza cuáles eran esos pensamientos, sentimientos, anhelos e ilusiones.

Magdalena le contaba a Héctor, entre expediente y expediente, las conversaciones con su padre, los enfados que cogía con su desprecio hacia sus opiniones y formas de entender la vida. Héctor siempre quitaba hierro a la cosa porque ellos eran de otra generación, habían tenido una vida dura, se habían tenido que sacar las castañas del fuego solos, sin ayuda de nadie, tenían la idea de que a sus hijos los habían educado como a niños ricos que no carecían de nada, mientras que sus infancias habían sido penosas y miserables, por esa razón los veían como a seres sin ambición y sin proyectos, sin ilusiones en la vida, lo cual no era cierto, porque tú y yo tenemos ilusiones y sueños, y la miraba de un modo especial que a Magdalena sólo le daba para murmurar un sí ahogado. Luego, dejaba la frase en suspenso, como si apartara un pensamiento triste y, tras el silencio, volvía a un no te preocupes, con mi padre era igual y, con el tiempo, he aprendido a apreciarle y no voy a decir que me entienda con él, pero no nos llevamos mal, nos respetamos mutuamente y la relación se puede decir que es fluida. Ella siempre le contestaba, ¡toma! yo también me llevaría bien con mi padre, con la fluidez que da el correo por Navidad, si lo tuviera en las

Chimbambas como lo tienes tú. Pero, todos los domingos, es demasiado, ya tiemblo en cuanto me llaman para invitarse y preguntarme si no me molestan. Ya eso me molesta. ¿Tú crees que es normal que tengan que pedir permiso para venir a casa de su hija? Me desesperan. Tú todo lo tomas a mal, son discretos, no quieren molestar. Sabían que aquellas conversaciones no los sacarían de sus posiciones previas, sin embargo, las repetían cada vez que había ocasión, porque en ellas encontraban el placer de la confianza, de la complicidad que tanto une a los amigos. Hablar mal o quejarse de algo con un amigo es esencial para que la amistad dure, lo mismo que discutir sin ni siquiera la intención de conciliar opiniones. Tenían la sensación dulce y agradable de que aquellas charlas les daban intimidad y creaban a su alrededor un mundo propio en el que nadie más que ellos dos tenía cabida. Era su espacio compartido, el lugar intangible de su amistad fraternal, donde, enmascarada en las quejas, relucía la ternura que el uno sentía por la otra y que era compartida y recíproca. Era un espacio extraño, sin cuerpo, montado al aire decía ella alguna vez, en donde se encontraban sus almas y creaban lazos indisolubles, más firmes que cualquier contrato, más perdurables que cualquier promesa jurada ante testigos.

Magdalena, los lunes, tras las comidas del domingo y la conversación repetida, se volvía a casa con la sensación, dulce y agradable, de que Héctor era parte de su vida, quizá una parte muy importante en su vida, de la que ya no podría prescindir jamás y que, si no llenaba el hueco dejado por otros desamores o

incomprensiones, al menos le daba una nueva ilusión, nuevas ganas para levantarse al día siguiente. Creía que allí había un algo que no habría de perder nunca y que, además, podría ir creciendo y ganando día a día.

Magdalena estaba sentada tranquilamente en la terraza leyendo un libro. Oyó que sonaba el teléfono, pero no se movió de la silla. Adela descolgó, habló brevemente y sus pasos resonaron, vivos y fuertes, sobre los peldaños de la escalera. Magdalena tuvo un leve escalofrío. Algo especial delataba en el modo de pisar de Adela que no era el ruido habitual. Se incorporó levemente, volvió la cabeza en dirección a la puerta de la terraza y vio entrar a Adela con una expresión extraña. Señorita, era su madre, que a su papá le ha pasado algo, no saben qué, se lo han llevado al Hospital. Magdalena pensó, se ha muerto.

Llamó a casa de sus padres. Efectivamente al señor se lo habían llevado inconsciente al Hospital. La señora le acompañaba. No supieron darle más detalles, sólo algunos inconexos, que si estaba en el baño, que si no salía, que la puerta estaba cerrada por dentro y no contestaba, que su mamá se ha puesto muy nerviosa, ha avisado al portero y a unos vecinos que salían en ese momento. Era el dentista, ¿sabe usted? Don Antonio. Rompieron el cristal de la puerta del baño y descorrieron el cerrojo, así pudieron entrar. Un derrame o no sé qué, ha dicho el dentista. Pero no se preocupe que ya está en el Hospital, se lo han llevado enseguida y lo han reanimado muy pronto. ¿Qué ha dicho, ha dicho algo? No, si su padre de usted

no hablaba, estaba desmayado, pero le latía el corazón. Magdalena volvió a pensar, está muerto. Colgó el teléfono y empezó a girar sobre sí misma, como sin saber qué dirección tomar. Oía un gemido lejano y entrecortado. De repente se dio cuenta de que era su propia garganta la que emitía aquel sonido. No veía por dónde iba. Su cabeza daba mil vueltas a ideas absurdas. Tengo que llamar al despacho. ¿Con quién se van a quedar los niños cuando vuelvan? Héctor no sabe nada. Le he de avisar. No sé donde está. Estará en su casa, pero y los niños qué les voy a decir. ¡Dios mío! qué sola me voy a quedar.

Aparcó el coche y preguntó en recepción. Está en la UCI. ¿Es usted familiar? Suba a la segunda planta el Doctor Muñoz le explicará. Ya hay allí otros familiares. ¿Otros familiares, quiénes? se preguntó Magdalena. Subió a la segunda planta y en una salita encontró a su madre acompañada por el vecino. Nadie más. El doctor Muñoz apareció, muy serio, preguntó son ustedes familia del señor Acero. La madre dijo, en un tono que indicaba contradictoriamente posesión, yo soy su esposa. El médico miró a Magdalena y le dijo, ¿es usted la hija? Magdalena hizo un leve parpadeo de asentimiento. El doctor Muñoz se dirigió a ella como si nadie más estuviera en la sala. Su padre ha tenido un derrame cerebral. Está en coma. Debió padecer una parada cardíaca y falta de ventilación, no sabemos por cuanto tiempo. Está con respiración asistida. A la reanimación respondió bien, las constantes están bien, de momento. No sabemos qué lesiones pueda tener. Depende del tiempo que estuviera sin ventilar. Hay que

esperar un par de días o cuatro. Deben ustedes irse a casa, porque aquí no hacen nada. Pueden verle un instante a través del cristal. Pero es aconsejable que se vayan y vuelvan mañana a eso de las once que es cuando se da el parte de los ingresados aquí en cuidados. Magdalena preguntó con una voz tan firme que a ella misma le sorprendió ¿si despertara, entonces se sabrían los daños, pero puede no despertar? Así es. ¿Qué previsión, dentro de lo razonable, puede usted hacer? De momento, ninguna razonable. Por su edad y estado es difícil de predecir. ¿Qué estado? Tiene una lesión de riñón y el hígado afectado. Eso puede complicar las cosas. El corazón, por otra parte, está muy bien, a pesar de la parada. Si el corazón resiste, las cosas se pueden alargar. Magdalena contestó un gracias expresivo de que había comprendido y estrechó la mano del médico. Su madre con un tono lastimero, - no había dejado de decir Dios mío y de suspirar ruidosamente, al tiempo que se interponía entre el médico y Magdalena, estirando el cuello como para atraer su atención, aunque él hablaba derecho a Magdalena y parecía ignorar su presencia- preguntó y ¿dice usted que podemos verle? El médico señaló en dirección a un pasillo lateral y dijo ventana cuatro, el enfermero les indicará.

Allí estaba don Jorge tendido en una camilla. Tenía una mascarilla sobre la boca y la nariz y su abdomen, voluminoso y sonrosado, apenas cubierto por una sábana, subía y bajaba rítmicamente. Sus brazos y manos gordezuelas descansaban a lo largo del cuerpo y los pies asomaban por el final de la camilla.

Un ligero espasmo sacudía de cuando en cuando los dedos de los pies. Magdalena pensó, mientras su madre pegaba los labios al cristal y, murmurando muchos diosmíos y pobrecitos, dejaba allí estampados sonoros besos, ojalá no despierte, si ha de encontrarse hecho un inválido, sordo, ciego o las dos cosas y más. Recordó las palabras "le tocó en el oído con su saliva y sus oídos se abrieron" y en un gesto automático se humedeció la punta del dedo índice con saliva y se la pasó por su propia oreja. Si ha de ser así que sea ya, Señor, si no, déjalo ir.

Después empezó una cotidiana peregrinación al Hospital a la hora del parte médico. Los días se deslizaban lentos y premiosos, sin cambios. Le hablaron de desenchufar, de traqueotomía, de la posibilidad de que no recobrarla respiración espontánea, de que eso sería el final. Ella debía tomar la decisión. Alberto seguía fuera. La llamaba, pero no estaba. Su madre se pasaba el día rezando, convencida del milagro más o menos inmediato. Flotaba como en una nube de fe y esperanza que Magdalena envidiaba en el fondo de su corazón, pero no comprendía. Ella ya sabía que aquello no tenía regreso posible.

Su padre resistía todos los tratamientos. Cogía una infección tras otra y las superaba. Se consumía. Por primera vez Magdalena lo vio como un viejito. Los huesos de los hombros puntiagudos y el pellejo de los brazos -aquellos brazos tersos, redondos, sonrosados y llenos de pecas- que colgaba en múltiples plieguecillos. Su padre era exactamente igual que aquellos señores mayores que pasaban las mañanas al sol en un banco de

cualquier calle, de cualquier parque. Su padre era un anciano. Nunca pensó que su padre era un anciano, ni que llegara a serlo. Era un hombre de casi ochenta años, pero vivaz, sin arrugas, con el pelo sólo un poco canoso. Cómo podía ser. Pero, sobre todo, era un hombre mudo. Un ser mudo, él que había sido la palabra, el derroche en las explicaciones, el discurseador más brillante que ella había conocido, el polemista más infatigable, siempre dotado de argumentos y razones.

Lo que más le dolía era pensar que tampoco la oía. Nunca la había escuchado. Ya no podría decirle nunca lo mucho que lo había echado de menos en la infancia, en la juventud y en la madurez. Cómo nunca le había podido hacer confidencias porque siempre estaba distante y ensimismado. Cómo cuando sí lo había hecho, no la había comprendido y la había rebatido con mil expresiones. Ya nunca le podría decir que a pesar de todo, ella lo quería y lo admiraba.

Había soñado muchas veces con que su padre, con la edad, iría dulcificando el carácter, se le irían quitando las ganas de polémica y ella podría cuidarle y contarle sus cosas sin terminar en discusiones violentas. Podría por fin ser su guía y su mentor. Esa persona de larga experiencia que te aconseja y te lleva de la mano, ayudándote a pensar por ti mismo. Pero estaba mudo y sordo. De cualquier forma, aquellos sueños eran sueños perdidos y, en el fondo, pensaba que era mejor así, que su padre no fuera consciente de su decadencia, de su degeneración. Sobre todo, que no despertara viéndose menguado en sus facultades,

pero suficientemente lúcido como para comprender en qué situación de invalidez se hallaba.

Los días y las semanas pasaban y la situación permanecía estable. Todos los médicos estaban asombrados de la resistencia del paciente, pero ya hacía mucho que habían descartado cualquier recuperación. Doña Magdalena seguía aferrada a sus estampas y rezos, insensible a cualquier reflexión sobre tomar las riendas de los asuntos domésticos o económicos, que se empezaba a descubrir no estaban nada claros. Tampoco aceptaba la idea de una muerte más o menos inminente. Magdalena, ante aquella actitud de su madre, comenzó a tomar decisiones y a poner en claro los asuntos. También se dio cuenta de que ella, al contrario que su madre, tenía la muerte presente todos los días. Cada vez que cogía el coche para ir al trabajo pensaba, me puedo quedar hoy en la carretera. Cuando despertaba por las mañanas, se sorprendía de haber vivido una noche más. Sentía que los días eran para llevar los asuntos controlados, para dejar las tareas acabadas, que no se podía pensar en ya haremos eso mañana o cuando tu padre se cure. Se daba cuenta de que siempre la habían enervado las dilaciones, las cosas dejadas para otra ocasión. Tenía la certeza absoluta de que no había más ocasión que la del presente y que si se dejaba pasar era muy posible que ya no hubiera otro presente.

En los largos meses que duró aquella agonía muda, Magdalena contó con el apoyo permanente de Héctor. El acudió a su primera llamada de socorro, se hizo cargo de los niños, de las cosas

urgentes. Estuvo disponible a cualquier hora del día o de la noche. La escuchó incansable. Soportó todas sus reflexiones histéricas y desproporcionadas. La entretuvo y la distrajo cuando estaba triste. Le barrió las lágrimas de la cara con la palma de sus manos. Le acarició el pelo y la abrazó por los hombros como un hermano cariñoso y responsable hace con una hermana menor, cuando se le ha roto un juguete. Magdalena se apoyó en él, dejándose llevar, pero al mismo tiempo mostrando una entereza sin quiebras frente a todo el mundo. Sólo se permitía ser débil e insegura ante Héctor. Frente a los niños no debía. Frente a su madre no podía permitírselo porque ella, en cuanto Magdalena bajaba la guardia, la envolvía con sus desvaríos, planes y fantasías que le desbordaban la paciencia.

El trabajo no se resintió. Magdalena acudía todos los días al despacho. Trabajaba incansablemente. Llevaba los asuntos con un orden y una disciplina admirables. Nada se retrasaba, todo estaba a punto en el momento preciso. Empezó a sentir algo parecido a la admiración por sí misma. Se empezó a apreciar. Se maravilló de su entereza y capacidad. Como no quería vanagloriarse se hizo la reflexión de que con todo aquel trajín, el trabajo, la casa, los negocios de su padre, los niños, la ausencia de Alberto que había que suplir, estaba ocupada y no pensaba. Ese cansancio la ayudaba a dormir por las noches y a no agotarse físicamente. No quería reconocer que todo aquel ajetreo no le impedía tener permanentemente la imagen de su padre en su cama del Hospital ante los ojos y que éstos se le llenaran de

lágrimas cada dos por tres.

Héctor salió de viaje a visitar a unos parientes a los que hacía casi veinte años que no veía y que estaban de paso en Francia, aprovechando las vacaciones de Navidad. El mismo día de Navidad el teléfono sonó para avisar del fallecimiento de don Jorge. Magdalena trató de localizar a Héctor en el teléfono que le había dejado para emergencias. Escuchó su voz cálida y eso la confortó. Le dijo ya se ha ido. Mañana lo enterramos. No me va a dar tiempo a llegar. Tendría que ir a París y allí tomar un vuelo y, luego, cómo voy hasta el lugar del entierro. Dame alguna idea de cómo hacerlo para estar. No, si ya sé que no podrás llegar. No lo intentes siquiera que sería muy cansado y frustrante. Por otra parte es Navidad, debes aprovechar para estar con tu familia que hace tanto que no ves. Ya nos veremos dentro de unos días. Sabes que estoy contigo. Lo siento, ojos bonitos, pero ya sabíamos que había de ocurrir. La pena es que haya sido tan largo y triste. Te quiero. Cuídate. ¿Alberto, ya llegó? Sí, anteayer. Ha llegado a punto, gracias a Dios, porque yo aquí sola más tiempo y con esto, no sé. La voz se le cortó. El le mandó más besos y cariños. Le dijo ojosbonitos, todo junto, con gran ternura y un cierto tono de complicidad que ella agradeció.

Se volvió a sorprender a sí misma, cuando colgó el teléfono, sintiéndose a la vez consolada y rabiosa porque hubiera querido oír un voy para allá como sea, al tiempo que decía que no era necesario, que no importaba, que ya sabía de su apoyo.

La verdad es que esperaba desde hacía meses que ocurriera el fallecimiento. A ratos, casi lo deseaba porque aquella situación de su padre, suspendido entre el cielo y la tierra, ni vivo ni muerto, era insoportable. Creía que no conservaba ninguna esperanza en lo más hondo de su ser, pero debía guardarla porque lo cierto es que se sintió muy mal cuando le llegó la noticia. De otra parte, había soñado, en un sueño de pesadilla, que acompañaba a su padre al cementerio, lo enterraba y no podía derramar ninguna lágrima. Un brazo, a cuyo dueño no veía en el sueño, la rodeaba y sostenía, mientras el sepulturero echaba tierra en la fosa, pero ella sabía, en su pesadilla, que era el brazo de Héctor. El dueño del brazo le murmuraba frases cariñosas y éstas secaban cada lágrima que quería caer de sus ojos. Sin embargo, al llegar el momento de la realidad, casi fue ella la que impidió que Héctor intentara el viaje de regreso para acompañarla. La furia de sus sentimientos se sumó a la perplejidad, el desconcierto y la tristeza de su ánimo. En los días siguientes al entierro, muchas veces se preguntó a sí misma si quería o no quería la presencia de Héctor a su lado.

La preocupación por esta cuestión quedó arrinconada, cuando se percató de que ella había dicho toneladas de palabras de consuelo a su madre, mientras que ésta, en ningún momento, no sólo no había intentado consolarla, sino tan siquiera le había preguntado cómo se encontraba. Llegó a la conclusión de que ella había perdido al marido, pero Magdalena no había perdido a su padre. Lo comentó con Alberto. No te hagas mala sangre. Tu madre

ya sabes cómo es, no va a cambiar ahora. Siempre ha sido el centro de la existencia y su pena es pena, lo tuyo son manías. Ya lo sabes. No hay que hacer caso. La absoluta razón de las palabras de Alberto no le sirvió de consuelo, pero se alegró de que sus hijos tuvieran una madre como ella y no como doña Magdalena.

Otro Héctor, con toda su familia, entró en escena. El padre de Héctor, padre éste a su vez de Megara, la mujer de Gutiérrez, el experto en procesos contables, se llamaba Aníbal. Tenía dos hermanos que se llamaban Asdrúbal y Amilcar y una hermana, que luego, en una familia más bien liberal, se metió monja a pesar de llamarse Casandra o precisamente por eso. El padre de Megara, don Héctor, siguió con la afición de su padre, don Aníbal, y buscó los nombres de sus hijos entre las fuentes mitológicas y la historia de la Antigüedad.

Su hijo mayor, que luego moriría en un accidente de automóvil, según se fugaba con una jovencita, discípula suya del Instituto, recibió el nombre de Aquiles y sin duda fue un nombre premonitorio. Su débil talón lo constituían las alumnas y eso mismo le llevó a la muerte. A su hija, la mujer del infeliz Gutiérrez, experto en procesos contables, la llamó Megara, inspirándose, tal vez, en la mítica hija del rey Creonte y, según las normas convencionales de la sociedad moderna, con ese nombre la condenó igual que a aquélla a un fin trágico, aunque de distinto signo.

Si tanto le gustaban los nombres clásicos podría el hombre haberse esmerado un poco más, porque fue marcando a sus hijos de

manera terrible, si es que, como creían los antiguos, los nombres los decidía el destino y conformaban la vida del sujeto que los llevaba.

A su hijo pequeño, lo llamó Recesvinto. Es posible que pensara que con los reyes godos tendría menos problemas porque, después de todo, sólo eran herejes, pero al menos cristianos.

Cada vez que llevaba los hijos a bautizar, al cura de la parroquia de San Andrés, se le ponían los pelos de punta, murmuraba reniegos por lo bajo y le decía: Lomares, con ese nombre no te bautizo el hijo. Lomares respondía, Padre, usted sabe que mi apellido verdadero es Lemures, que a causa de la Inquisición y por parecer demasiado pagano, mi tatarabuelo cambióló por Lomares, con esa marca en la familia, qué otra cosa puedo hacer. No me sea Torquemada y bautíceme el hijo como le digo. Le he de poner nombre de Santo o Virgen y tú, luego, lo llamas como mejor te plazca. Pero al echarle las aguas y el óleo yo no miento esos nombres del Averno, para que me entiendas, pedazo de pagano. Al malogrado Aquiles lo bautizó el párroco como Asterio, por ser el santo confesor cuya fiesta se celebra el 19 de Mayo, día del nacimiento del luego nominado Aquiles. Es posible que el párroco no supiera que hay varios Aquiles que entraron en el santoral romano o tal vez, aún siendo mártires por la fe, le pareciera que seguían siendo paganos. Lo mismo le pasó a Megara, que figuraba en los registros como Bernardina Megara y al más pequeño, Reces en casa, le tocó en suerte bautizarse bajo la advocación de San Froilán, aunque por el día

del nacimiento le hubiera correspondido San Ramón Nonato. Sin embargo, el párroco pensó que San Ramón era un nombre demasiado hermoso para ponérselo al hijo de un medio descreído y eligió el nombre de uno de sus mentores del seminario de Salamanca, hombre de gran espiritualidad a ver si así metía algo de Espíritu Santo en aquella familia. Se equivocó el buen hombre en sus intenciones. Recesvinto pudo más, acaso, y el chico, cuando llegó a edad de votar, se unió al movimiento gay de su barrio, aunque algo debió influir San Froilán porque, aunque era un poco especial y se vestía de un modo que a su padre le daba sarpullido, escribía hermosos versos y hasta algún premio literario ya le habían dado al muchacho, que, por otra parte, era de natural tímido y delicado. Magdalena lo encontraba muy agradable y compró algunos de sus libros y le pidió que se los dedicara. Reces le puso preciosas dedicatorias y, en realidad, a Magdalena era el miembro de la familia Lomares que más le gustaba.

Bernardina-Megara, que trabajaba en otro departamento se las ingenió para que le encargaran una parte del proyecto que venían desarrollando Magdalena y Héctor con grandes dificultades y escasez de medios desde hacía dos años. Le correspondía consultar su trabajo con Magdalena, pero, curiosamente, siempre tenía las cosas terminadas cuando Héctor estaba en el despacho y Magdalena había salido a hacer alguna otra cosa. Vaya, no está, te importaría echarle tú un vistazo porque si espero que Magdalenita vuelva, me pueden dar las uvas y no puedo seguir si esto no está bien enfocado o hay que añadir algo. Héctor le

preguntó un día, por qué la llamas siempre Magdalenita que es un diminutivo bien complicado. Me parece siempre una chiquilla y ya va teniendo una edad; es mayor que yo, pero no madurará nunca esa chica. No te da a ti la impresión de que siempre hace lo que los demás dicen, no tiene iniciativa propia y en su vida familiar es una sombra de su madre y de su marido. Ella no hará nunca nada por sí sola y, en el trabajo, se ha arrimado a ti, porque en su departamento la tenían arrinconada, estaba haciendo funciones de administrativa, como si fuera una mecanógrafa y eso que es licenciada. Yo, que la quiero y soy buena amiga suya y la conozco muy bien, le he dicho montones de veces que espabile, que decida sobre su vida, que se suelte, que haga las cosas por su cuenta, que no entre en todas partes como pidiendo permiso. Tú la conoces bien, preguntó Héctor. Sí, tengo como un sexto sentido para la gente. A ti es como si te conociera de toda la vida. Héctor la miró con frialdad y pensó, esta mujer me saca de quicio. Bernardina-Megara interpretó su arqueado de cejas como una interrogación muda y respondió a la supuesta pregunta. Sí, te conozco. ¿Sabes que te llamas como mi padre, Héctor, y eso te da cierta similitud con su carácter? Mi padre es un hombre muy valioso, con una gran cultura, aunque no tiene títulos. Tuvo que ponerse a trabajar muy joven, pero sabe de todo y en cantidad. Pero es inseguro. Tiene ideas geniales que no es capaz de poner en práctica, siempre a la busca de una idea mejor. No se da a valer y tú, juntándote con Magdalenita, que es tan parada, no te das tampoco a valer. Os he oído discutir cosas del trabajo y

ella te corta las alas. Si ella tiene miedo y no es capaz de hacer las cosas como tú las harías, que no las haga, pero tú debes dejarte llevar por tu instinto. Tienes mucha más capacidad de la que muestras. Deberías deshacerte de ella y volar por tu cuenta. Necesitas colaboradores que te hagan el trabajo pesado, eso puede hacerlo Magdalenita que es muy concienzuda, eso sí, pero rodearte de gente con más iniciativa y que te apoye. O mejor, hacerlo solo y llevarte tú la gloria. Tú podrías hacer muchas y mejores cosas. Yo a ella también la conozco bien. Somos muy amigas, pero eso no quita para que se sea objetivo. A ti, aunque te veo como a mi padre y eso me hace pensar que te conozco, te conozco menos y no tengo interés especial en ti, pero no puedo menos que decirte lo que pienso, porque soy muy sincera.

En los ratos de cafetería, Megara se pegaba a Magdalena como un sello y la sonsacaba hábilmente acerca de sus relaciones con Héctor. Magdalena que apreciaba a Héctor como a un hermano, que había aprendido a quererle, con el que compartía el interés por el trabajo y las confidencias, se sentía orgullosa de aquella relación que era sólo suya y, sobre todo, de haberle devuelto a Héctor una cierta espontaneidad y naturalidad de las que antes carecía. Con ella Héctor hablaba llanamente, sin revueltas, sin aquel aire distante que empleaba con los demás, no se hacía el misterioso y el indiferente y, cada vez con más frecuencia, se la quedaba mirando en silencio, con una mirada suave que la recorría milímetro a milímetro y que parecía decir, me gustas

toda. Cuando Magdalena sentía aquella mirada, no se atrevía a devolverla pero la espiaba con el rabo del ojo y se deleitaba en el calor que se desprendía de ella. Magdalena amaba a Héctor con un amor profundo, sincero y sin deseos. Un amor entregado y puro que, cuando pensaba en ello, le daba cierta risa. Todo el mundo podría pensar que no existen ya amores así, que son los de las novelas y ni siquiera. Esos son amores románticos, platónicos, que no se dan en la realidad. En los ratos perdidos, Magdalena pensaba que sería estupendo ser muy viejecita, así nadie pensaría ya que en su amor por Héctor tenían cabida las pasiones, aunque hay quien afirma que la edad no es un límite para la pasión. Otras veces pensaba que aquel hombre era la pareja perfecta para su alma y que su cuerpo y su alma juntas ya no necesitaban un amor humano, de este mundo, sino un amor de esos que se proyectan más allá de las estrellas, que tienen el verdadero germen de la eternidad y tal vez el único posible eco eterno que el hombre posee. Por eso, cuando Megara la interrogaba sutilmente, ella no sentía ningún empacho por hablar de lo mucho que apreciaba a Héctor y de lo orgullosa que se sentía de haberle devuelto la sonrisa, una sonrisa franca que, a veces, terminaba en carcajada. Ella se sentía pagada con hacerle reír y que la llamara graciosa.

Megara se dedicó a entrometerse en la vida de ambos. Unos ratos lucía su menor edad. Era bastante más joven que Magdalena y mucho más que el señor Gutiérrez, su sufrido e ignorante esposo, sólo experto en procesos contables. Estaba aburrida de

ser una simple administrativa y siempre había soñado con llevar una vida de viajes, excursiones, con un cierto toque intelectual y bohemio. Leía las cosas más peregrinas y, aunque no las entendía del todo, aprendía frases de memoria y las soltaba en medio de la conversación, eso sí, con acierto, pero rodeándolas de misterio, como si supiera más de lo que decía. Antes de echar por su boca, maquillada con cuidado, la frase de turno, fingía distraerse de la discusión de trabajo que mantenían, adoptaba un aire de mujer perdida en la niebla y salía por peteneras filosóficas, como decía Magdalena, que intentaba devolverla a la realidad explicándole lo último que se estaba tratando, pero siempre se encontraba con que Héctor seguía la conversación con Megara y la ignoraba. Magdalena, entonces, recogía sus bártulos y con aire de dignidad, abandonaba el despacho, resolvía las cuestiones, pasaba los informes a limpio y volvía al despacho para que Héctor firmara los expedientes. Allí se los encontraba aún de charla. Magdalena se daba cuenta de que a las frases plenas de reflexión y sentido de Héctor, Megara oponía una especie de filosofía esotérica, más bien aprendida de los manuales de astrología que venden en los quioscos y se la llevaban todos los demonios cuando percibía que Héctor no se daba cuenta de la ristra de vulgaridades tocadas de exotismo y le mantenía la conversación.

Aquella mañana, ante un largo puente festivo, Magdalena había concertado con Héctor salir a tomar algo, visitar una exposición y, luego, terminar un trabajo. El teléfono sonó cuando ella

estaba en la ducha, por mucho que corrió sólo pudo alcanzarlo cuando ya se había cortado la comunicación. Puso el contestador y escuchó la voz de Héctor que decía: Magdalenita, cambio de planes. Me ha surgido un compromiso ineludible. Estaré fuera todo el día. Te llamaré por la noche. Pase lo que pase, espera que te llame. Un beso.

El lunes por la mañana, al llegar al despacho, el jefe de la sección de proyectos le había dejado recado para que fuera a verle urgentemente. Magdalena abrió la puerta. Dígame, don Alfredo. Don Alfredo, un hombre que rondaba los sesenta años, pero tenía una figura recia y juvenil, se levantó de un salto y dijo, me están ustedes dejando colgado. Magdalena enarcó las cejas. Sí, colgado. No ponga esa cara. Héctor y la Lomares me pidieron permiso el viernes por la mañana para ausentarse hasta el miércoles, porque, según dijeron, tenían que salir a provincias a recoger un material que faltaba y, luego, yo el viernes por la noche, en casa, repasando los informes que usted me había dejado, Magdalena, me encuentro que allí lo único que falta es la firma de Novales. ¿Me puede usted decir a qué juegan esos dos? Esto debería salir precisamente hoy o, a lo más tardar, el propio miércoles y ese randa dónde está para que eche aquí su garabato. Si no se cumplen los plazos, el que se la carga soy yo. ¿Cómo justificamos el presupuesto? Y he sido tan simple que les he dado permiso para irse. Yo. Y por escrito.

Mientras don Alfredo lanzaba todo aquello, Magdalena estaba pensando cómo le podía Héctor haber pedido permiso el viernes, si habían ya hecho plan de verse el sábado para ir juntos de museos. Por qué, si era urgente, no se la había llevado a ella,

que era tan responsable del proyecto como él, y se había ido con Megara, que sólo estaba de auxiliar. ¿Qué papeles eran aquéllos de los que nunca había oído hablar? La cara de Magdalena debía reflejar tal clase de perplejidad que don Alfredo bajó la voz y preguntó con suavidad ¿ha visto usted hoy a Gutiérrez?

Magdalena sin salir de su estupor por las extrañas reacciones y noticias de don Alfredo y haciendo un esfuerzo por recordar. Sí, le había visto, parecía como apagado. Se lo había encontrado en el ascensor, al llegar y apenas le había devuelto los buenos días. Luego, había enfilado el pasillo con paso vacilante y pegado a la pared. Magdalena había estado a punto de preguntarle si le pasaba algo.

Ya está, casi gritó don Alfredo, al pobre Gutiérrez se la han vuelto a pegar. El es soltero, que yo sepa, pero ella. Ella es la tercera vez, y han de ser más, que se enreda con alguien.

Magdalena oía las palabras de don Alfredo zumbar a su alrededor como mosquitos, pero no entendía nada. No sabía a qué se refería aquel hombre. Don Alfredo al ver la cara de pasmada de Magdalena, que era todo ojos más que nunca, terminó por decir, pero, hija, no sabe usted que esa Megara o Bernarda o como coño se llame es un pendón reconocido que ya se ha liado o ha liado a dos o tres que tienen relación con esta oficina. No, no se los busca por ahí, donde su marido no la vea. Lo tiene que hacer aquí, en la oficina, a los ojos de todo el mundo y sobre todo a los ojos de ese pobre Gutiérrez que encima la quiere y le consiente todo. Si es que es más infeliz que un cubo. Pero lo

que más me jode, y usted perdone Magdalena, es que no me esperaba una irresponsabilidad así de Novales. Tan serio él, tan distante, tan suavito con ese acento de ultramar. Con lo contento que estaba yo del equipo que habían formado ustedes dos. Si es para tirarse de los pelos, porque la culpa la tengo yo por panoli, y digo panoli porque está usted que es una mujer muy fina, porque lo que yo soy es gilipollas.

Don Alfredo aceleraba, se embalaba, iba cogiendo gas y estaba apunto de explotar. ¿Sabe usted por qué? pues porque la muy bruja de Megara, la señora de Gutiérrez, vino a decirme, con esos aires místicos que se da de vez en cuando, que Novales le había dicho, bueno no a ella sino a su marido, que estaba aburrido de trabajar con una persona como la señorita Acero, que era demasiado parada y que por eso el proyecto no tomaba más vuelos, y que ella, que sabía que usted, porque eran amigas, era muy eficiente, pero que quizá el proyecto lo que necesitaba era que alguien más se incorporara a él, que se ofrecía gustosa a remediar la cuestión, sobre todo para que usted, que era su amiga, no quedara mal, no fuera a ser que Novales, hartado, decidiera pedir su relevo, que usted estaba pasando una mala racha con lo de su padre y que sólo le faltaba que la mandaran a su departamento donde estaba más bien poco considerada. Yo piqué. Yo que la conozco a usted, pero que especialmente la conozco a ella, me lo tragué como un imbécil. Viendo los papeles, el viernes en casa, me di cuenta de la jugada, quería trincar a Novales. El proyecto, en los últimos meses, lo ha

llevado usted sola, se nota en el modo de redactar los papeles. Usted tiene un estilo inconfundible. En las trescientas últimas páginas no hay una sola letra que no haya puesto usted, la que no podía trabajar porque estaba preocupada con su padre. Yo siento mucho lo de su padre, ya se lo dije, pero a usted estar preocupada o asustada o triste le va de maravilla. ¡Qué lucidez, qué claridad, qué diagnósticos de los problemas y qué acierto en las soluciones! Y el animal de Novales, mientras, abanicándose y dejándose querer por esa arpía. Bueno y para qué necesitamos a Novales. Se pone una nota y firma usted con mi aval y a esos dos ya los arreglaré yo.

Magdalena salió de su estupor de forma progresiva. Era como si diversas lucecitas se fueran encendiendo en su cerebro, muy despacio, pero muy brillantes, iluminando zonas de su pensamiento y memoria que ella, deliberadamente, había ido manteniendo en la sombra. Despacio, muy despacio empezó a articular. No creo que debamos hacer eso, sería una precipitación. Yo no puedo firmar en solitario un proyecto conjunto en el que han trabajado dos personas como responsables. Usted sabe que yo sólo he seguido las indicaciones del señor Novales. Sí, es mi estilo, es mi redacción, pero bajo sus orientaciones. Yo no he inventado nada. La mayor parte de las ideas y análisis son del señor Novales, sólo las he expresado. Por qué le estoy defendiendo, por qué digo estas cosas. Su lengua iba por un lado y su cerebro iba por otro, el corazón le latía fuerte, sentía los golpes en los oídos. Y la bruja de

Megara, con razón tanto interés, se imaginaba que entre Héctor y ella había algo más que compañerismo, amistad y trabajo. Claro que lo había, algo que ella no sabía que existiera. Tal vez sólo Magdalena era capaz de un sentimiento así, pensó, como en las novelas o en las películas. Se le dibujó una sonrisa. En cuanto a la señora de Gutiérrez, Megara, no somos amigas, únicamente coincidimos en el trabajo. Su marido me parece una buena persona. Conozco a su familia, a su padre, a su hermano, el poeta. El maricón, rezongó Don Alfredo, ¡si es que es una familia, porque el padre también es de toma pan y moja! No diga usted esas cosas, ahora porque está enfadado, seguro que hay una explicación razonable. Novales no me ha llevado a mí a buscar esa documentación porque sabe que tengo una vida familiar, en este momento, que me ata mucho. Mi marido vuelve a estar de viaje, son estancias cortas, pero cada dos semanas se ha de ir y ésta le toca fuera, tengo a mis hijos y a mi madre, la casa y los negocios que dejó sin rematar mi padre. También estoy cansada. Han sido meses malos. Estoy convencida de que esos papeles son importantes, ya lo verá.

Don Alfredo la miró como si fuera una pobre criatura desvalida e ignorante. Magdalena sentía que la sangre hervía bajo su piel pálido verdosa que no reflejaba sus sentimientos. Por primera vez en su vida, se alegró de su mal color que no la delataba. Pero los ojos sí. Los ojos bonitos relampagueaban mientras hablaba con voz calmada.

Al final don Alfredo, con un tono diferente, lleno de

ternura, Magdalena, usted es una mujer demasiado generosa. Siempre defiende a sus amigos. Novales es un hombre y, si una mujer se le entremete en la vida, se deja hacer. Yo eso lo entiendo, no lo disculpo, pero entiendo. Por otra parte, él está libre de ataduras, puede hacer lo que le venga en gana, siempre que no afecte a su trabajo. No cabe duda de que es competente, pero no menos ni más que usted. Sin embargo, nos ha embarcado con su imprudencia a usted y a mí. Nos ha podido poner en ridículo y, si me lo permite, creo que ha burlado su amistad. He visto por su sorpresa que usted estaba más ajena que yo a las circunstancias, de modo que no hay complicidad en usted. Usted es una buena chica, bueno, una buena mujer, pero demasiado confiada e ingenua. Megara la ha manipulado. De ella nada me extraña, pero que Novales, que también se ha dejado manipular, le haya ocultado su relación con la señora de Gutiérrez. Eso es otra cosa. Claro que, tal vez, le tenía miedo a usted. Usted podría haber sido la voz de su conciencia y él no quería oír a su conciencia. No tome a mal lo que le digo, ni piense que soy entrometido yo también. La aprecio, Magdalena. Me permito decir lo que digo por ese aprecio. Ahora, debemos olvidar esta conversación y solucionar lo del proyecto, pero antes sepa que tiene en mí a un amigo.

Magdalena sonrió. Don Alfredo había puesto en palabras claras y directas lo que ella sentía y pensaba atropelladamente, mientras aparentaba serenidad. Sí, nos ocuparemos de los papeles, pero antes permítame que le diga que yo no soy tan

arcangélica como me ve usted. Tal vez, despistada, pero no ajena a las tentaciones, las sospechas, los rencores y los malos pensamientos. Ya lo sé, dijo él, pero evita caer en la tentación y eso es lo que cuenta. No sé si podré dejar de caer en ésta. Vamos a los papeles y gracias.

A eso de las once de la noche sonó el timbre de la puerta. Magdalena fue a abrir y se encontró a Héctor Novales. Hola, dijo, y le franqueó el paso. Él entró silencioso, mirando al suelo. Se sentó en el borde del sofá del salón y lanzó una de aquellas miradas hacia el rostro de Magdalena que ella espiaba con placer porque le caldeaban el corazón. Magdalena, sin embargo, le miraba de frente, sin pestañear. Sus grandes ojos, profundos, expresivos, tenían el tono de los de cierto perro que no entendió por qué lo apaleaban hasta morir. Se sentía irritada, defraudada, engañada y, al tiempo, dispuesta a recibir como buena cualquier explicación por fantástica que fuera. Sólo con que me diga lo siento, debía haberlo hecho de otro modo, decirte algo, me equivoqué, perdona, ya basta. Estoy dispuesta a perdonar lo que sea con tal de no perder su amistad, pero la desconfianza no sé si la podré superar.

Magdalena se conocía bien. Las palabras no eran siempre lo que decían. Tenían significados ocultos, deformaban la realidad o la contaban de tal modo que unos entendían una cosa y otros otra y, después de todo, cuál era esa realidad en la que sus propios sentimientos eran tan encontrados.

De pronto, en sus ojos apareció una chispa especial y dijo, sin pararse más a pensar, ¿qué tal el fin de semana con Megara?,

¿mereció la pena? En tono juguetón añadió, Don Alfredo estaba hecho una hidra. Si me hubieras dicho algo, yo podría haber echado un capote. Cuando se hacen cosas de éstas, es conveniente tener un cómplice que mantenga el coche en marcha. Esto lo dijo como si tuviera una larga experiencia en fugarse con alguien. Novales la miraba como un perro apaleado. Ella se estaba burlando con su tono más cruel. Y ahora, ¿qué papeles nos inventamos para mantener a don Alfredo contento y que no se note demasiado o, al menos, que parezca que la excusa tenía algún fundamento? Espero que hayas pensado en ello, a mí no se me ocurre nada. Lo que sí estuvo feo es que no me dijeras nada, porque yo me quedé sin saber qué iba a hacer el fin de semana. Claro que luego decidí que podía muy bien hacer el plan que había hecho contigo, por mi cuenta. Debes llevar a Megara a ver esa exposición. Ella que últimamente está tan inclinada a la filosofía y el arte, que es tan sensible, disfrutará y seguro que ir con ella te hará ver la exposición de forma mucho más sugerente que si la hubieras visto conmigo. Yo no soy tan artística como ella. ¿Te apetece tomar algo o te vas ya a tu casa? Es tarde.

Mientras Magdalena se iba a la cocina a preparar algo de beber, sin que Héctor hubiera contestado afirmativa o negativamente si quería tomar algo, Hector se levantó y la siguió. Magdalena se movía por la cocina como si estuviera practicando un ritual sagrado o una danza iniciática. El la miraba evolucionar y sus pensamientos eran un torbellino espeso, informe y

desgarrado. Se sentía como un imbécil, pero se revelaba contra ese sentimiento. Tenía la impresión de que ella se comportaba con un sarcasmo insufrible y que no era para tanto. Después de todo ella no era su mujer, sólo una compañera de trabajo. En este punto era cuando se llamaba imbécil a sí mismo y una especie de arrepentimiento le embargaba unido a un sentimiento de rechazo por sentirse culpable. Ella no era una esposa, pero tampoco una compañera sin más. Ella era la única persona amiga que había tenido en su vida. Ella era el cesto de sus confidencias, de sus indecisiones, de sus quejas contra la vida, era el lugar donde descargaba su frustración sin sentirse ridículo. Ella era además la primera persona que le había dado alegría de vivir, la primera que de verdad le apreciaba y le valoraba como hombre y ser humano. El sabía que ella le admiraba, le respetaba y además, o precisamente por ello, le quería. Le quería sin interés de ninguna clase, de un modo fiel y desprendido. El la había herido. No le debía nada. No estaba en deuda con ella. Ella tenía un marido, una vida hecha, plena. El no tenía ninguna obligación con ella, ninguna responsabilidad.

Megara está muy sola. Tiene problemas con Gutiérrez que es un buen hombre pero muy gris. Megara lleva muchas cosas dentro a las que ha de dar rienda suelta. Necesita el contacto con gente más refinada, más exquisita. Ella es un espíritu valioso aún sin pulir. Yo podría ofrecerle eso. Nuestra relación es puramente intelectual. En este caso concreto, que nada tiene que ver, el

jueves por la noche, me llamó aquel tipo con el que ya hablamos en una ocasión y que lleva lo de las estadísticas. Me dijo que tenía la evaluación hecha, pero que la tenía que mandar al Ministerio el martes. Me dijo que si iba el sábado o el lunes me dejaba ver los resultados y que yo utilizara el material que necesitase. La cosa tiene como unos doscientos folios de números y gráficas y cincuenta páginas de conclusiones. Para seleccionar lo que fuera interesante yo me tenía que leer todo y sacar copia. Pensé en llamarte y cambiar el plan, luego me di cuenta de que, no estando Alberto, te sería difícil venir conmigo, de modo que estuve un rato sin saber qué hacer. Por la mañana, al llegar a la oficina, me encontré a Megara en el ascensor. Tenía mala cara y le pregunté por la salud. Me dijo que estaba bien, que era su alma la que no estaba bien. Yo lo eché a broma, pero ella me dijo que había tenido una discusión terrible con Gutiérrez. Ella conoce a un chico, amigo de su hermano, que es violinista. Toca en un cuarteto de cuerda de vez en cuando. Es un bohemio y vive un poco a salto de mata, pero es un chico muy prometedor como músico. Cuando toca en algún sitio ella va a oírle siempre para darle ánimos. El jueves por la noche, había un recital de poemas de su hermano y otros poetas, el músico iba a tocar también. Su hermano la invitó y se fue para allá. El recital duró casi hasta las dos de la mañana. Luego, los más cercanos a los artistas se quedaron en el local charlando y tomando una copa hasta las cuatro de la mañana. Megara llegó a su casa, la acompañó el violinista. Su marido la estaba

esperando y la puso tibia. El sabía perfectamente dónde estaba. Ella le había pedido que la acompañara y él no había querido ir. Ella estaba destrozada. No sabía si podría continuar aguantando a aquel hombre que para los demás era siempre amable y pacífico pero que con ella era un auténtico diablo. El caso es que sin pensar en más le dije lo de las estadísticas y le propuse que viniera conmigo. Podríamos hablar durante el viaje, me facilitaría el trabajo y todo contribuiría a calmarla. Pensé que podía ayudar a esa mujer atribulada e infeliz. Yo sé muy bien lo que es la soledad, el no tener a nadie que te comprenda, el no poder desarrollar tus capacidades. Pensé que yo estaba en condiciones de comprenderla y ofrecerle amistad, consejo, desahogo. En fin. Tal vez hice una tontería y, desde luego, don Alfredo podría abstenerse de sacar conclusiones precipitadas y no ir con cotilleos y, menos, a ti. Magdalena pensó yo no he hablado de cotilleos. El continuó diciendo, sólo hemos estado juntos haciendo el trabajo y hablando de sus problemas. Nada más. Todo lo que corre sobre Megara es falso. Es una mujer buena y es desgraciada. Así que Héctor sabía de los rumores que corrían sobre Megara. Nunca se lo había dicho.

En ningún momento, mientras tomaban la copa y él seguía hablando, hubo unas excusas claras. Héctor no le pidió perdón por la ocultación. No le dijo lo siento, Magdalena, debía haberte comunicado mi intimidad con Megara. Debías saber que éramos amigos y confidentes. Lo único que dijo, en tono retador, fue que no voy a ser sólo amigo de una única persona. Supongo

que puedo tener más amigos.

Seis meses después, la amistad de Héctor y Megara se había enfriado. Magdalena no sabía porqué. Don Alfredo coincidió con Magdalena en un pasillo y, si se encuentra usted a Gutiérrez no le pregunte nada, saludelo sin más. La señora de Gutiérrez se acaba de fugar con un músico, seis años más joven que ella, que, por lo visto, era muy amigo, además, de su hermano, el poeta. Usted ya me entiende.

Magdalena estaba sentada en su despacho, mirando fijamente a la pantalla del ordenador, pero incapaz de entender nada de lo que leía. Héctor entró, se sentó junto a ella, le pasó los dedos por los ricillos del pelo que le colgaban, desprendidos, de su moño y, tienes aquí unos pelos sueltos, ¿no te hacen cosquillas? Si me los tocas, sí. ¿Sabes que Megara se ha ido? Debió decirme algo. Me decía que yo le recordaba a su padre, que me tenía mucho respeto, que me apreciaba. Incluso llegó a decirme que me quería, que los Héctor tenían una gran influencia en su vida y yo era uno de los dos más importantes. Bueno, que siempre seríamos amigos y que ella me guardaría un cariño eterno. Al parecer se le ha borrado rápido. Magdalena pensó, sí, muy rápido. Tan rápido como empezó. Estuvo tentada de dejar paso al pensamiento de yo, en cambio, te seré siempre fiel, no me fugaré con nadie. Estuvo a punto de decirlo incluso. Pero aquella frase quedó cortada por me temo que, además, has contribuido con todo esto a hacer nacer en mí la desconfianza hacia ti. Si no me fío de ti, siempre te querré condicionadamente y eso es lo más

parecido al desamor. Lo que dijo en voz alta se parecía poco a lo que estaba pensando, pero era una mezcla de las dos cosas, como pasa casi siempre con las palabras que son una serie de óes torcidas que, sin embargo, parecen sobresalientes.

- Lo que ocurre en la vida real no se parece en nada a lo que uno imagina y se debe desconfiar tanto de lo que se ve como de lo que no se ve.

Héctor hizo un movimiento de sorpresa. Ella siguió mirando fijamente a la pantalla del ordenador.

El atardecer era calurosísimo. Un sol poniente, ya moribundo, se vengaba de su desaparición inmediata incendiando en oro las nubes más bajas del horizonte. Magdalena terminaba de colocar en los armarios toda la ropa del equipaje. Por fin las vacaciones. Héctor se había marchado a Uruguay. Su viaje a París le había facilitado una cierta reconciliación con la familia y había decidido no dejar pasar la ocasión. Me da pereza ir allá que será invierno. Llevaba tiempo añorando los calores del verano y, ahora, me los voy a perder. Es una ocasión buena de recuperar tus lazos con la familia. La familia nunca es lo que uno espera de ella, pero nada es lo que uno espera, así que, al menos, hay que rescatar en cualquier cosa lo poco que pueda tener de positivo. Héctor con un hilo de voz dijo, eso es lo que tú has hecho conmigo. Me soportas porque aún hay algo salvable, pero no todo y no soy como tú esperabas. Yo ni siquiera soy como yo espero ser, ¿qué puedo pedir que sean los otros? Magdalena, tras decir esto, se volvió hacia él. Estaban recogiendo los papeles del proyecto y archivándolos para la vuelta. Se miraron por encima del cajón del fichero. Magdalena sintió una oleada de ternura por aquel tontarras como le llamaba ella para sí. El tenía en sus ojos aquella mirada de amor entregado, apenado, interrogante y temeroso con que solía mirarla después de que

Megara se fuera. Esa mirada era aún más apreciada por Magdalena que aquella otra que le caldeaba el corazón. Le quiero, pero sigo sin fiarme. No importa. Nada es como debería ser. Esto último lo pensó y lo dijo en voz alta como respuesta a su última cuestión. Tras recoger, fueron a tomar el último café de trabajo. Salieron a la calle, Héctor le echó el brazo por el hombro y ella le rodeó un instante la cintura. Como si les diera reparo, se apartaron inmediatamente. Se miraron y les dio una risa floja. Volvían a entenderse. Recelaban. Ella, que él le ocultara sus sentimientos otra vez. El, que ella se hartara de aguantarle sus manías. Pero eran amigos y cómplices aún.

La voz de Alberto resonó en la casa medio vacía. ¿Estás ya? nos vamos al pueblo a tomar algo. Mañana ya compraremos. También habrá que subir las bicicletas, me parece que hay una pinchada. Estoy. Voy ahora mismo. El coche enfiló el camino polvoriento. Cruzaron el río y salieron a la carretera. Se metieron al mesón que estaba nada más cruzar. Da gusto llegar aquí y comer lo de siempre. Ya sabes lo que te van a dar y que el precio es de risa. Me encanta saber de antemano cómo serán las cosas. Alberto la miró y le dijo, por eso te gusto, porque soy igual de plasta siempre ¿eh!? Sí, debe ser por eso. De todas formas no eres original, casi todos pinchamos siempre en las mismas cosas. Sí, tú no te quieres nunca nada. ¡Oh, no creas!, últimamente me aprecio muchísimo. Es verdad que me gustaría ser rubia, alta, con la piel clara y sonrosada y no me digas eso de tus ojos no los cambies por nada, ya lo sé. Pero de verdad que me quiero

más. Eso espero, añadió Alberto, y la miró como si quisiera ser otro. Magdalena: sé que tú también querías ser otro, así que no me prediques. El dio un respingo. Magdalena le sorprendía últimamente adivinando sus pensamientos y, como en broma dijo, ya sabes que es más fácil decirle a los demás qué tienen que hacer.

Todas las estrellas del universo se habían reunido en aquel rincón del cielo que se veía desde la casa. Magdalena se sentó a oscuras en una hamaca. La tumbó y se quedó cara al cielo contemplando toda la belleza que sus ojos podían abarcar. Sobre las estrellas se fueron proyectando los rostros de Isaque el joyero, de sor fulanita y sor menganita, de su Candelaria, de Roy el perro que no entendió, del tío Félix, manotazo a un mosquito que, a la vez, abofeteaba el pringoso rostro del tío, de su madre, de don Jorge. ¡Ay, don Jorge! allí siempre se paraba un poco más. Las estrellas desaparecían y los hombros picudos de su padre brillaban en la oscuridad sobre un lecho blanco de hospital. ¡Qué lástima de mi papaíto! y unas lágrimas rodaban por sus mejillas.

Noche tras noche de aquel verano, Magdalena dejó desfilar entre ella y las estrellas los rostros amados y odiados. Las ocasiones perdidas y las disfrutadas. Alberto y sus frases de saberlo todo y de aceptarlo todo, porque así es, flotaban en el aire de la noche poblado de mosquitos de los que era difícil protegerse. Pero Alberto, Alberto era también su amigo. Desde la otra hamaca, le tendía una mano que ella adivinaba en la

oscuridad. Se la tomaba hasta que le dolía el brazo por la postura y, luego, suavemente se iba desprendiendo de ella. Comentaban las cosas del día, los planes del día siguiente. Alguna vez entraba en la conversación Dios con todos sus ángeles, tronos y dominaciones, el universo, la muerte, el amor y la vida. Esas conversaciones les precipitaban en silencios hondos, que les obligaban a mirar de nuevo las estrellas. Entonces, a veces, el pelo de Megara se recortaba alrededor de la luna y ella sentía un pinchazo en el estómago muy desagradable, pero se borraba pronto y la luna volvía a ser luna, sonriente; primero con la cara torcida, y con la cara redonda, más adelante, cuando ya enfilaba hacia el poniente y contemplaba cómplice a Magdalena con el rabillo del ojo. Si la noche era algo brumosa y se le presentaba la imagen de Megara, la veía como una Ofelia desdibujada, flotando entre las aguas, ¿loca de amor? y, entonces le daba una risilla maliciosa que ocultaba en la oscuridad de la noche. Me da cierta pena. No, más bien un cierto desprecio. El tiempo lo atenuará. La culpa no era de ella. Entonces, contra el fondo de estrellas, se recortaba Héctor. El sí era culpable de traicionar la amistad, la confianza. También el tiempo hará que eso se olvide o, tal vez, no. Me dedicaré a ocuparme de mí misma; me querré mucho y me guardaré de que me vuelvan a decir ojosbonitos o sobresaliente, si no es del todo verdad. Nunca es verdad del todo. Sólo necesito encontrar huecos entre mis obligaciones para pensar en mí y no olvidarme de mí y de mis propósitos.

Una estrella fugaz iluminó el cielo a través de la imagen de Héctor. Pensó, te quiero, Héctor. Quiero a mucha gente; mis amigos, mi familia, pero, estrella, dame un espacio para la soledad. Un espacio para encontrarme y amarme.

El mes de Agosto es un mes de estrellas fugaces. Magdalena repitió su deseo a las estrellas más de una docena de veces. Cada noche espiaba al cielo para que no se le pasara ocasión de reiterar su petición. El deseo se cumplía, día por día. Magdalena comprendió que su vida era sólo suya. Las vidas de los demás corrían paralelas o tangentes, pero no eran su vida. Su dolor era suyo. Podía compartirlo, comunicarlo, igual que su gozo y su alegría, pero como el suyo no había otro gozo ni otro dolor. Eso era su vida, su propiedad y posesión. Vida era sentirse vivir a cada instante, fuera bueno, malo o las dos cosas a la vez. Otra estrella. Otro espacio para la soledad consigo misma.

Acabó el verano y terminó, aunque nunca más escribió una letra, la novela empezada en África y que había dormido empolvada en un anaquel. Se dedicó a vivir.

Tal vez.